



EJERCITO

REVISTA ILUSTRADA DE
LAS ARMAS Y SERVICIOS

MINISTERIO DEL EJERCITO

Ejército

REVISTA ILUSTRADA DE
LAS ARMAS Y SERVICIOS

NUM. 50 • MARZO • 1944

S U M A R I O

Lo primero, obedecer. *General Martínez de Campos.*—Grupos de Exploración. *Comandante Bulnes.*—El Batallón de Zapadores Divisionario. Táctica de minas. *T. Coronel Bellod.*—D. T. C. A. Tiro de Noche. *Comandante Astorga.*—Un oficial entre moros. *T. Coronel Domenech.*—Defensa anticarro. *Comandante Cano.*—Cosas de antaño. Tipos y costumbres. El pistolón. *General Bermúdez de Castro.*—La División acorazada en la defensiva. *T. Coronel Angosto.*—La fotografía de los rayos infrarrojos. Aplicación militar. *General Aymat.*—Cobertura de regiones montañosas. La maniobra. *T. Coronel Agulla.*—Ante el Centenario de una Institución española. *Capitán de la G. C. Armesto.*—Convoyes de socorro. *Capitán Ramos.*—Observaciones sobre nuevas tácticas aéreas. *Capitán Munilla.*
Información e Ideas y Reflexiones.

Las ideas contenidas en los trabajos de esta Revista representan únicamente la opinión del respectivo firmante y no la doctrina de los organismos oficiales.

Redacción y Administración: Alcalá, 18, 3.º - MADRID - Teléf. 25254 - Apartado de Correos 3

LO PRIMERO, OBEDECER

General CARLOS MARTINEZ DE CAMPOS, Jefe de la R. G. de Artillería.

ESPACIO y tiempo han sido siempre dos factores fundamentales para el arte militar, y ofrecen la particularidad de que conservan entre sí una constante relación de dependencia.

Nadie ha podido hacerse fuerte contra un adversario que se acerca o se dispone a la ofensiva, ni situarse en forma debida para hostigarle o atacarle, o arremeter contra él furiosamente, sin tener espacio y tiempo para efectuar la evolución o la maniobra más oportuna.

Se trata, pues, en cada caso, de una ecuación de primer grado con dos incógnitas — denominables E y T — y que ofrece, como todas, infinitas soluciones. Ante un valor cualquiera que se elija para T, figura uno, tan sólo, para E, y de igual modo se verifica la contraria. La habilidad o instinto del que manda consiste en elegir el par más oportuno y, por supuesto, en fijar el modo de coordinar los dos valores en la forma más a propósito para acercarse a la victoria o alejarse del desastre.

Pero espacio y tiempo no interesan solamente cuando hay que hacer evoluciones. Espacio y tiempo, en táctica, se relacionan de otros modos diferentes.

Hay casos, puntos de vista mejor dicho, en que el Mando exige espacio, y la obediencia, en cambio, implica tiempo.

Para entenderlo, hay que tener en cuenta que las órdenes se dan desde un lugar más bien centrado con respecto a los diversos elementos que han de tener que obedecer. El jefe del sector se pone siempre a retaguardia y equidistante, cuando puede, de los jefes que tienen a su cargo subsectores; y el oficial que enseña a manejar el mosquetón se sitúa ante su tropa a la distancia más conveniente para ser oído y visto de todos sus soldados. Pero esto no basta: en el sector nada se hará si las órdenes del jefe no están a tiempo en cada sitio, y el "manejo del arma" saldrá mal si el subalterno no deja transcurrir entre sus voces preventiva y ejecutiva los segundos indispensables para conseguir que cada cual se ponga en la tensión más oportuna para ejecutar lo prevenido sin demora.

Ahora bien: en ofensiva y en instrucción, el jefe se halla siempre en condiciones de tomarse el tiempo y el espacio necesarios. La ecuación está en su mano y él elige los valores de E y T. Si lo hace mal, es culpa suya, y sólo cabe reemplazarlo. El enemigo, de momento, no interviene en la cuestión.

Pero en la defensiva no es siempre fácil disponer de lo preciso para que todo salga bien. Esta vez ese enemigo se preocupa, sorprendiendo, de hacer que T sea igual a cero, y entonces no permite a su adversario desenvolverse como es debido. Es más: el tiempo, a veces, se convierte — para el segundo — en negativo, por presentársele el contrario cuando todo está dormido; y en este caso sólo existe solución sobre la base de un espacio negativo, o sea retrocediendo en busca de una posición que sea más fuerte y más segura.

De otro modo.

El límite anterior de T está en la decisión; el posterior, en la hora H.

En ofensiva, el mando se hace cargo de una y otra. Pero en defensiva, el enemigo, al irrum-pir, impone la segunda, y la decisión ha de tomarse a posteriori. Por lo tanto, el que decide tan sólo puede disminuir en lo absoluto la cantidad de tiempo, mas no cambiar el signo que ya tiene.

Eso se evita mediante acecho o, en general, seguridad, que proporcionan el espacio necesario para operar. El tiempo disponible es consecuencia del que tarda el enemigo en recorrer todo ese espacio. Pero si el contrario lo recorre muy de prisa, el espacio necesario para que el jefe se halle en condiciones de desenvolverse libremente podrá llegar a ser prohibitivo.

Esta cuestión atañe especialmente a las diversas tropas que han de actuar desde su propio

asentamiento, por no tener la movilidad indispensable para acudir — en tiempo oportuno — al lugar amenazado; y entre esas tropas merecen ser citadas todas cuantas forman parte de la defensa contra aeronaves y de la protección del litoral.

A ellas interesan todos estos comentarios.

* * *

Un ejemplo.

La defensa de una plaza está en tensión. Todas sus fuerzas saben que hay peligro y que puede producirse en cualquier instante la ruptura.

En vista de las circunstancias especiales que se atraviesan, la instrucción de la tropa ha sido completada, y además se ha establecido un retén de cierta importancia para que las Unidades no puedan ser sorprendidas por una repentina acción del adversario.

Pero, al día siguiente, la sorpresa del contrario se produce. De madrugada se oye el rombo de unos motores, y al poco tiempo se verifican formidables explosiones en la zona en que se encuentran las defensas, y en aquella en que se hallan concentrados los talleres más importantes de la región. Las patrullas enemigas desaparecen pronto; pero, a pesar de ello, tienen lugar, en otra parte, algunas nuevas explosiones, consecuencia, al parecer, de unos disparos que han partido de alta mar. Después... se inicia una imponente agitación; unos preguntan, otros se informan y nadie sabe qué ha pasado... Ventanas se abren. Gente se asoma. Varias motos escandalizan... Los periódicos de la mañana desaparecen en seguida de los kioscos y de las manos de sus respectivos vendedores... Hay humo en las barriadas más extremas. Corren voces de hundimientos... El teléfono funciona. El comandante de la plaza hace valer su jerarquía para obtener las comunicaciones que necesita. El de Marina y el de Aire hacen presentes que ellos tienen primacía, y pasa un cuarto de hora sin que nadie sepa la verdad de lo ocurrido.

La primera reacción del Mando consiste en preguntar por qué no se ha disparado contra el intruso. "No ha habido tiempo", le contestan sus diversas Unidades. Y, en efecto, cuando aparecieron los aviones, el jefe de la defensa contra aeronaves mandó tirar lo antes posible; pero los minutos que tardó en obtener su comunicación en la primera Batería fueron los suficientes para que el enemigo rebasara pausadamente la corona batida por las diferentes piezas.

Respecto a lo demás, cuando se oyeron las segundas explosiones, había bastante bruma en el horizonte; no fué posible divisar los fogonazos; debieron de producirse a gran distancia, y la curvatura de la tierra los desenfila plenamente.

— ¡El responsable!... ¿Quién es el responsable? — pregunta el Comandante de la Plaza, sin duda preocupado con la contestación que él mismo va a tener que dar dentro de otro cuarto de hora.

Pero el responsable no aparece; la gente de servicio estaba en su puesto; las transmisiones funcionaron; los jefes recibieron las consultas que les hicieron cuando llegaron los aviones y se oyeron las primeras explosiones, y aun alguno se decidió a romper el fuego; pero... ya no estaba el enemigo al alcance de las piezas que empezaban a moverse en seguimiento de su blanco.

Es más: hubo una antiaérea que llegó a hacer unos disparos — por su cuenta — contra los aparatos que acababan de soltar su carga sobre el puerto. Y el capitán estaba meditando — y preocupado — sobre su posible intervención antes de tiempo, cuando fué llamado al teléfono y recibió — ya tarde — la orden de empezar.

Al poco rato, el jefe de grupo hablaba con su Coronel, y éste le encargaba que rompiera el fuego lo antes posible; y apenas transcurrieron tres minutos cuando aquel segundo comunicaba con el Jefe de la Defensa, impaciente por saber si aun era tiempo de batir al adversario.

En resumidas cuentas, los hechos se produjeron en orden inverso al natural; y, sin embargo, era imposible exigir más precisión o diligencia de parte de la gente que había intervenido en el tan inesperado acontecimiento. Todos estaban en su sitio. Todos trataron de hacer las cosas debidamente. Pero nadie tuvo tiempo de cumplir su obligación.

Algo de eso pasaría en las Hawai, cuando los japoneses se lanzaron por sorpresa contra la Escuadra americana, que se hallaba refugiada junto a los muelles de Pearl Harbour y espléndidamente protegida por las defensas de la base. El tiempo, en ese caso — y de acuerdo con lo que acaba de decirse — falló a los defensores, y pasó a manos del atacante, que logró obtener una

victoria considerable. Aun se discute cuántos fueron los acorazados y los cruceros que América perdió en esa refriega. No están de acuerdo las noticias que proceden de ambas partes. Pero es lo cierto que hubo bajas importantes, y que la lección sirvió de mucho para evitar que la sorpresa se volviera a repetir frente a otras islas bien provistas de aeroplanos y cañones.

Sólo una vez se puede sorprender de cada modo. Mas conviene recordar que el caso que se cita no es corriente. Si se analizan bien las cosas, podráse ver que no se trata solamente de mantenerse alerta, sino que aun es necesario no perder un solo instante.

Cuando algo parecido se produce, no hay siquiera tiempo para preguntar lo que ha de hacerse. Si se pregunta, el enemigo volcará lo que se tarde en obtener una respuesta, en la página correspondiente a sus propios beneficios, aprovechando esos minutos para actuar tranquilamente o alejarse del peligro que sin duda le amenaza.

Pues bien: si no es posible preguntar, ni hay tiempo suficiente para que el Mando ordene lo que ha de hacerse (a pesar de disponer de todo cuanto es necesario, y de hallarse cada cual donde ha de estar), ¿cuál es la solución tomable cuando el contrario se presenta de improviso con sus medios de combate y decidido a utilizarlos?

Sólo es posible, en este caso, saber lo que ese Mando va a mandar, y obedecerle previamente. Es preciso adelantarse a los deseos o voluntad del responsable de la acción que ha de ejercerse. Y, por eso, se encabezan estos breves comentarios con un título que dice: lo primero, obedecer.

Pero esto no es todo. No es posible obedecer si no se sabe lo que quiere el que se halla en condiciones de mandar. O ha de obrarse por instinto, o habrá que conocer la obligación correspondiente a cada caso. Y volviendo por pasiva esta oración, diremos que todo Jefe tiene el deber — en estos casos — de ejercer lo que pudiera titularse mando automático; y a este efecto no basta una palabra (pues no hay tiempo de coger un auricular), ni es suficiente un gesto (por hallarse muy distante el que debe disponer), sino que ha de recurrirse a una instrucción perfecta, que conduzca a conocer lo que ha de hacerse, y a operar por propio instinto cuando el caso presentado sea diverso a los previstos.

* * *

¡Una instrucción perfecta!

Veamos ahora en qué consiste.

Para cumplir de prisa la misión que corresponde a cada caso es necesario:

- 1.º Saber lo que ha de hacerse;
- 2.º Que cada cual conozca su deber y lo haga bien, y
- 3.º Que lo mecánico funcione como es debido.

O dicho de otro modo — tratándose, por ejemplo, de una espléndida Batería costera, bien provista de todo lo moderno —:

- 1.º Que el Capitán sepa cuándo y cómo ha de tirar;
- 2.º Que su gente opere con impulsión e inteligencia, y
- 3.º Que funcionen los relojes, las transmisiones, la dirección de tiro y los telémetros.

Ahora bien:

- si el Capitán no sabe lo que tiene que mandar, tendrá que consultarlo o esperar que alguien le ordene lo dispuesto, y si esto se verifica a todo lo largo de la jerarquía militar que ha de intervenir en la acción, con los consiguientes dimes y diretes de cada escalón, el retraso llegará a ser considerable;
- si los sirvientes de las piezas (y de los diversos aparatos) no actúan con la impulsión que es necesaria para poder decir que su instrucción es la debida, podrá ocurrir que alguna cifra resulte equivocada, alguna letra se interprete torcidamente o algún convenio no se entienda; todo ello con un retraso más pequeño que el habido anteriormente, pero acaso suficiente para que el blanco escape a tiempo; y
- si los aparatos andan torpes, por no ponerse en marcha a tiempo, o no estar engrasados o limpios o suficientemente bien entretenidos, tendrán lugar retrasos muy variables, con una duración cortísima (si el defecto es reducido) o con la correspondiente a la no existencia de los medios averiados (en cuyo caso habrá que recurrir

a métodos de circunstancias y a transmitir los datos por teléfono, en vez de utilizar los receptores o de mandar eléctricamente).

Y de esto se deduce que:

- 1.º Si el Jefe desconoce su deber, el retraso puede ser de tipo horario;
- 2.º Si la gente no anda lista, será probablemente de minutos, y
- 3.º Si los aparatos no responden, será, en el mejor caso, de segundos.

No hay que alarmarse con todo esto. Conviene, simplemente, recordarlo a todas horas.

El hecho de que la máquina aparezca en tercer lugar, y de que su intervención influya sólo en segundos sobre el resultado general del tiro, no significa que su importancia sea escasa, pues son esos segundos, precisamente, los determinantes del resultado apetecido.

No hay que olvidar la constante relación que existe entre las parejas sucesivas de valores E y T. Pues, en efecto, referirse a horas (para el Jefe), a minutos (para el sirviente) y a segundos (para la máquina o el instrumento), equivale a hablar de kilómetros (para el primero), de hectómetros (para el segundo) y de metros (para el tercero).

El Capitán lo es todo — en su Unidad — durante la larga e interminable preparación para la guerra. El es quien tiene la obligación de asegurar la buena intervención de instalaciones y sirvientes. Pero, en la refriega, de él depende solamente que se haga fuego o deje de hacerse, al tiempo que el sirviente es el que acerca el proyectil al blanco, y que el aparato sirve para dar de lleno en él. Acorazados y aeroplanos recurren siempre a su mayor velocidad para ponerse en condiciones de disparar o simplemente soltar sus bombas. Darles o no darles es cuestión de metros o segundos. No en balde la relación subsiste entre el tiempo y el espacio, cualesquiera sean su magnitud y su signo. Resurge, pues, con todo su interés la necesidad de disponer de máquinas o de aparatos o de instrumentos que sean la última palabra de la ciencia; pero, al propio tiempo, se hace patente que importa poco tanta precisión si no se aplica al centro de un objetivo que es desplazado por otras máquinas e instrumentos y aparatos, a la mayor velocidad que le permite su estructura, e importa aún menos todo aquello, si no se rompe el fuego.

Vemos, pues, que la aparatización de las observaciones, la mecanización de las medidas y la electrificación de las transmisiones conducen por sí solas a conseguir el impacto científico (pues el que obtiene el hombre que dispara contra una máquina veloz, con sólo recurrir a su cabeza y a sus manos, no pasa, en lenguaje técnico, de un impacto ocasionado por la suerte).

De otro modo, eso se llama precisión. Y si un conjunto abigarrado de instrumentos y aparatos nos proporcionan ese factor tan necesario, parece natural que una oportuna mecanización del hombre nos acerque a él bastante; y aun es lógico pensar — a semejante fin — en que el trabajo del que manda quede también instrumentado.

Busquemos, pues, que todos los sirvientes y su jefe funcionen como máquinas que operan sin error, que de ese modo alcanzaremos nuestro fin.

En Berlín hay varias torres de hormigón, destinadas a refugios y a instalar una potente Batería contra aeronaves.

En la azotea de cada torre hay una hermosa galería lateral, y en las esquinas, sendas piezas en condiciones de hacer fuego cada vez que se presenta el enemigo.

Con motivo de un ensayo, varios jefes y oficiales extranjeros circundaban un montaje para ver cómo apuntaba y se cargaba cierta pieza. Su jefe dió una voz ejecutiva, y, sin tiempo para más, los sirvientes patinaron velozmente sobre un suelo de cemento que cubría el hormigón de la defensa. Sin querer, los que estaban admirando la instrucción, se apartaron ligeramente, por temor a un golpe o a servir de estorbo; mas su gesto no sirvió, porque el sirviente, con su carga entre los brazos, paró donde debía, soltó la munición sin estorbar y hacia el fondo se volvió, como lanzado por un resorte muy potente.

Así funciona todo cuando se trata de mecanizar al hombre. De ese modo se ganan sólo unos segundos. Pero si es útil obtener que todo esté mecanizado, y a fin de conseguirlo vale la

pena de gastar millones en la adquisición de máquinas y aparatos maravillosos, ¿por qué no utilizar estos segundos tan baratos e igualmente necesarios?

El sirviente ha de operar lo mismo que un portero de fútbol que sabe hacer su obligación. Esté en la pieza o en el motor, o con la vista en el visor, o junto al artefacto que calcula como un hombre, su impulsión ha de ser siempre semejante a la que aquel que hace un deporte y que quiere a toda costa derrotar al enemigo. Si eso se hace para vencer a un team que viene a disputar la posesión de una sencilla copa nacional, ¿qué no valdrá la pena contra una escuadra que pretende destrozar a la Nación?

De otra parte, la impulsión ayuda a mecanizar la voluntad; y como quiera que la motorización del cuerpo intensifica la impulsión, llegaráse, entre ambas cosas, a conseguir que los sirvientes se conviertan en autómatas — o en verdaderas máquinas — y a hacer que cada pieza se comporte como es debido.

Respecto al Capitán — o al jefe, en general —, la única manera de instrumentar su gran labor consiste en establecer una clasificación perfecta de los diferentes casos de peligro que se le pueden presentar, y en darle a conocer lo que ha de hacer en cada uno, y asegurar la acción refleja, destinada a asegurar que los sirvientes se deslicen fácilmente por los pasillos o en el recinto de las piezas, y el engrase necesario para evitar los rozamientos de las ruedas destinadas a girar sobre los ejes de los varios instrumentos y aparatos del conjunto.

No son tan raras las cosas que suceden en la guerra que no se pueda estar en condiciones de preverlas en tiempo de instrucción. Frente a la costa son sólo barcos o aeroplanos los que pueden presentarse, y ni es probable que intervengan naves de naciones muy lejanas o imprevisibles, ni es frecuente que las naves enemigas se comporten de manera inexplicable. La cuestión, por tanto, se queda reducida a establecer contra qué barcos y en qué casos hay que tirar, ya que, una vez determinada esta primera incógnita, sólo faltará llegar a concretar la forma en que han de intervenir las diferentes baterías: distancias máximas de tiro, clase de fuego, manera de elegir el objetivo, de seguirlo o perseguirlo y de tratar de aniquilarlo. De una simple directiva que haya emanado del Mando se desprenderán las instrucciones de detalle correspondientes a las diversas jerarquías de la plaza. Cada una será más larga que la anterior, y todas ellas juntas se verterán sobre un enorme cuadro explicativo que, a modo de cartel, se pondrá, bien a la vista, en la pared de los diversos puestos y observatorios del litoral. Así, todos sabrán su obligación, sin exponerse a hacer preguntas que queden sin respuesta.

Ahora bien: la directiva general del Mando no siempre será fácil de obtener. Parece aventurado, en tiempo de paz, mandar que se dispare contra tal o cual nación, en esta o en aquella circunstancia. Todo el mundo tiende a reservarse la voz de fuego para cuando llegue la ocasión definitiva. Mas nadie piensa que operando de ese modo se llega siempre tarde a la contienda.

De parte, pues, del que obedece se impone el recabar la directiva. Si no la obtiene, aun debe proponerla, de acuerdo — siempre — con la idea que prevalezca en los ambientes inmediatos superiores. Sólo así podrá salvar — en caso de agresión — su propia culpa o responsabilidad.

Es necesario mecanizar el mando, y esto sólo se consigue trabajando lentamente durante el largo tiempo que tarde el enemigo en presentarse.

Es preciso no olvidar que, los que esperan, acaso sólo se las hayan una vez con el contrario, y si esa vez acuden tarde, de poco habrá servido su presencia.

* * *

Pero aquí no acaba esta mención.

No es sólo a los que aguardan al contrario, desde una instalación inamovible, a quienes interesa la importancia de un segundo que se pierde sin querer, sino que todo aquel que tiene a cargo la defensa de una cosa está también en ese caso.

La regla para el que espera es no esperar; al menos, no esperar al adversario para saber lo que ha de hacer. Es preciso, de antemano, estar dispuesto; que cada cual conozca su deber y que lo cumpla sin demora cuando llegue la ocasión.

Y, sin embargo, nadie debe improvisar. Es lo primero obedecer — ya lo dijimos —, y, en defensiva, se obedece sin mandato.

MINISTERIO DEL EJERCITO

Ejercito

revista ilustrada
de las armas y servicios

DIRECTOR:

ALFONSO FERNÁNDEZ, Coronel de E. M.

JEFE DE REDACCIÓN:

Teniente Coronel de E. M. D. José Díaz de Villegas, de la Escuela Superior del Ejército.

REDACTORES:

Coronel de Artillería D. José Fernández Ferrer, de la Escuela Superior del Ejército.
Coronel de Infantería D. Vicente Morales Morales, del Estado Mayor Central.
Coronel de Estado Mayor D. Rafael Alvarez Serrano, Jefe de la Milicia Universitaria.
Coronel de Infantería D. Emilio Alaman, del Estado Mayor Central.
Teniente Coronel de E. M. D. Gregorio López Muñiz, de la Escuela Superior del Ejército.
Teniente Coronel de Caballería D. Santiago Mateo Marcos, del Estado Mayor Central.
Teniente Coronel de Ingenieros D. Manuel Arias Paz, Director de la Escuela de Automovilismo.
Comandante del C. I. A. C. D. Pedro Salvador Elizondo, de la Dirección General de Industria.
Comisario de Guerra D. José Bercial, de la Escuela Superior del Ejército.
Comandante de E. M. D. Juan Priego, del Servicio Histórico Militar.

PUBLICACION MENSUAL

Redacción y Administración: MADRID, Alcalá, 18, 3.º
Teléfono 25254 ♦ Correspondencia, Apartado de Correos 317

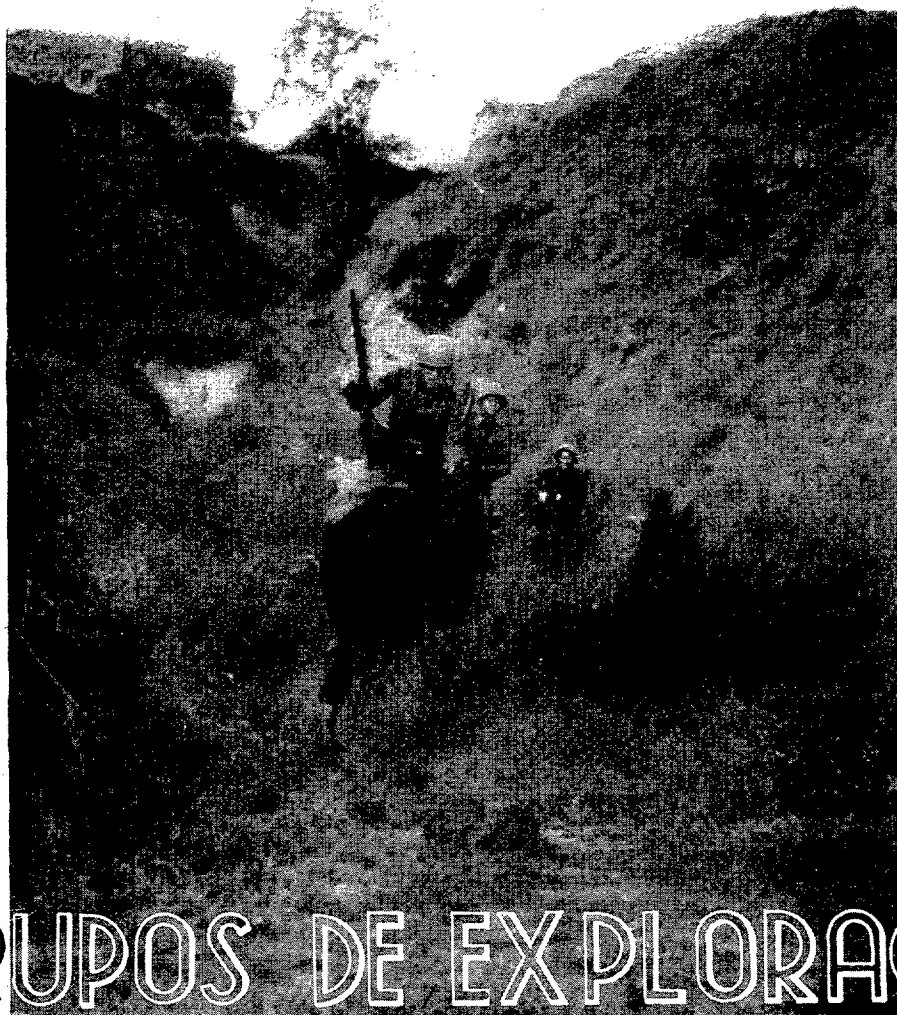
PRECIOS DE ADQUISICION

	Ptas. ejemplar
Para militares, en suscripción colectiva por intermedio del Cuerpo.	3,00
Para militares, en suscripción directa (por trimestres adelantados).	3,25
Para el público en general (por semestres adelantados)	4,50
Extranjero.	6,50
Número suelto	5,50

Correspondencia para colaboración, al Director.

Correspondencia para suscripciones y anuncios, al Administrador D. Francisco de Mata Díez,
Comandante de Infantería.

*Foto
del Capitán
Fontcuberta.*



GRUPOS DE EXPLORACION

Comandante de Caballería VALENTIN BULNES, profesor de la Escuela de Aplicación.

EL Grupo de Exploración es una Unidad táctica genuina de Caballería, no por sus medios, sino por las misiones que le son encomendadas y su forma de actuar en el campo. En tal concepto tiene que estar dotado de un alto espíritu militar, deportivo, ofensivo y audaz, y de los medios, armamento y material que le permitan disponer de gran movilidad, libertad de acción y poder ofensivo. El espíritu deportivo y audaz se consigue con una educación militar, moral, y deportiva, intensa.

La movilidad se consigue con un equipo ligero de campaña y medios que, con arreglo a las condiciones que impongan la

zona de operaciones, el enemigo y el clima, permitan al Grupo moverse con rapidez.

Si la zona de operaciones está formada por grandes extensiones de terreno descubierto, con amplio horizonte y buenas líneas de comunicación, y es necesario lograr rápidamente objetivos a gran profundidad, el Grupo debe ir dotado de medios totalmente motorizados. Si es un terreno llano o con suaves ondulaciones, buena red de caminos y la acción no se ha de llevar rápidamente en profundidad, puede sacarse gran partido de las Unidades ciclistas, pero con sus elementos de tracción y transporte motorizados.

Una variedad de estos Grupos que permite mayor movilidad, rapidez y radio de acción, son los Escuadrones motociclistas, en los cuales llevan moto con carro los fusiles ametralladores, ametralladoras y morteros, y moto individual el resto del personal.

Cuando la zona de operaciones es un terreno accidentado, en el que no puedan moverse libremente los Grupos motorizados y ciclistas, o que sea preciso reconocer minuciosamente, se impone el empleo de los Grupos o Escuadrones a caballo. Si el terreno es inaccesible a la Caballería, habrá que recurrir al sondeo o reconocimiento, desde las vías de comunicación más próximas, por destacamentos o patrullas procedentes de estos Grupos de exploración o de Unidades a las que especialmente se asignen estas misiones.

En zonas de operaciones con nieve abundante y continua durante gran parte del año, los Grupos de exploración deben ser de esquiadores, llevando sus armas pesadas, material, municiones y heridos sobre trineos y akias. Un Grupo ciclista se puede transformar en esquiador en un período de quince a veinticinco días.

En las Divisiones acorazadas, el Grupo de Exploración debe estar constituido por Escuadrones acorazados y de motos.

* * *

Soy partidario de las combinaciones ternarias, por su maneabilidad y por poder contar siempre con una reserva dentro de la Unidad con gran economía de fuerza.

En líneas generales, un Grupo de Exploración debe estar formado por Plana Mayor (Mando y todos los servicios del Grupo).

Escuadrón mixto (P. M., Sección de ametralladoras, Sección de antitanques y Sección de transmisiones).

Tres Escuadrones (cada uno formado por P. M. y tres Secciones a tres Pelotones de un sargento, dos cabos y ocho soldados). Uno de estos escuadrones puede ser acorazado.

* * *

El Grupo debe llevar el máximo de potencia de fuego compatible con su movilidad; sus acciones rápidas y decisivas imponen potencia de fuegos, un fusil ametrallador por Pelotón y tres pistolas ametralladoras, más la del Sargento (todos los Sargentos deben llevar esta arma); el resto del Pelotón llevará fusiles ordinarios, uno de ellos con alza telescópica y otro con dispositivo lanzagranadas. Todos llevarán granadas de mano, y sería conveniente estudiar un tipo de granada que se pudiera tirar indistintamente con el dispositivo de fusil y a brazo; también sería conveniente estudiar el procedimiento de que se pudiese lanzar, utilizando como cartucho de proyección, el ordinario, con sólo quitarle la bala. Debe existir una granada contra personal y otra que además, lanzada contra el dispositivo, sea antitanque, por lo menos contra los carros ligeros.

Debe haber un fusil antitanque por Sección.

La Sección de ametralladoras debe tener cuatro ó seis máquinas ligeras; pero con dispositivo de puntería telescópica con retículo y trípode sólido que, impidiendo las oscilaciones de la máquina, permita hacer las protecciones de avances con el máximo de garantías y eficacia.

La Sección de antitanques tendrá tres o cuatro cañones antitanques de tipo medio.

Tanto en la ofensiva como en la defensiva, las entradas en fuego de los antitanques de exploración tienen que ser rápidas y eficaces para imponerse moralmente sobre el enemigo, obligándole a replegarse o confundirle, entorpeciendo

su ordenado repliegue. Estas actuaciones deberán ser tan rápidas, que en la mayoría de los casos no tendrán tiempo los antitanques de exploración de jalonar el campo de tiro, protegerse con abrigos artificiales, ni siquiera de camuflarse debidamente. Si a esto se une que la exploración no debe perder nunca su movilidad y libertad de acción, se comprenderá que precisa unos cañones antitanques capaces de romper rápidamente un fuego eficaz, perforando las corazas de los carros de 45 a 50 toneladas a distancia superior a los 500 metros. Estas condiciones las llevaría seguramente un cañón de tipo 7,5 de largo, con freno de boca biflecha y ruedas de caucho, remolcado por un coche todo terreno, o bien montado a barbata sobre oruga, con ligera coraza (lo que en carros de combate se llama "barca"); esto sería más propio de la exploración por poder trasladar con mayor rapidez de un lado a otro los boses de fuego, y, en cambio, permitiría seguramente poder pensar en los grandes ángulos de tiro para la defensa antiaérea.

* * *

La Sección de transmisiones debe llevar una centralilla de teléfonos con terminales para los Escuadrones P. M., P. C. de la División o Regimiento y artillería; aparatos ligeros de luces, cuatro estaciones de 1 vatio para enlace con los Escuadrones y una estación de 5 vatios para enlace del P. C. con retaguardia; las transmisiones, con señales ópticas y banderas, estarán a cargo de los enlaces de las Planas Mayores.

El Servicio de municionamiento estará asegurado en dos escalones: un primer escalón, en los Escuadrones, a cargo de un Sargento, que dispondrá para ello de una tanqueta o, por lo menos, una mototriciclo; un segundo escalón en el Grupo, a cargo de un Sargento o Brigada, que dispondrá de un camión y una tanqueta o mototriciclo.

Un Oficial médico y un practicante con una ambulancia, una o dos motos con camillas suspendidas en un chasis de sidecar y una moto o coche ligero atenderán al servicio de Sanidad del Grupo, y un practicante lo hará en cada Escuadrón.

Para la administración, vestuario y aprovisionamiento del Grupo dispondrá de un oficial, un brigada y dos escribientes en la P. M., y un brigada y un escribiente en cada Escuadrón; con un coche ligero y un camión en la P. M. y una camioneta por Escuadrón.

Dos maestros armeros con una camioneta atenderán el replegado y reparación de armamento.

Un camión taller (en caso de ser motorizado) con mecánicos y un equipo de mecánicos sobre mototriciclo o con carro atenderán a las necesidades y averías del material.

Un Capellán castrense puede atender el servicio y conservación del espíritu religioso tradicional en nuestro Ejército.

Los servicios de gas y antigás serán atendidos por un Oficial especializado de la P. M., auxiliado por personal y clase de la P. M. y Escuadrones, ramificándose el servicio hasta las Secciones y un soldado especialista por Pelotón.

Toda Unidad de exploración en misión independiente llevará afecta personal de zapadores minadores y, en ocasiones, de pontoneros.

La forma de actuar de estos Grupos de exploración (a caballo, motorizados, motociclistas, sobre bicicletas o sobre esquies) es análoga en todo, rigiéndose por los mismos principios: sorpresa, rapidez de acción y aprovechamiento al máximo de los elementos y medios que utiliza, teniendo en cuenta que la velocidad que éste le proporciona puede ser para ellos, la mayoría de las veces, un escudo tan bueno

como los accidentes del terreno para el infante. En este sentido, cuando vaya a caballo, en cuantas ocasiones le sea posible, debe combatir sin echar pie a tierra, incluso a pesar de las armas automáticas, carros o artillería, cuyos efectos serán nulos en cuanto se haya mezclado en las filas enemigas.

En los Grupos motorizados, motoristas o con bicicletas, aprovechando la velocidad y audacia, se debe llegar lo más próximo que sea posible al enemigo, sin abandonar su medio, antes de entablar combate con las armas de fuego; con lo cual éstos habrán ganado en eficacia, la sorpresa será mayor, la acción será más intensa y decisiva, y los medios propios podrán ser recuperados más rápidamente para ulteriores acciones.

Siempre que se vea una ocasión favorable, y aunque exista fuego enemigo, aprovechando la sorpresa y gracias a su audacia y rapidez de acción, debe atravesar las filas enemigas para iniciar el combate por retaguardia o para ocupar por sorpresa un objetivo importante.

El esquiador de exploración no debe abandonar nunca sus esquís.

En los frentes estabilizados deben ser empleados y conservados como reserva móvil del Mando, utilizable rápidamente y en las mejores condiciones, en cualquier momento. Si el frente no es continuo y de trincheras, deben empleárseles en reconocimientos y patrullas, y también pueden cubrir un amplio sector, gracias a su movilidad y radio de acción.

En los frentes continuos y atrincherados debe mantenerse su espíritu ofensivo y audaz utilizando su fuerza y oficiales en golpes de mano, emboscadas, patrullas y reconocimientos sobre las líneas enemigas.

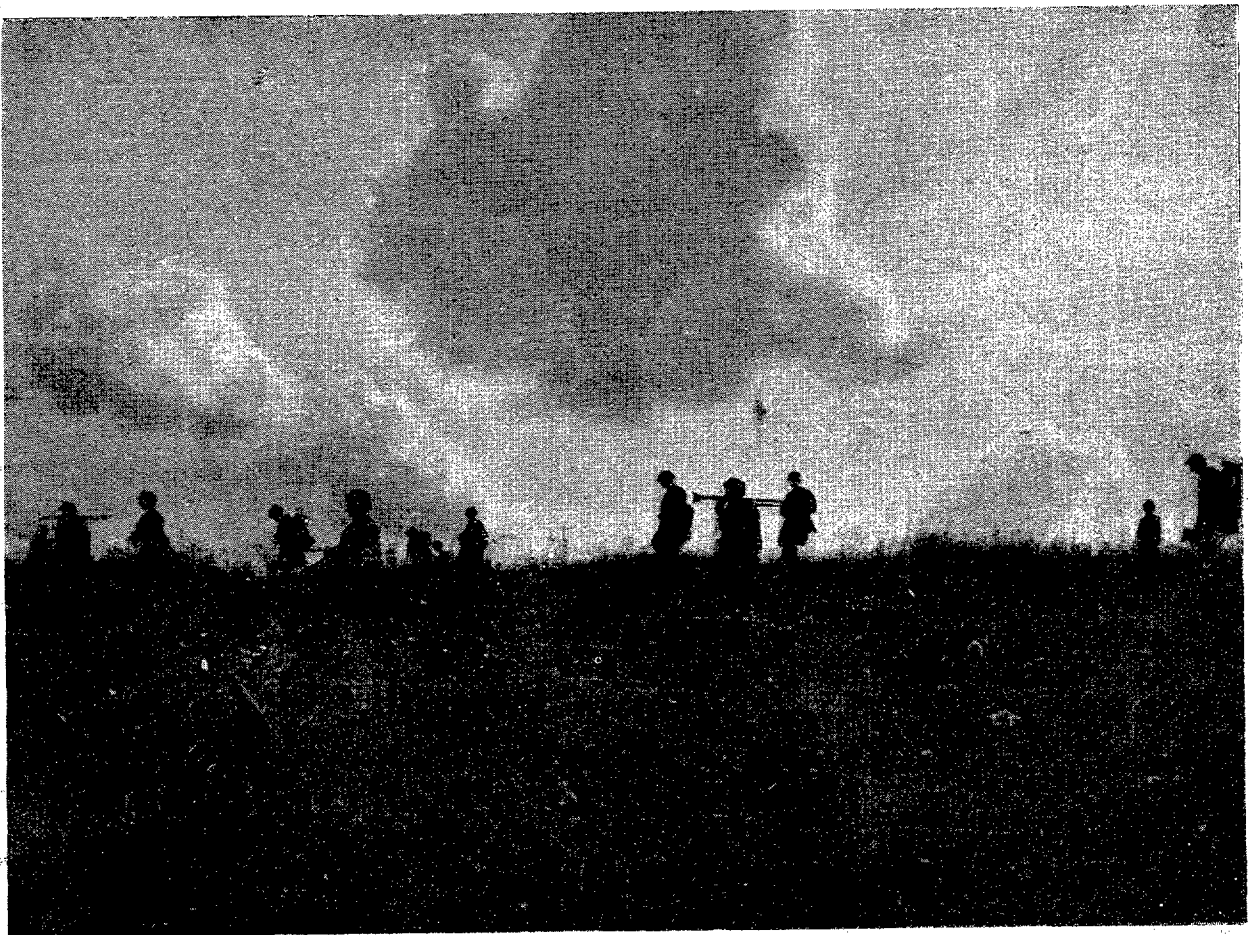
La Unidad táctica es el Escuadrón, que solo o con antitanques, ametralladores o elementos acorazados afectos, puede cumplir misiones independientes.

La célula de combate es el Pelotón, con sus dos escalones: el de fuego, integrado por el fusil ametrallador, y el de asalto y fuego, por el resto del Pelotón, con fusiles, pistolas ametralladoras y granadas de mano y fusil. Las dos fracciones del Pelotón se protegen mutuamente y escalonan en el avance próximo, aun cuando vayan encuadrados en la Sección o Unidades superiores.

La instrucción más intensa será la individual, enseñando al soldado a desenvolverse libremente en el combate, a manejar todas sus armas hasta con los ojos vendados, orientarse con y sin mapa, a reptar grandes distancias con soltura y franquear difíciles obstáculos.

Todo el mundo contempla nuestra Patria, y nosotros debemos ser los primeros en dar ejemplo de esa firmeza de la Raza con el renacer de un Ejército digno de nuestra historia, bajo cuyo amparo resurja sin temores una España tan grande como la soñaron nuestros mayores. Que estas líneas sean, por lo menos, el grano de arena que yo ponga en tan gran obra.

Despliegue de ametralladoras del Grupo. (Foto del Comandante Bulnes.)



**BIBLIOTECA MILITAR
PARA EL OFICIAL**

MANDADA PUBLICAR POR O.
DE 20 DE NOVIEMBRE DE 1940
(D. O. núm. 267.)

Y O. DE 25 DE ENERO DE 1944
(D. O. núm. 21.)

⦿

OBRAS PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL HASTA FIN DEL PASADO MES

PRIMERA SECCIÓN.—Tratados extensos de Técnica Militar.

LA DIVISION. EMPLEO TACTICO. — Coronel Torrente; 7 ptas. (208 páginas).
EL CUERPO DE EJERCITO. EMPLEO TACTICO. — Teniente Coronel González de Mendoza, 8 pesetas (246 páginas).

SEGUNDA SECCIÓN — Tratados prácticos de campaña.

MANDO Y ESTADO MAYOR. — Teniente Coronel López Muñiz; 6 pesetas (196 páginas).
ARTILLERIA: EL TIRO Y SU PREPARACION. — Comandante Carmona; 8 pesetas (260 págs.).
FORTIFICACION DE CAMPAÑA. — Comandante Villar; 8 pesetas (240 páginas).
INFANTERIA: NORMAS PARA EL COMBATE DE PELOTON, SECCION, COMPAÑIA Y BATA-LLON. — Coronel Barrueco; 6 pesetas (140 páginas).
INFANTERIA: COMBATE DEL REGIMIENTO. — Coronel Torrente; 6 pesetas (112 páginas).
ARTILLERIA DE COSTA. — Comandante Martínez Lorenzo; 8 pesetas (244 páginas).
DEFENSA QUIMICA DE LAS UNIDADES. — Teniente Coronel Castresana; 6 pesetas (144 págs.).
INTENDENCIA: SERVICIO DE CAMPAÑA. — Teniente Coronel Fuciños; 6 pesetas (128 páginas).
FARMACIA: SERVICIO DE CAMPAÑA. — Comandante Peña. (Agotada.)
EMPLEO DE LA ARTILLERIA. — General Martínez de Campos; 8 pesetas (252 páginas).
PASO DE RIOS Y RESTABLECIMIENTO DE CAMINOS. — Comandante Ruiz López; 8 pesetas (264 páginas).
EL SERVICIO DE INFORMACION EN CAMPAÑA. — Comandante Mateo Marcos; 6 pesetas (140 páginas).
DEFENSA PASIVA. — Comandante Crespo; 9 pesetas (300 páginas).
TRANSMISIONES. — Comandante Guiloche; 6 pesetas (176 páginas).
OBSTRUCCIONES: DESTRUCCIONES Y OBSTACULOS. — Comandante Gorozarri; 7 pesetas (178 páginas).
DEFENSA ANTIAEREA: TIRO Y EMPLEO DE LAS ARMAS. — Capitán Lorenzo García; 8 pesetas (260 páginas).
SERVICIO DE SANIDAD. — Teniente Coronel Sancho; 7 pesetas (208 páginas).
CARROS Y ANTICARROS. — Teniente Coronel Mantilla; 8 pesetas (208 páginas).

TERCERA SECCIÓN.—Moral, Historia, Biografía, etc.

REFLEXIONES MORALES. CHARLAS PARA EL SOLDADO. — Capitán Otto y Torra; 6 pesetas (228 páginas).
CONTABILIDAD DE LOS CUERPOS. — Comandante Salto; 7 pesetas (216 páginas).
CON LA DIVISION AZUL EN RUSIA. — Coronel Esparza; 11 pesetas (368 páginas).
SOCORRO DE URGENCIA EN ACCIDENTES Y HERIDAS. (Para todo Oficial y mando subalterno) — Capitán Domínguez Navarro; 7 pesetas (250 páginas).
ESTUDIOS MILITARES. Antología. — Almirante; 6 pesetas (308 páginas).
NOCIONES DE ARTE MILITAR. Selección. — Villamartín; 5 pesetas (228 páginas).

Obras editadas por cuenta de sus autores y distribuídas por esta Editorial.

TELEFONIA MILITAR. — Capitán Fernández Amigo; 12 pesetas (2ª edición c. v. a.)
TEMAS TACTICOS DE SECCION Y COMPAÑIA. — Mariscal Rommel — Traducción del T. Coronel de E. M. don Juan Cerda; precio, 10 pesetas.

Los libros de esta Editorial son los más baratos que se publican en España.

La Superioridad tiene autorizados a los señores Primeros Jefes de los Cuerpos para que proporcionen facilidades de adquisición a sus Oficiales, mediante los fondos de las Unidades

Toda la Oficialidad del Ejército puede aspirar a publicar sus obras originales y traducciones en esta Editorial.

El Batallón de Zapadores Divisionario

TACTICA DE MINAS

Teniente Coronel de Ingenieros ALFREDO BELLOD, Profesor de la A. de Burgos.

LA organización de un Ejército debe responder a las necesidades y posibilidades de la nación. El determinar su volumen es problema superior; pero el valorizar, el dar sustancia, peso específico a ese volumen que nos dan en forma de Unidades orgánicas, es nuestro cometido especial. Hacer eficaz lo que el Mando superior concibe, ésa es la misión trascendental que incumbe a los Jefes y Oficiales.

Para ello, además de dar ejemplo en todo y de imbuir a los escalones inferiores un alto espíritu militar, hace falta que estemos al día de cómo evoluciona la guerra, cómo se emplean las armas, qué elementos de guerra son necesarios para la resolución de situaciones frecuentes y qué misiones debe atender, qué problemas debe resolver la pequeña Unidad, dentro de la gran Unidad que el Mando utiliza.

Hace falta también otra cosa: practicar la guerra para evitar las desviaciones frecuentes que produce la teoría, si no va sancionada con una práctica continua. Cualquier testigo de las tres últimas guerras en que ha intervenido nuestro Ejército habrá observado las enormes diferencias que existen entre las armas y medios empleados en ellas, así como la diferente forma de actuar de las grandes y de las pequeñas Unidades en el combate.

El ideal sería adelantarse a los acontecimientos; pero el prever el futuro no está al alcance de los hombres. Tenemos que conformarnos con lo visto y aprendido en el último minuto para adoptar lo que parezca mejor, continuar con lo bueno y desechar lo perjudicial.

La guerra moderna impone cometidos al Batallón de Zapadores divisionario que, una vez enunciados, conviene estudiar bien, descubriendo el detalle y poniendo de relieve cuál es de momento la función o misión más importante de dicha Unidad, para que en esa máquina ajustada, armónica y completa que debe ser el Ejército la pieza Zapadores a que nos referimos tenga perfil, dimensiones y movimientos bien determinados, para que se le dé en el conjunto el espacio que necesita, como órgano importante que es.

Ante todo hay que establecer una separación fundamental entre los Zapadores de Cuerpo de Ejército y los Zapadores divisionarios. Ni los Zapadores de Cuerpo de

Ejército pueden sustituir a los de División, ni los de esta gran Unidad a los de Cuerpo de Ejército. Coinciden los cometidos en casos muy restringidos, pero discrepan fundamentalmente en otros. Las misiones de los Zapadores de Cuerpo de Ejército son las que responden al concepto de constructores rápidos.

¿Qué misiones tiene el Batallón de Zapadores divisionario? Vamos a exponer estas misiones por orden de importancia, asignando ésta no a la dificultad de la misión, que esto puede ser subjetivo, sino a la frecuencia con que se presentan en el campo de batalla. En consecuencia, las expondremos en el siguiente orden:

Primera.—Minas.

Segunda.—De brecha.

Tercera.—Destrucciones.

Cuarta.—Construcción de puentes.

Quinta.—Obras especiales.

PRIMERA MISION. — MINAS

I

Campos de minas.

La principal misión, la más frecuente para un Batallón de Zapadores divisionario, es la de minas, bien se trate de la colocación, entretenimiento y recogida de campos propios, o de la localización, reconocimiento y rastreo de campos de minas enemigos. El material de guerra más importante que llevan hoy los Zapadores divisionarios está constituido por las minas, elementos activos de la defensa, que desempeñan en la guerra un papel de gran trascendencia y que requieren para su manejo, colocación conservación, localización y recogida, tropas especialmente instruidas y de cualidades nada comunes.

El objeto de los campos de minas es vario, y su instalación puede responder a los siguientes propósitos:

- 1.º Reforzar el obstáculo, convirtiéndolo en activo.
- 2.º Evitar la sorpresa.
- 3.º Canalizar el ataque.
- 4.º Barrear zonas de terreno.



De un Parque de Zapadores de las tropas sudafricanas.

("The I. London News".)

Todo campo está constituido por gran cantidad de hornillos o minas, colocados en forma diversa, a distancias variables, según su carga explosiva y el objeto del campo.

En cada hornillo o mina se distinguen dos partes: el dispositivo de fuego y la carga propiamente dicha.

Por el dispositivo de fuego, las minas, que funcionan por medios mecánicos y se clasifican en minas a presión y minas a tracción. También existen las minas eléctricas, cuyo funcionamiento puede ser a presión o a tracción; pero al hablar en lo sucesivo de minas prescindiremos de las eléctricas, por el poco empleo que de ellas se hace, hasta el extremo de que como obstáculo deben desecharse, pues teniendo que estar enterradas, rápidamente se inutilizan por la facilidad con que las ataca la humedad, poniéndolas fuera de servicio. Las minas eléctricas están indicadas en misiones especiales de alarma, sabotaje, etc., nunca como elemento constitutivo de un campo.

Si se atiende al objeto de las minas, se clasifican en minas contra personal, contra carros y especiales. El Batallón debe llevar dos clases de minas: una contra tanques, con dispositivo de fuego a presión y carga no inferior a siete kilos de trilita, y otra contra personal, de las llamadas de salto, y funcionamiento a tracción, que actúen proyectando balines o metralla con efectos mortíferos en un radio de acción de cincuenta metros, para lo que requiere una carga no inferior a 500 gramos de trilita. Estas últimas se llaman de salto, porque la explosión de la carga se produce cuando la mina se ha separado del suelo un metro o metro y medio, en virtud de otra explosión preliminar que produce dicho efecto de salto.

Tanto unas minas como otras deben ser metálicas, de cuidadosa construcción y recuperables, aunque esto último debe hacerse en casos extremos de falta de mate-

rial y teniendo siempre en cuenta, como operación delicada que es, que se requiere mucho tiempo.

La dotación del Batallón debe ser de 3.000 minas de la primera clase y 1.500 de las segundas, con las que se pueden cubrir, respectivamente, frentes de 3.000 y de 7.500 metros, colocando las minas con la densidad y en la forma que más adelante se indicará.

Además de estas minas, y no como dotación, sino como material de guerra afecto al Parque del Batallón, debe disponer éste de gran número de minas, de construcción más rudimentaria, de pequeño tamaño, de madera, con poca carga explosiva, de 50 a 80 gramos de trilita, para establecerlas contra personal, con funcionamiento generalmente a presión y en circunstancias especiales a tracción. Estas minas no deben ser recuperadas, pues ocasionan gran número de bajas entre las tropas encargadas de hacerlo, por ser pequeño su tamaño, tosca la construcción, y porque se colocan tan cerca una de otras, que puede decirse que el suelo está sembrado de minas. Su colocación está indicada en frentes estabilizados, donde se temen ataques enemigos, y en la retirada. Cuando por avance propio estos campos queden a nuestra retaguardia, lo más práctico es jalonar su contorno con postes indicadores, e incluso con alambradas, y evitarlos siempre que sea posible; y cuando no haya más remedio que transitar a través de ellos, retirar las minas indispensables para formar dentro del campo la calle, con la anchura que sea necesaria.

Estas minas deben ir más a retaguardia que las de dotación ya citadas, y deben transportarse separadas las cargas de las cajas o estuches, como medida de seguridad, y por ser rapidísima la colocación de los petardos y dispositivos de fuego.

El número de minas de esta clase de que debe disponer el Parque del Batallón no debe ser inferior a 8.000, aunque, naturalmente, su número lo determinará la situación táctica de la División. El número que se ha fijado es un mínimo, del que no se debe bajar.

De minas antitanques, aparte la dotación que lleva el Batallón consigo, debe haber en el Parque un repuesto importante; pero todas ellas de excelente construcción, idénticas a las mejores. En esta clase de minas no cabe la economía.

Quizá sorprenda algo esta clasificación de minas: en minas de dotación y minas de Parque; pero la explicación es bien sencilla. En la guerra de movimiento surgirán situaciones imprevistas; aunque el movimiento sea de avance y preocupe al Mando más la localización y destrucción de los campos de minas contrarios, habrá reacciones enemigas, contraataques, que con campos de minas propios se podrán malograr y convertir en sangrientos y desmoralizadores para el enemigo. El desgaste propio en el avance ha podido ser muy grande, y en horas pueden cambiar las decisiones del Mando, siendo el problema organizar rápidamente un frente defensivo, provisional o definitivo. Para atender a este problema se pide la dotación de minas perfectas, inmejorables, de gran rendimiento. Cuando hay más tiempo, cabe la economía, empleando las minas toscas; siempre convendrá reservar el buen material para las circunstancias difíciles que nunca han de faltar.

II

Situación de los campos de minas.

En la actual guerra se colocan los campos de minas en todas las zonas del frente de batalla. Analicemos ligeramente las ventajas e inconvenientes que ofrece cada emplazamiento.

Campos de minas a vanguardia y lejos de nuestras posiciones. — Nos previenen, en caso de ataque, con tiempo suficiente para organizar la defensa. Su situación alejada de objetivos los coloca fuera de la zona de dispersión artillera, no sufriendo los efectos destructores de los proyectiles enemigos en las concentraciones sobre nuestra línea.

Colocados al alcance de las patrullas de reconocimiento enemigas, éstas terminarán por localizarlos, de no estar situados en zonas de difícil acceso, por cuyo motivo no son aconsejables, sobre todo en períodos de estabilización.

Campos colocados a vanguardia y próximos a nuestra alambrada. — Estos campos refuerzan notablemente el obstáculo; pero por su proximidad a él sufren gran desgaste en las preparaciones artilleras enemigas.

Por su situación es más difícil que el enemigo pueda localizarlos y, sobre todo, neutralizarlos.

Campos colocados entre la alambrada y la trinchera. — Las dificultades que estos campos presentan al enemigo en el momento del asalto son grandes, ayudando a la defensa y ejerciendo un efecto moral muy grande sobre el asaltante.

Por su situación están sometidos a un desgaste continuo por los proyectiles de toda clase de armas del enemigo: armas de tipo rasante, morteros y cañones. Estos campos, para ser eficaces, deben ser repasados continuamente.

Campos a retaguardia de la posición principal de resistencia. — La colocación y entretenimiento de estos campos no ofrece dificultad: su desgaste es mínimo; pero no entran en acción hasta haber sido forzados o eliminados algunos elementos propios del dispositivo de defensa.

El enemigo no puede desactivarlo y le será difícil la destrucción a distancia por medio de la artillería, por carecer de datos concretos sobre su situación. La misión más indicada para estos campos es la destrucción de carros, resultando menos indicados contra personal.

Las minas antitanques sin dispositivos de fuegos especiales no ofrecen, generalmente, peligro para la infantería; en cambio, un campo de minas contra personal, situado a retaguardia de nuestras primeras posiciones, exige gran disciplina en la circulación y siempre se está expuesto a que cause bajas a nuestras fuerzas propias. Sin embargo, aun los campos de minas antitanques exigirán esa disciplina, cuando se trate de mover por el paraje en que está situado el campo, cañones antitanques, elementos pesados de fortificación, de suministro, etc.

III

Minas contra personal.

Así como las minas antitanques deben colocarse siempre a presión, las minas contra personal se colocarán a presión o a tracción, según las condiciones del terreno y el número de las que se disponga.

La superficie que transmite el peso del hombre al dispositivo de fuego es de dimensiones reducidas, por lo que es necesario que los campos de minas a presión tengan una densidad grande que asegure la destrucción de una infiltración enemiga. El número de filas de que constará un campo de esta clase no será nunca inferior a tres. La distancia entre minas vendrá determinada por dos condiciones opuestas: una, que tiende a multiplicar el número de minas para impedir que, siguiendo direcciones rectilíneas, pueda el enemigo franquear el campo sin sufrir sus efectos, y la otra condición, que trata de disminuir la den-

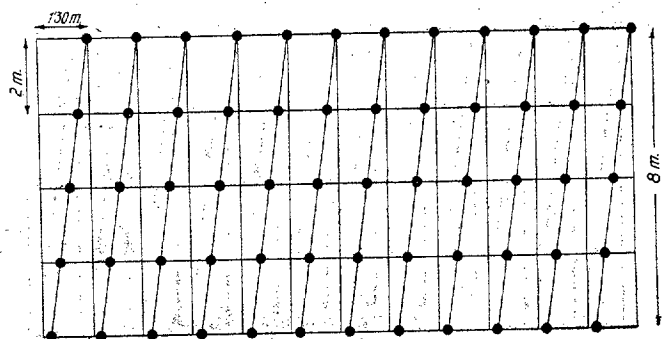
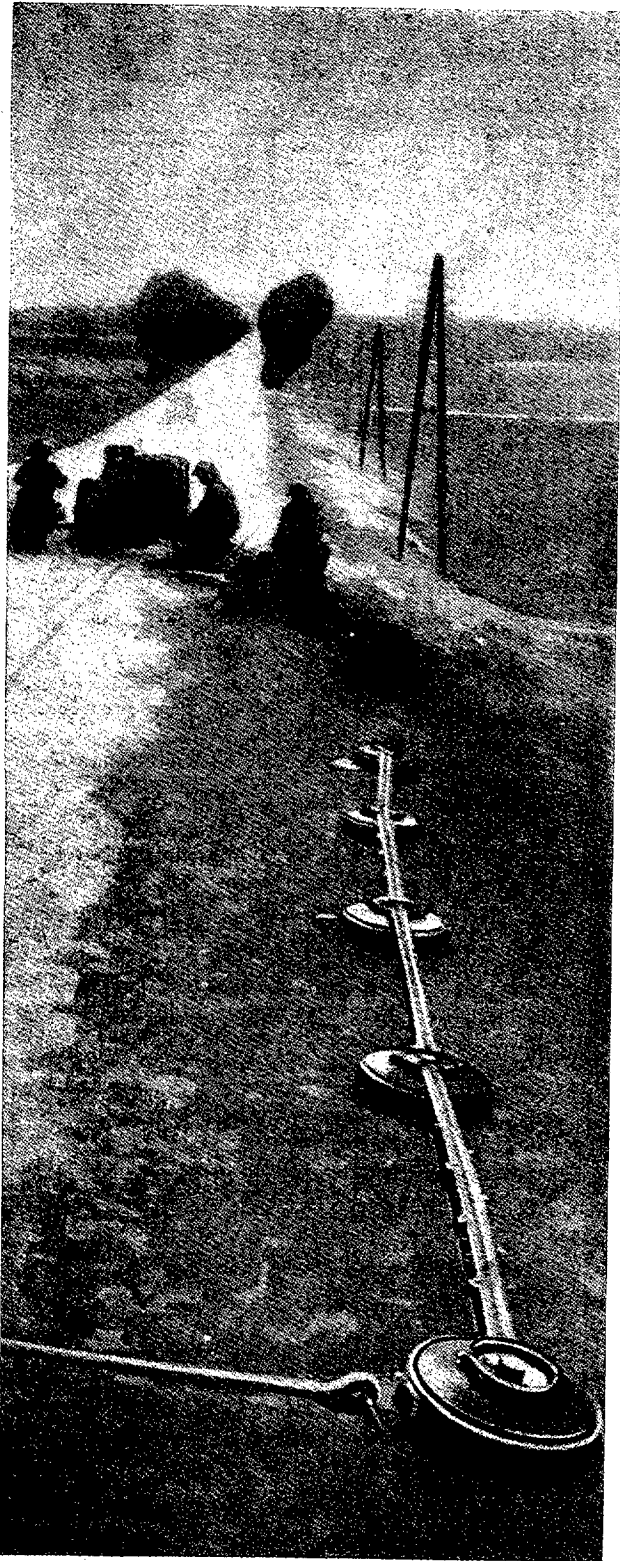


Fig. 1 Campo de minas contra personal a presión

sidad de las minas para evitar las explosiones por simpatía. La colocación más ventajosa de estas minas es al tresbolillo.

Las minas con dispositivo de fuego a tracción tienen la ventaja de ofrecer una barrera continua, ya que los alambres que a ellas se unen permiten cerrar perfectamente el paso a cualquier infiltración.

En los campos situados a vanguardia de nuestras posiciones o colocados en sitios accesibles a las patrullas de localización enemigas se aconseja intercalar minas aseguradas contra la recogida, minas ancladas; pero bien en-



16 Una instalación de minas rusas desenterrada por las tropas alemanas.

tendido que estas minas deben quedar perfectamente determinadas en el plano del campo y en la memoria con referencias que no dejen lugar a dudas. Es mala práctica referir en el campo estas minas por el número de orden que ocupan, pues éste varía, bien por levantar el enemigo parte del campo o por haber sido destruido parcialmente, aparte de que es muy corriente no poder determinar con seguridad cuál es la primera mina.

Los alambres de las minas a tracción y las estacas a que éstos van sujetos pueden revelar la existencia del campo en terrenos de vegetación escasa. En terrenos abundantes en arbustos y en bosques es fácil disimular perfectamente los alambres y muy difícil de localizar las estacas entre la plantas, pudiéndose en muchos casos prescindirse de las estaquillas sujetando los alambres en la misma vegetación.

En los terrenos cubiertos de césped y en los arenosos carentes de vegetación es fácil conseguir una disimulación perfecta de las minas a presión. En los primeros hay que tener muy en cuenta la cuestión de lluvias, pues si las minas se colocan en época lluviosa es preciso que los tepes que recubran las minas tengan el espesor suficiente para retener la humedad necesaria a la hierba, con objeto de que ésta no sufra cambio en su aspecto exterior y los tepes no denoten la existencia de las minas. Si las minas se colocan en épocas de mucho calor y escasa humedad, los tepes que las recubren no tardan en cambiar de color y denuncian con su presencia la existencia de un campo minado.

En la nieve no es aconsejable emplear dispositivos de fuego a tracción, a no ser en terrenos cuya vegetación permita disimularlos perfectamente. Las ventiscas depositan a sotavento de las estacas pequeños montículos de nieve que favorecen su localización, y con temperaturas muy bajas se recubren los alambres de cristales, que los hacen muy visibles.

En los terrenos muy llanos, el fuego de las armas de tiro rasante ejerce sobre los alambres de las minas a tracción una labor destructora, siendo muy corriente que los campos colocados en dirección normal a la línea de tiro de las armas automáticas se encuentren al poco tiempo de instalados con los alambres cortados.

Los campos de minas a tracción requieren una cantidad de minas muy inferior a las que se necesitan si se colocan a presión, pues situadas aquéllas con la densidad de una mina por cada dos metros de frente, se barrea completamente una zona. Conviene aumentar la densidad para evitar, al producirse la explosión de una mina, que los atacantes tengan la seguridad de que por allí no hay peligro, por lo que conviene disponer las minas a tracción en tres filas, si el número de las que se dispone lo permite.

El gran inconveniente que presentan los campos de minas contra personal, sobre todo los que funcionan a tracción, es lo peligroso que resulta su levantamiento y su entretenimiento.

Las minas contra personal suelen tener pequeña carga explosiva, de 50 a 80 gramos, pudiendo llegar hasta 200 gramos. Emplear cargas mayores es desaprovechar el explosivo.

Conviene advertir, para evitar confusiones, que al hablar de minas contra personal nos referimos principalmente a las de construcción rudimentaria. Lo dicho para éstas sirve también para las metálicas, perfeccionadas o de salto; pero no es extensivo a ellas lo dicho respecto a densidad de los campos, pues su radio de acción es de

unos 50 metros y, por lo tanto, estas minas pueden colocarse al tresbolillo, formando campos de cinco filas, con distancias entre las minas de una misma fila y entre éstas, de unos 25 metros, obteniéndose una densidad de una mina por cada cinco metros de frente. Las minas de salto se colocan al tresbolillo, como las anteriores; pero es preciso evitar malas interpretaciones, no queriendo decir que las minas de las filas primera, tercera y quinta estén en la misma línea perpendicular al frente, ni que ocurra lo mismo con las minas de las filas segunda y cuarta, sino que irán colocadas en filas paralelas al frente; pero desplazadas hacia un lado, con relación a las de la fila anterior, en un número de metros igual al cociente de dividir la separación entre minas por el número de filas. Con esta disposición se consigue que al avanzar un enemigo hacia nuestras líneas tropiece forzosamente con el alambre de tracción, cuya longitud en esta clase de minas es de unos dos metros.

Si se emplean las minas de construcción rudimentaria, con pequeña carga explosiva, puede asegurarse que un campo queda perfectamente barrado si se colocan minas a presión con una densidad de tres minas por metro de frente, o si se colocan minas a tracción con una densidad de 0,75 minas por metro. En el primer caso pueden colocarse las minas en cuatro filas, separadas dos metros y con un intervalo entre las de la misma fila de dos pasos, es decir, 1,30 metros. Cuando se trate de minas a tracción, pueden colocarse tres filas separadas entre sí dos metros y medio y con una distancia entre las minas de una misma fila, de cuatro metros, suponiendo que la longitud de hilo por mina sea de dos metros. Como resumen, puede decirse que las minas a tracción sólo son aconsejables, para ser colocadas en terrenos de abundante vegetación, cuando se dispone de poco número de minas o en zonas en que las acciones ofensivas propias no sean probables.

IV

Minas contra tanques.

Estas minas deben ser de una construcción perfecta, de envuelta metálica, de carga concentrada; es decir, no repartiendo la carga en forma longitudinal ni adoptando la disposición de pequeñas cargas separadas. Su forma preferible es la circular o de platillo; la carga, no inferior a siete kilos de trilita, y el dispositivo de fuego, a presión. El dispositivo de fuego a tracción no es aconsejable.

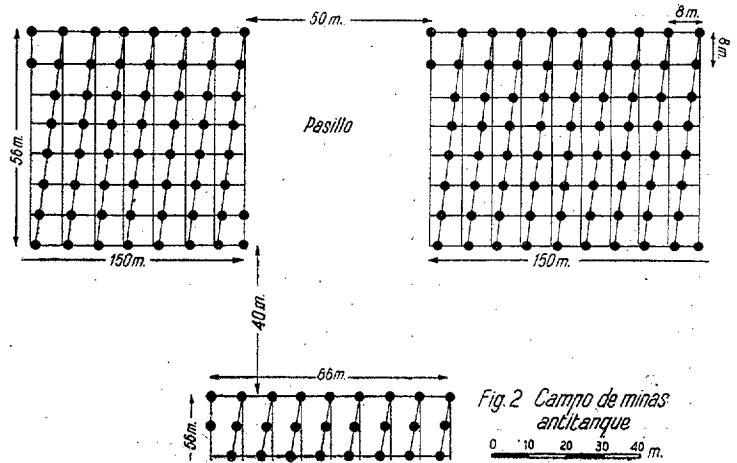
Si el campo está situado en zonas aseguibles al enemigo, es fácil que sus patrullas puedan localizarlo, por el mayor tamaño de las minas y por exigir sus dispositivos de fuego mayores esfuerzos, ya que son menos sensibles. Su enmascaramiento debe ser perfecto, para dificultar su localización. La disimulación contra los conductores de los carros de asalto no ofrece dificultad. Los campos de minas antitanques deben protegerse contra las patrullas enemigas de localización, cuando no están muy próximos a los asentamientos de nuestras armas de tiro rápido, mediante otros campos de minas contra personal que circunden a aquéllos.

En el capítulo II se vieron las ventajas y los inconvenientes que ofrecen los distintos emplaza-

mientos de los campos con relación a las líneas propias. Tratándose de minas antitanques, es grande el inconveniente que presenta el colocar estos campos, con carácter general, a vanguardia de nuestras líneas, y sólo podrá hacerse esto cuando no están muy próximas nuestras posiciones de las del enemigo, cuando se pueda batir y observar bien el campo de minas, y siempre con la necesidad de que la infantería que guarnece la posición protegida vigila el campo, destacando si es preciso individuos o Escuadras.

La práctica ha demostrado que la densidad de una mina por metro de frente impide el paso de un cincuenta por ciento de los carros atacantes. Si la densidad es de dos minas por metro, los carros afectados alcanzan el sesenta y cinco por ciento, y para que todos los tanques o carros se vean detenidos, la densidad ha de ser de tres minas por metro. Por otra parte, en la línea Sigfrido, por estar muy próximas entre sí las minas antitanques, se produjeron explosiones completas de campos de minas de varios kilómetros de extensión. Para evitar estas explosiones por simpatía, que pueden anular por completo la defensa anticarro en un sector determinado, debe evitarse el colocar estas cargas a una distancia entre sí inferior a doce pasos, unos ocho metros, de modo que la organización de un campo contra tanques debe hacerse colocando el número de filas que se consideren necesarias, distanciadas entre sí ocho metros y con una separación entre las minas de una misma fila de otros ocho metros. Para evitar a todo trance las explosiones por simpatía se limita la longitud de los campos, no permitiendo que sea mayor de ciento cincuenta metros, separando cada campo del inmediato por una distancia variable entre las veinticinco y cincuenta metros, y con objeto de cerrar el paso, por estos anchos pasillos que quedan entre los campos se colocan otros de una longitud igual a la anchura del pasillo, a retaguardia de los anteriores y a unos cuarenta o cincuenta metros de los mismos.

En esta forma, aunque sólo nos propongamos detener el cincuenta por ciento de los carros atacantes, adoptando una densidad de una mina por metro, tendremos que colocar ocho filas, obteniendo una profundidad de campo de $7 \times 8 = 56$ metros, distancia entre las filas extremas. Como hay que dejar una distancia de otros ocho metros entre la alambrada y la primera fila, y de ocho o diez metros entre la última y la primera, resulta que si se coloca el campo entre la alambrada y la trinchera o pozo



de tirador, aquélla tiene que estar de éste a setenta metros, distancia inadmisibile, sobre todo en época nubosa, máxime si la alambrada está constituida por caballos de frisa y si el tiempo es frío, en que el centinela, por la necesidad de abrigarse y taparse las orejas, oye menos y no puede percatarse durante la noche si el enemigo corta la alambrada y neutraliza el campo.

Delante de la alambrada podrán colocarse los campos antitanques en contados casos, pues por su gran diseminación y distancia de nuestras líneas será difícil evitar que las patrullas de localización enemiga fijen los campos y los destruyan o anulen.

El problema, al parecer tan sencillo, de situar los campos de minas es de difícil solución. Puesto que es un obstáculo, parece que hay que colocarlo delante; pero no siempre será posible, ni mucho menos. Muchas veces se recurre a un sistema mixto, colocando las posiciones propias entre dos fajas paralelas de minas antitanques. La más adelantada, constituida por dos o tres filas de minas delante de las primeras armas propias, bien entre los pozos de tirador o trinchera y la alambrada, o bien delante de ésta. La segunda faja, constituida por cinco o más líneas de minas, a retaguardia de los primeros elementos y a distancia variable de los mismos, unas veces a cincuenta metros y otras a mil o mil quinientos. La primera faja es la que proporciona alguna protección a los primeros defensores y produce en ellos un efecto más moral que práctico. La segunda faja es la verdadera zona de seguridad, pues ni ha podido ser localizada por las patrullas enemigas, ni ha sido desgastado el campo por el tiro de mortero y otras armas, ni batido por la artillería, que habrá concentrado su fuego sobre objetivos más concretos y visibles.

Tiene que haber otros campos antitanques de dirección perpendicular a la línea general del frente que compartimenten el terreno, desmoralicen y desorienten a las fuerzas acorazadas y eviten la realización impune de ataques de flanco.

Donde verdaderamente deben colocarse los campos antitanques con una abundancia abrumadora es en las vías de comunicación y en sus inmediaciones, que puedan servir al enemigo de vías de penetración. En estas vías de penetración el enemigo debe encontrarse a doscientos metros de sus propias líneas, a dos kilómetros, a cinco, a doce..., extensos campos de minas perfectamente disimulados y secretos que impidan la misión principal que tienen sus fuerzas acorazadas, de penetrar profundamente.

V

Colocación de campos de minas.

Todos los trabajos de minas exigen una instrucción perfecta. Es necesario seleccionar y especializar a la tropa destinada a estos trabajos. La eficacia de los campos de minas depende de la rapidez y, sobre todo, de la perfección. El enmascaramiento es factor primordial; un campo mal disimulado no sirve para nada. La labor, muy corriente, de colocar campos de minas muy a vanguardia de nuestras posiciones tiene que hacerse en perfecto silencio y es necesario que cada individuo cumpla perfectamente con su cometido; para lo cual se hace imprescindible que el Oficial y los Suboficiales conozcan perfecta-

mente a sus subordinados, a fin de encomendar a cada uno la labor que sea capaz de desarrollar.

El Oficial, Suboficial o soldado herido, al ser dado de alta, debe volver a la misma Compañía a que pertenecía. La confianza mutua es fundamental en estas fuerzas, si se quiere que sus trabajos alcancen perfección y elevado rendimiento.

No pueden darse reglas fijas para la colocación de campos de minas, pues varían con el material, clase de terreno, distancia, tiempo, etc. No obstante, pueden darse algunas normas aconsejadas por la experiencia.

La fuerza disponible se dividirá en dos grupos: un grupo de gente especializada, a cuyo cargo correrá la colocación de las minas, y otro grupo de gente no especializada, encargada del transporte del material. El campo lo marcará siempre el Oficial, quien distribuirá el trabajo y designará a cada grupo la labor a realizar.

En los campos de varias filas de minas se empezará siempre por la más próxima al enemigo. Se evitará que los individuos dedicados al transporte de material circulen por la zona a minar o minada, dejando el material antes de llegar a ella.

No se quitará ningún seguro hasta que esté colocada la última mina, destinándose a esta labor los Sargentos o Jefes de grupo. Los seguros serán entregados al Oficial, para que se percate de que el número de seguros coincide con el número de minas colocadas. El Oficial, una vez terminado el trabajo, reunirá los seguros en haces, colocará en ellos una etiqueta de madera, con indicación de su número y del campo a que pertenecen, enviándolos seguidamente a la Plana Mayor del Batallón. Cuando por la clase de minas a colocar o por otra circunstancia: proximidad al enemigo, ataque inminente, etc., haya que ir quitando los seguros a medida que se van colocando las minas, se irá cerrando el campo a retaguardia con un alambre o se limitará con una cinta blanca que se irá extendiendo al mismo ritmo del campo para evitar desgracias, retirándose, naturalmente, por filas, y definitivamente una vez terminado el campo.

El enmascaramiento es fundamental, por lo que se tendrá especial cuidado en no dejar huella alguna que pueda orientar al enemigo. Las tierras que se saquen de los hoyos en que se colocan las minas serán depositadas en una lona que se llevará con este fin, siendo luego transportadas a retaguardia y a distancia del campo minado.

VI

Entretenimiento de campos de minas.

La vigilancia y entretenimiento de los campos de minas ha de ser continua, por el desgaste que sufren, debido a la guerra y a los agentes atmosféricos. Los embudos de artillería y de morteros son las causas principales del deterioro que sufren; pero también en las grandes lluvias las aguas que corren por la superficie de las tierras dejan a menudo al descubierto minas que delatan al enemigo la situación del campo. Patrullas perfectamente instruidas tienen que recorrer los campos propios, conservándolos en las mejores condiciones.

Aunque sea una digresión, es interesante llamar la atención sobre la distinción que establece el Reglamento de mutilados de guerra entre el soldado que ha sido herido por metralla o arma procedente del enemigo, y el

que no lo ha sido en estas condiciones. Así, se da el caso absurdo de que entre dos ciegos, uno de ellos alcanzado por disparo de mortero lanzado por el enemigo y el otro por explosión de mina propia, existe la desigualdad de que el primero cobre doble que el segundo.

Téngase en cuenta que los accidentes de mina, si no son mortales, llevan siempre consigo la pérdida de la vista y de alguna extremidad.

VII

Localización de los campos enemigos.

Si el reconocimiento de un campo propio es labor expuesta y delicada, la localización y neutralización de los campos enemigos lo es más aún, por cuyo motivo las patrullas destinadas a este fin tienen que estar formadas por Zapadores que, además de poseer una instrucción perfecta, sean valerosos y tranquilos. Su abnegación y serenidad no debe dejar lugar a dudas, pues actúan en el terreno de nadie, con el que deben sentirse identificados para desenvolverse con soltura. La gente nerviosa no sirve para estos cometidos. El caso corriente de tener que evacuar heridos de sitios muy próximos al enemigo exige soldados que sepan guardar silencio, aunque se hallen gravemente heridos. Soldados de condiciones tan excepcionales son repuestos con mucha dificultad.

En la instrucción de patrullas de localización de mina da buen resultado la organización de concursos entre Compañías y entre los Pelotones de las mismas, premiando al que localice en menos tiempo el campo contrario. La instrucción debe hacerse repetidamente de día, y una vez adquirida cierta práctica de noche, que es cuando únicamente puede trabajarse en la realidad.

Los medios empleados para localización de minas pueden ser electromagnéticos y mecánicos. En España habrá que emplear, en la mayor parte de los casos, los primeros. En terrenos blandos y sin piedras, como son los de huerta y la mayor parte de los terrenos del este de Europa, son preferibles los medios mecánicos.

Los medios electromagnéticos son los indicados para trabajar en retaguardia, pues pueden manejarse cómodamente y con sosiego. En el terreno de nadie, donde hay que avanzar rastreando, se necesitan aparatos de muy poco peso y preparados para que se empleen en la postura de tendido. Su empleo presenta otro inconveniente en el

campo de batalla, por la gran cantidad de metralla que se halla enterrada.

En general, siempre que se pueda emplear el medio mecánico, debe preferirse. Se utiliza para ello el buscaminas metálico, constituido por un tubo de aluminio de unos cuarenta y cinco o cincuenta centímetros, terminando en un punzón de acero de veinticinco centímetros, muy agudo. Su uso proporciona al zapador seguridad, pues pronto se familiariza con él.

Localizado el campo enemigo, es preferible desactivarlo a levantarlo; así evitamos que el enemigo se dé cuenta de que ha sido localizado y continúa en la creencia de que tiene un obstáculo útil, cuando no le sirve para nada.

Si a los obstáculos pasivos se les ha dado tanta importancia, por la seguridad que proporciona a los defensores y por lo mucho que eleva su moral, calcúlese la importancia que tiene un obstáculo activo capaz de anular el esfuerzo del enemigo, cuando emplee grandes masas de hombres o potentes elementos acorazados.

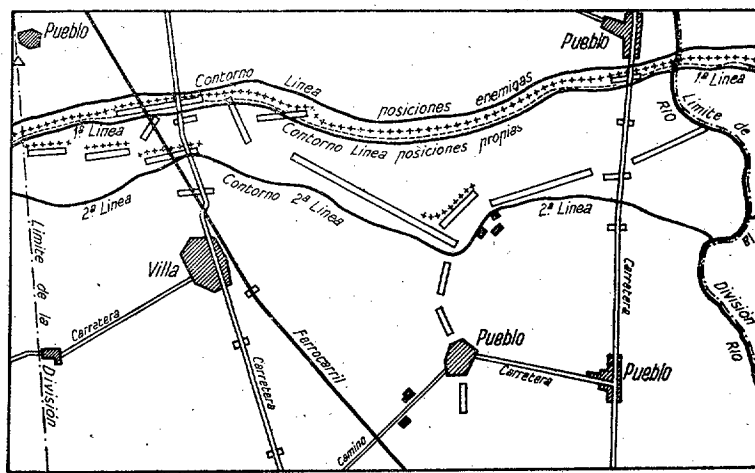


Fig. 3 Plano de conjunto de los campos de minas de una división
—SIGNOS CONVENCIONALES—
Mines contra personal + + + + Campos contra tanques de tres filas de minas ----- id. de cinco o mas filas de minas

VIII

Levantamiento de planos.

Es labor exclusiva del Oficial de Zapadores, quien no omitirá detalle alguno que facilite su rápida localización. Los campos se referirán siempre a puntos fijos, y

cuando las referencias sean artificiales (estacas, montones de piedra, etc.), estarán siempre situados a retaguardia del campo.

A todo plano de campo de minas acompañará una detallada memoria, explicando su situación, clase de minas, número de éstas, dispositivo de fuego, minas ancladas, distancia entre minas, distancia del campo a puntos fijos, cuadrícula del plano en la escala 1 : 50.000, en la que está situado el campo. El plano del campo de minas debe estar en escala mucho mayor, siendo las corrientes 1 : 500 ó 1 : 1.000.

Tanto en el plano como en la memoria figurarán cuantos detalles aseguren su pronto reconocimiento y segura recogida.

Este trabajo debe ser completo y rápido. Como da lugar a gran pérdida de tiempo y a trastornos grandes en el servicio la devolución al Oficial, para que aclare tal o cual extremo, hay que dar unas normas concretas a todos los Oficiales del Batallón, tanto sobre la forma de colocar los campos como sobre el modo de relacionar y referir el campo, no olvidando el detalle de advertir que envíen, clasificados y numerados, a la Plana Mayor del Batallón, los seguros de las minas colocadas.

Por temor a ser demasiado extensos no se exponen las instrucciones completas sobre colocación de minas que se dan a los Oficiales de las Compañías de Zapadores.

IX

Secreto de los campos.

No basta que los documentos que extiende el Oficial sean secretos; es preciso instruir a la tropa con este fin, acostubrándola a no comentar la existencia de campos minados. Por esto se aconsejaba anteriormente que en los detalles de colocación de los campos intervenga la menor cantidad de gente, e insistimos en que los Zapadores que tienen estas misiones sean seleccionados.

X

Estudio de nuevos dispositivos enemigos.

Para levantar o para desactivar los campos enemigos hace falta conocer perfectamente el material que los constituye, tanto como el propio. La frecuencia con que aparecen en el curso de la campaña nuevos dispositivos obliga a un estudio constante de las minas enemigas.

Al descubrir un dispositivo nuevo debe darse parte en seguida al inmediato superior para que, llegando rápidamente por el conducto natural jerárquico al conocimiento de la Superioridad, pueda dar ésta las instrucciones oportunas a todas las Unidades, consiguiéndose de este modo una labor eficaz.

La obsesión continua de todos los componentes del Batallón de Zapadores divisionario debe ser el conocimiento de las minas propias y de las que utiliza el enemigo. Identificados con su misión, los Zapadores deben sentir verdadera inquietud por descubrir el funcionamiento de cualquier tipo nuevo de minas.

XI

Importancia de los campos de minas en la guerra moderna.

Aparte de que la misión de todas las armas es importantísima en la guerra, hoy tiene importancia extraordinaria el tanque, que si es fácil de batir por los cazatanques cuando están sueltos y en pequeños números, resultan peligrosísimos empleados en grandes masas, por la protección mutua que se prestan, que reduce la intervención de las tropas encargadas de anularlos.

Para contener un ataque contra tanques en masa, apar-

te de la aviación, que debe actuar con mucha oportunidad para ser eficaz, no hay más defensa que la artillería, los cañones antitanques y los campos de minas.

Los campos de minas, como obstáculo activo, tienen capacidad para destruir por sí mismos los tanques, y en todo caso obran como obstáculo, conteniendo durante mucho tiempo al enemigo, permitiendo actuar sobre ellos a la artillería propia y dando lugar a la llegada de reservas y de Unidades acorazadas propias que restablezcan la situación.

Misión importante del Batallón de Zapadores divisionario es la colocación de campos de minas, a los que tendrá que dedicar la mayor parte de sus actividades, tanto para colocarlos como para entretenerlos, localizar los contrarios, abrir brecha en ellos y poner en conocimiento del Mando cómo son y dónde están.

Para darse cuenta de lo ímprobo de este trabajo, basta decir que en un frente de una División estabilizada, de unos veinte kilómetros, no bajará de cuarenta mil el número de las minas colocadas, sumadas las antitanques con las de personal. Sólo la cuestión de transporte ya constituye de por sí un problema importante, pues pesando cada mina antitanque unos nueve kilos y cada mina contra personal de medio a un kilo y medio, según su clase, si suponemos treinta mil de las primeras y diez mil de las segundas, tenemos un total de doscientos ochenta mil kilos.

Por esta razón, el Batallón de Zapadores necesita medios de transporte automóviles propios que conduzcan rápidamente los explosivos desde el Parque a un lugar no lejano del campo, y necesita asimismo medios hipomóviles que ramifiquen el transporte desde ese lugar al de colocación de las minas.

Una última observación conviene hacer sobre los campos de minas, y es que la violencia de las preparaciones artilleras es de tal índole, que trituran todos los objetivos, y que, por lo tanto, con el convencimiento de que los emplazamientos de artillería y de piezas antitanques han de ser conocidos por la observación y el servicio de información enemigo, probablemente después de la preparación artillera, al lanzar el enemigo las tropas y los tanques sobre nuestras líneas, no encontrará más obstáculo que los campos de minas, si el Mando ha tenido la precaución de imponer a todos discreción, de situar los campos en lugares que produzcan sorpresa, en sitios desconocidos e insospechados por el enemigo, y si se han colocado perfectamente enmascarados.

CONSECUENCIA. — Los campos de minas son importantísimos. El Batallón de Zapadores es el encargado de colocarlos. El Jefe del Batallón de Zapadores es el responsable de estos campos. En casos de urgencia y para evitar el aplastamiento de máquinas pesadas, todas las Armas podrán colocar pequeños campos de minas antitanques, que levantarán en seguida o que dejarán puestos, dando inmediato conocimiento al Oficial de Zapadores más próximo.

He aquí expuesta, en conjunto, la misión que, en cuanto a minas se refiere, exige la guerra moderna a un **BATALLON DE ZAPADORES DIVISIONARIO.**

D.T.C.A.

Tiro de roche

Esta foto es del autor del artículo.

Comandante de Artillería
JUAN ASTORGA ASTORGA
del Regimiento 42.

Las acciones aéreas sobre puntos sensibles del interior se efectúan generalmente de noche; las "Normas para el empleo de la Artillería antiaérea" nos dicen que, en el caso de no disponer de proyectores o que la utilización de éstos no sea posible, las Unidades de A. A. han de tener preparadas barreras, que ésta es la modalidad de tiro a emplear, y que deberán tenerse preparadas de acuerdo con las alturas y dirección más probable del ataque aéreo. En la aplicación de estas Normas surge la duda de cuál es el momento en que empezará el tiro y su duración; también existe la duda de cuál será la zona del espacio en la que el fuego será más eficaz. Los resultados conseguidos sobre los aviones que efectúan incursiones nocturnas da la impresión de que el problema está resuelto, aunque la persistencia en los ataques nocturnos también nos indique que la solución no tiene aún la perfección del tiro de día. Unos encomiendan la solución al empleo de un sistema perfeccionadísimo de fonolocalización; otros, al empleo de la radiolocalización.

Con el primer sistema pueden emplearse dos procedimientos que no son nuevos y que tratamos de resucitar con algunas variaciones para generalizar su aplicación.

Si suponemos un puesto de escucha situado en un

punto P , todos los aviones que oiga con el mismo ángulo de situación estarán en una superficie cónica de eje vertical, y cuyo semiángulo en el vértice es complementario del de situación mencionado. Supuesto que el avión vuele a una misma altura, en línea recta y a velocidad constante, el plano horizontal que contiene a la ruta cortará a la superficie cónica según una circunferencia. Si suponemos un plano horizontal de altura conocida, h , producirá en la superficie cónica una intersección que será una circunferencia. En la figura 1.^a se ve que:

$$OA = OP \cotang \Sigma.$$

OA = Recorrido del avión en un tiempo.

OP = Altura del avión = H .

Σ = Ángulo de situación correspondiente a A .

oP = h altura conocida.

En los triángulos $\left\{ \begin{array}{l} OPA \\ oPa \end{array} \right\} \left\{ \begin{array}{l} oa \\ oA \end{array} \right\} = \frac{oP}{OP}; oa = OA \frac{h}{H}$

es decir, que oa es la representación de OA en la escala $\frac{h}{H}$. Supuesta otra posición del avión A' ,

$$\text{tendremos } \frac{aa'}{AA'} = \frac{h}{H}.$$

Si preparamos un gráfico constituido por una serie de circunferencias de radio $oa = h \cotang \Sigma$,

variando Σ entre 10° y 80° de 10° en 10° , por ejemplo, tendremos en él un medio de representar la ruta seguida por el avión en la escala $\frac{h}{H}$ (fig. 2.^a).

Para esto graduamos la circunferencia exterior en la misma forma que el aparato de escucha; si, por ejemplo, en un momento tenemos unos datos de

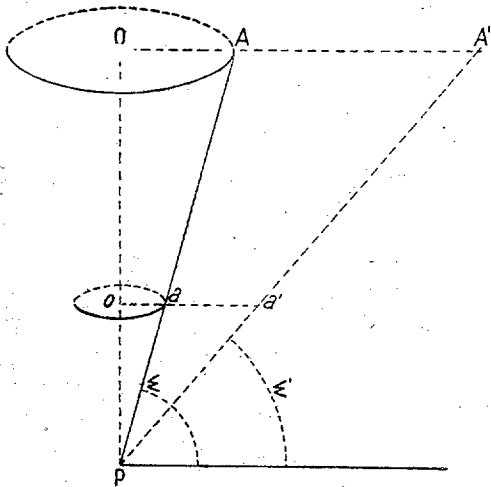


Fig. 1

azimut y orientación de 1600° y 40° , podremos situar un punto tal como el a ; si en otro momento posterior obtenemos $0 = 1150$ y $\Sigma = 50^\circ$, tenemos otro punto a' , y en $a' a''$ una representación de la ruta a la escala $\frac{h}{H}$. Para representar la verdadera ruta en

el gráfico es necesario conocer H . Para esto necesitamos dos puestos; supongamos que sean éstos los P y P' de la figura 3.^a, y A la posición del avión determinada por los dos puestos; si por el puesto P trazamos una recta con la misma orientación y magnitud que la $P' A$ y unimos A y A' , esta recta es igual a $P P'$ y paralela a ella; si en la recta AP si-

tuamos un punto de tal manera que la relación $\frac{aP}{AP} = \frac{h}{H}$, y por este punto trazamos una paralela a $A A_1$ hasta cortar al lado $P A_1$ en los triángulos $\{ P A A_1, P a a_1 \}$ se verifica que $\frac{a a_1}{A A_1} = \frac{h}{H} a a_1 = A A_1 \frac{h}{H} = \text{Base} \frac{h}{H}$. Si suponemos otra posición del avión A' ,

también se verifica que $\frac{a a'}{A A'} = \frac{h}{H}$; luego si en el

gráfico de cotangentes trazamos las rutas correspondientes a los dos puntos P y P' (fig. 4.^a) y trazamos una paralela a la base $P P'$ de manera que corte a las dos rutas, en la parte de esta paralela comprendida entre ellas, tenemos una medida de la altura, cuyo valor podemos determinar rápidamente con

una reglilla graduada en $a a_1 = \text{Base} \times \frac{h}{H}$ y nume-

rada en valores de H a la escala en que hubiéramos trazado el gráfico, que puede ser $1 : 25000$. Determinada la altura a que vuela el avión, ya podemos trazar la ruta en su verdadera magnitud y conocer la dirección de vuelo del avión y, por lo tanto, sus probables intenciones; ahora nos es necesario conocer la posición del avión sobre esta ruta, para lo cual tendremos que determinar su velocidad. Supongamos dos posiciones del avión (fig. 5.^a), determinadas en el gráfico por dos punterías acústicas; sean éstas $A A_1$, determinadas con un intervalo de $10''$, por ejemplo. El avión A , al llegar el sonido a P , se encontraba en $A_1, A A' = V t$ (t , duración del trayecto del sonido desde A a P). El A_1 se encontraba en $A'_1, A_1 A'_1 = V t_1$ (t_1 , duración del trayecto del sonido desde A_1 a P); $A' A'_1$ es, pues, el espacio recorrido por el avión en los $10''$. $A' A'_1 = V \times 10''$.

$$\begin{aligned} A' A'_1 &= A_1 A'_1 - A_1 A'_1 \\ A_1 A'_1 &= A A' - A A_1 \end{aligned}$$

$$\begin{aligned} A' A'_1 &= A_1 A'_1 - A A' + A A_1 \\ V \times 10'' &= V t_1 - V t + A A_1 \end{aligned} \quad \left\{ \begin{aligned} A A_1 &= V (10'' - (t - t_1)) \\ V &= \frac{A A_1}{10'' - (t - t_1)} \end{aligned} \right.$$

Si conocemos el momento en que se ha producido una puntería acústica, conocida la velocidad que hemos supuesto constante, conoceremos la posición del avión en ese momento, y aplicando una reglilla de velocidades a la ruta, la posición del avión en otro momento, y, por lo tanto, tenemos la posibilidad de preparar el tiro, pues conocemos la distancia, la orientación y la altura, y como conocemos también el momento en que el avión llegará a ese punto, podemos deducir aquel en que debemos empezar el tiro; si la barrera estaba prevista con los datos calculados, y en otro caso, con los que se determinen en el momento con un escalonamiento conveniente. El procedimiento permite la concentración del tiro de varias Baterías sobre la zona de entrada de aviones, siempre que se centralicen las determinaciones necesarias de altura y velocidad en el Mando, el que proporcionará a las Baterías los datos de orientación, distancia y altura del avión futuro, así como el momento en que sus proyectiles deben llegar a

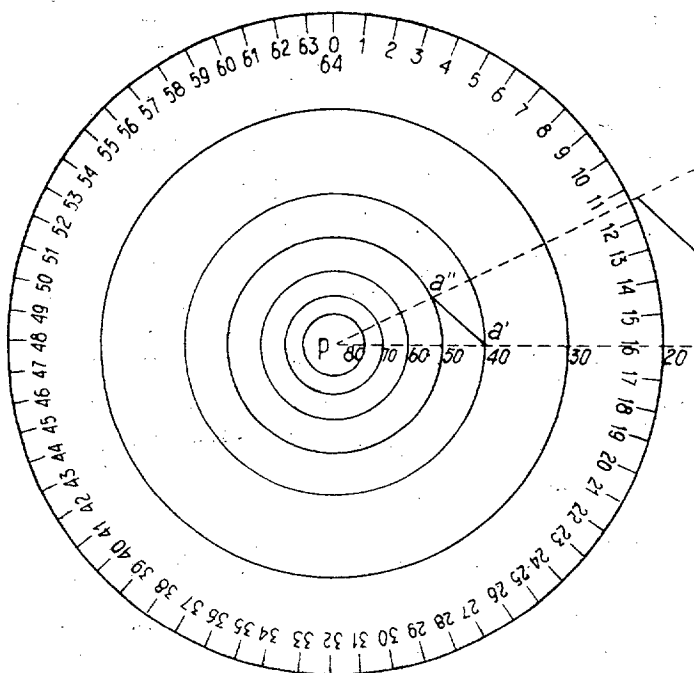


Fig. 2

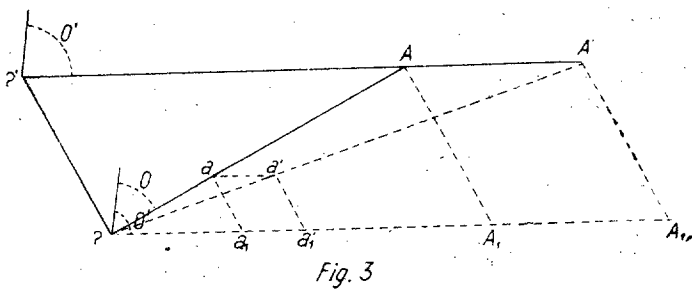


Fig. 3

esa zona, y las Baterías determinarán, según la duración de sus trayectorias, el momento de romper el fuego. Para la práctica del procedimiento son necesarios cronómetros con agujas grandes para marcar segundos y que todos estén de acuerdo. La precisión conseguida dependerá de los aparatos empleados en las determinaciones acústicas, en el acuerdo de los relojes, en los medios para la preparación del tiro y determinación de los datos del avión futuro, y en las correcciones que se puedan determinar e introducir en los datos conseguidos.

Existe otro procedimiento cuyo fundamento es análogo al de localización por la vista. Dos puestos alejados entre sí convenientemente y con aparatos apropiados determinan simultáneamente el azimut y el ángulo de situación de un avión, lo que permite situar éste en una plancheta en la que están representados los puestos; varias intersecciones nos proporcionan la ruta seguida por el avión y su representación en la plancheta; con la distancia medida en la plancheta desde uno de los puestos a un punto de intersección y el ángulo de situación correspondiente a este punto podemos determinar la altura de vuelo, y para conocer la posición real del avión en la ruta determinaremos la velocidad como en el procedimiento anterior. Con independencia de los errores cometidos en la escucha, así como otros en la situación de los puestos, el valor de las intersecciones depende

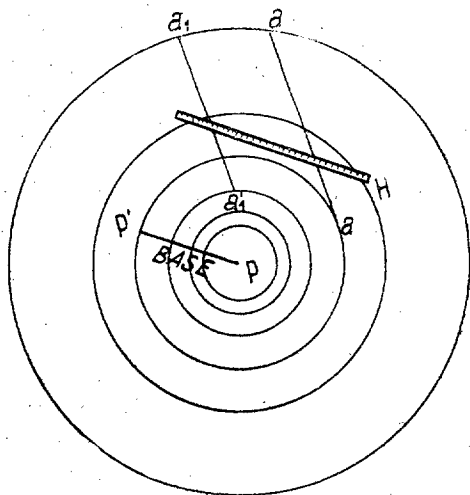


Fig. 4

de su situación con relación a los puestos; si no equidista de ellos, los sonidos recibidos en el mismo instante en los dos puestos pertenecen, en realidad, a dos posiciones distintas del avión, y, por lo tanto, esta intersección no puede ser tenida en cuenta si

el avión pasa por la vertical de uno de los puestos; los datos obtenidos por este puesto no tienen valor. Como puede darse el caso de que sean más de dos puestos los que proporcionen datos de escucha de un mismo avión, sólo se tomarán en consideración aquellos que se encuentren en la región en que vuela éste; es decir, los más próximos a él, que son en los que la duración del trayecto del sonido es más pequeña. Este procedimiento nos parece más apropiado para la información, pues el trazado directo de la ruta nos pone más rápidamente en conocimiento de las posibles intenciones del avión. Las distancias entre los puestos dependerán de la precisión y alcance de los aparatos con que se dote a los puestos.

Estos procedimientos de localización parece ser que han sido sustituidos por otros basados en las propiedades de las ondas radioeléctricas, que además de tener mayor precisión tienen más alcance. Con anterioridad a 1939 se hicieron experiencias con este procedimiento llamado de radiolocalización, obteniéndose buenos resultados. El procedimiento se funda en el fenómeno de reflexión de las microondas al chocar con un cuerpo sólido y en su dirigibilidad. La aplicación práctica consiste en emitir por una antena proyector (cuya dirección puede cambiarse a voluntad) un haz de ondas extracortas con una

abertura muy pequeña; la reflexión de estas ondas sobre el avión es captada por un receptor; la dirección del proyector en el momento que se comprueba esta reflexión da la dirección del avión, el desfase entre la onda emitida y la recibida la distancia. Las dificultades principales están en conseguir que la emisión del haz de microondas sea con una apertura muy pequeña (es decir, como un rayo dirigido), en la amplificación de la onda reflejada y en la medida precisa del desfase. La longitud de la onda debe estar comprendida entre 3 y 6 metros.

Dos pueden ser los procedimientos que actualmente pueden resolver el problema. En el primero, la distancia se obtiene por la medida del tiempo que tarda en oírse el "eco" desde el momento en que se hizo la emisión; en el segundo, la distancia se obtiene por la variación uniforme, en función del tiempo de las características de la onda emitida (la frecuencia, por ejemplo), y la apreciación de la diferencia entre los valores instantáneos de aquella recibidos directamente y por reflexión en el objeto, diferencia que debe ser proporcional al tiempo.

En el primero de los dos procedimientos que hemos indicado, el intervalo de tiempo que se trata de medir es pequeñísimo, del orden de millonésimas de segundo. Para poder resolver el problema se ha recurrido a la técnica de la televisión; del mismo modo a como se hace con el disco explorador de televisión, se elige una zona del espacio y se le hace un barrido con el rayo microonda; en el caso de encontrarse en ella un objeto, la onda es reflejada, y recibida en el receptor, se acusa en el tubo de rayos catódicos. El conjunto del aparato consta de un tubo de rayos catódicos, un motor que mueve el disco que manda

las señales de un transmisor, produciendo señales muy cortas, y un receptor conectado a las placas.

En el tubo se observará una zona luminosa correspondiente a la señal recibida directamente en el receptor y una zona luminosa correspondiente a la señal reflejada.

La distancia es función de la diferencia entre las líneas externas de ambas señales; luego si en una escala hacemos coincidir la línea de separación de ambas con el 0, la línea que limita exteriormente la zona luminosa correspondiente a la onda reflejada nos da sobre la escala el valor de la distancia.

Los inconvenientes de este sistema parecen ser:

a) La dificultad de limitar por líneas rectas las zonas luminosas.

b) La escala de lecturas es pequeña debido a las dimensiones del tubo de rayos catódicos.

A cambio de esto su manejo es sencillo.

En el segundo de los procedimientos, el emisor, en lugar de transmitir con una frecuencia constante, lo hace variando la longitud de onda periódicamente entre ciertos límites; esto se consigue con un motor acoplado a un condensador que hace variar la frecuencia de una manera continua en la forma que se ha dicho, proporcionalmente al tiempo.

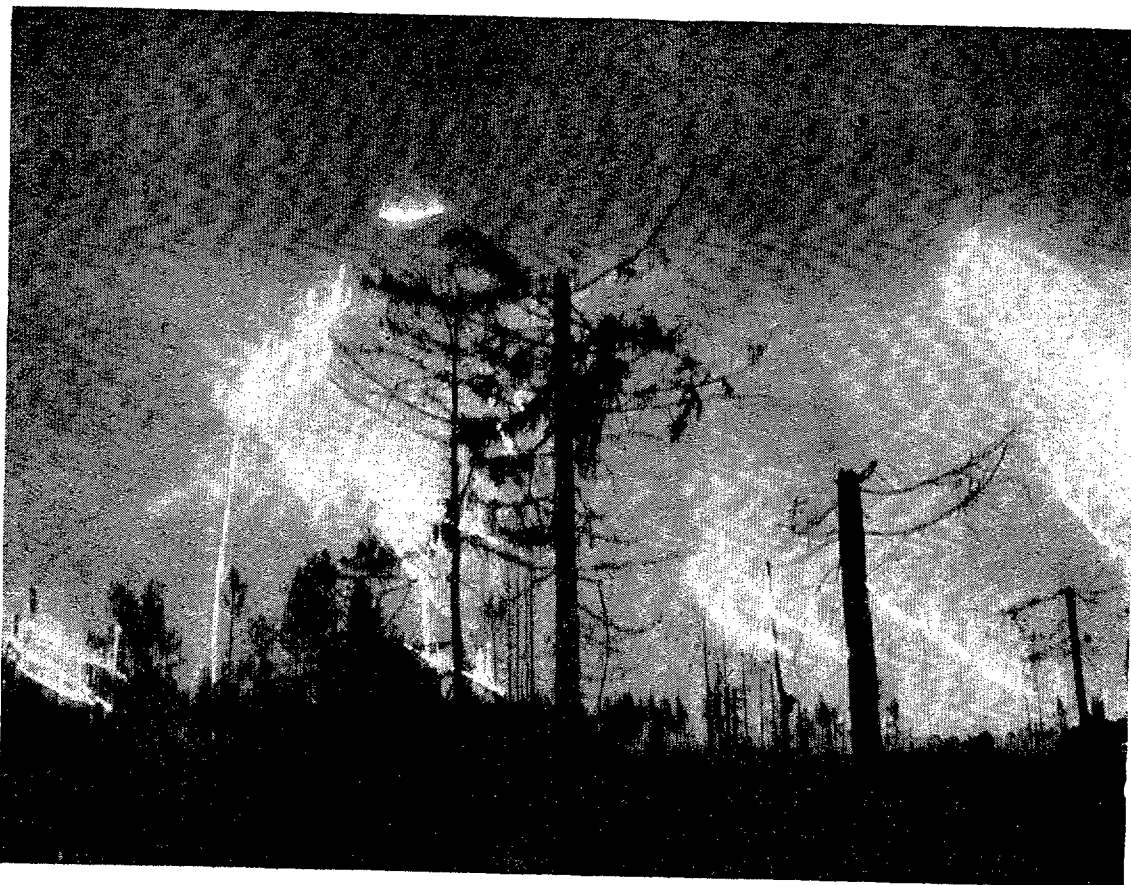
Si representamos en un gráfico la variación de la frecuencia con respecto al tiempo en el que el eje horizontal represente tiempos y el vertical frecuencias; si hacemos una emisión de una onda con una frecuencia, la directa será recibida en el receptor inmediatamente y la reflejada tardará en recibirse

un tiempo que dependerá de la distancia a recorrer, que es la emisor-objeto-objeto-receptor; si en el mismo gráfico representamos la relación entre tiempos y frecuencias para la onda reflejada, tendremos una línea que será paralela a la representación de la de la onda emitida, pero separada de ella una longitud dependiente del tiempo que tarda la onda en recorrer la doble distancia dicha; luego si en el mismo instante recibimos en el receptor las ondas emitida y reflejada, éstas no serán de la misma frecuencia, y su diferencia de frecuencias dependerá de la separación entre las líneas representativas; es decir, del tiempo y, por lo tanto, de la distancia.

El receptor consiste esencialmente en una válvula mezcladora, a la que se lleva, por una parte, la onda transmitida, y por otra, la reflejada. Esta válvula produce en su circuito de placa una frecuencia resultante de las de las dos recibidas. La frecuencia resultante se traduce en una corriente rectificada, cuya intensidad depende de la referida frecuencia. El aparato de medida puede ser un miliamperímetro con su escala graduada en distancias.

Creemos que un sistema completo de localización incluiría tanto la fonolocalización como la radiolocalización, ya que la primera tiene la ventaja de la permanencia, y enlazadas una con la otra, la primera daría indicaciones a la segunda sobre las zonas a explorar; el radiolocalizador suprime la aberración acústica y da indicaciones continuas, proporcionando instantáneamente las variaciones que en la ruta pueda introducir el avión, economizando proyectiles.

Foto tomada al S. del Lago Ladoga. Iluminación producida por paracaidas luminosas.





OFICIAL entre MOROS

Dibujo de Bertuchi.-Tetuán.

Teniente Coronel de Infantería
DOMENECH LAFUENTE, del
Gobierno Militar de Ifni-Sahara.

11

BISMI Al-lahi (En el nombre de Dios). Frase ésta que debe pronunciarse un marroquí musulmán antes de comenzar toda acción decente y honrada. Escucharla resulta grato a nuestros oídos, pues "en el nombre de Dios" era expresión de fe valiente en nuestros abuelos.

Nosotros ya la hemos olvidado. Y mientras abrimos desmesuradamente la boca y ahuecamos la voz para cantar por las calles los himnos que han de agradar a los hombres, tenemos vergüenza o pereza para lo que supone fe en el más allá, mientras que tanto nos avasalla lo terrenal con sus conveniencias sociales. Sin aquella fe en los cristianos de la Reconquista, en nuestros católicos reyes...

Bismi Al-lahi precede a todas las "suras" del Corán, excepto la IX. ¡Nombre de Dios! Nombre de fuerza divina, sagrada y terrible que el musulmán invoca para conjurar a Satán, alejar los *yenún*, apartar el mal y desviar la desgracia. Si la pronuncia al iniciar la comida, en el momento de

meter los dedos en el plato servido, es para obligar a huir a los demonios que aspiran a tomar parte en aquélla; lo que busca diciendo **bismi Al-lahi** al entrar en la sala del baño, lugar para el que tienen un cariño particular aquellos entes perversos. Claro que en el primer caso busca también la bendición del alimento, aumentado por los ángeles — según creencia — en cuanto éstos oyen articular el nombre del Creador. Con la frase **bismi Al-lahi** consiguieron santos venerados la multiplicación de los panes, para poder alimentar a congregaciones religiosas numerosas.

Naturalmente que esta fórmula de empleo ortodoxo, tan incrustada en el espíritu popular para impetrar la fuerza mágica del nombre divino y tan estimada como prueba religiosa en las relaciones de convivencia y de urbanidad, no puede preceder a una acción reprobable o vituperable. Ningún áscari, ni un solo soldado musulmán pronunciará **bismi Al-lahi** al cometer acto censurable, criticable y aun reprehensible. Pero si — galafate o galopín — en su vida militar o civil cede a la tentación del pecado (una *yil-laba* que

se pierde, un *zerual* que desaparece, unas copas de más, la seducción de una mujer...), ello puede ser por designio de Al-lah, al que es preciso someterse. Y la fórmula *el-li begá iaáfu* (el que lo ha consentido, perdona), la frase *Al-lah hua el-li iaátu* (Dios es el que perdona), indican sometimiento a Al-lah, que ha impuesto tal vicio para someteros a prueba; y siendo así, Al-lah — que es omnipotente, magnánimo, clemente y generoso — perdonará.

Expuesto cuanto precede, añadamos que antes de ponerse a escribir — y para que los espíritus malignos no acudan con el malvado propósito de hacer escribir tonterías —, también debe pronunciarse aquélla; como lo hemos hecho ya para que "esas gentes", "los dueños del lugar" (apelativos que evitan nombrar imprudentemente a los *yenún*, plural de *yen* o espíritu del mal), tan susceptibles y tan tercos, no consigan que lo escrito y cuanto sigue sea una sarta de bobadas, simplezas, vaciedades y naderías. Si, a pesar de ello, canso con mis boberías, necedades, sandeces e insignificancias..., *iarbi aáfu alina*: que Dios me perdona y sea clemente para el lector. Pues hoy, dejando para otra ocasión cuanto se pueda tratar todavía relativo a la urbanidad marroquí musulmana—fórmulas confusas de magia y religión, según se podrá apreciar—, he de desviarme un poco para adelantarme a escribir sobre determinadas palabras merecedoras de alguna atención y justo empleo.

He de justificar mi reincidencia en la publicidad de estos apuntes, declarando lo hago impulsado y estimulado por carta recibida de un culto infante, viejo marroquista aunque jefe joven, que, en relación con la orientación de mi anterior artículo, me escribe (17-X): "Tengo el remordimiento de que no he puesto mi voz y mi carácter — ¿lo tengo?, ¡pobre de mí! — en el asunto más importante para Marruecos — y por consiguiente para España — en estos últimos años: la formación de una juventud entusiasta. Soy, en parte, responsable de que tras mi "generación" no hay nada. Y es precisa la impulsión de los que nos siguen para no petrificarnos, y es preciso que siempre una parte de los esfuerzos de los maduros sean para la formación de la juventud."

De esta juventud — añado — de la que España precisa la actuación de los mejores, y que necesita superarse en el Protectorado, en las Colonias, en estos trozos de Soberanía que jalonan las posibilidades de su expansión imperial. Hay que tomar conciencia de las particularidades que presenta el nuevo mando a ejercer, y no rehuir echar sobre los hombros las pesadas responsabilidades de tipo político que aquél

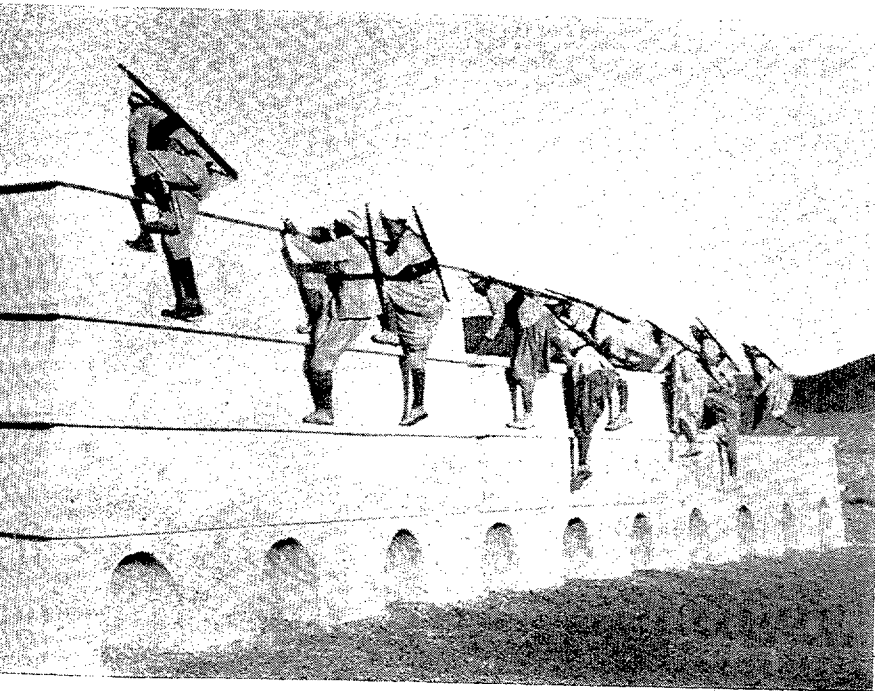
lleva consigo; por lo que a la inteligencia clara se deberá sumar una fuerte voluntad para sacudir la pereza y el lastre de egoísmo que puedan dificultar el perfeccionamiento apetecido.

Quiero aclarar el alcance de la frase "las pesadas responsabilidades de tipo político" que el mando de fuerzas indígenas lleva consigo. Refiérome a las consecuencias de éste en el orden político, no a que el mando lo sea en sí, aunque sí provoque repercusión en aquél. Pero si al actuar hay que enfrentarse con una situación política en relación con los áscaris, me permito aconsejar no se les mienta, no se los engañe, aunque se perciba en ellos algo de insinceridad. Nada diré que pueda halagar estimándonos miembros de una colectividad con privilegio de casta; pero sí afirmaré que el uniforme no es sólo prenda de vestir que iguala, sino también continente inequívoco de cualidades y virtudes imprescindibles. Nuestros áscaris saben esto último, y la palabra de un Oficial es algo irrefutable e irrecusable para ellos. Por esto no hay que desilusionarlos, no mentirlos: se los dañará; nos perjudicariamos. Hay que decirles la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad; y para que nuestras palabras les lleguen al corazón, decídesles alegremente la verdad que les traiga alegría, con disgusto la que pueda fastidiarlos, tristemente aquella que encierra tristeza. Agradecerán no apreciar reservas en su mando. No dar pie para que nuestro áscari, defraudado, turbado y resignado, piense: *el meslem ma hu guir meslem* (el musulmán no es más que musulmán); frase con la que expresa su desilusión en las relaciones con el europeo, reafirmando su fe y confianza en los de su raza. Jamás me expliqué — y llevo bastantes años entre moros — que un Oficial "político" tenía que engañar con mentiras. ¡Así nos costó tantos años demostrarles la verdad!

He insistido — repitiéndolo — en el título de este artículo por mantener prestigiosa la palabra *moro*. Moros son los componentes de una oficialidad marroquí que, desde la organización de los Grupos de Regulares, figura en nuestro Anuario Militar. Moros han sido en la Historia los habitantes de este Marruecos que hoy se halla protegido. Así se desprende de las crónicas y cricones: de nuestro Rey Sabio, de Sarracina, del Pacense — el discutido prelado español Isidoro de Beja, veraz historiador —, del libro de San Pedro Pascual. Los romanos (Claudio) hicieron dos provincias — Cesariense y Tingitana — del noroeste africano, que llamaron *Mauretania* por ser el país de los *mauros*, de los moros.

Y así la llaman, y por la misma causa, el geógrafo griego Pausanias, Antonino Augusto Caracalla, el Anónimo de Rávena. Mas, comenzando la búsqueda por los libros más antiguos, se encuentra que Piteas — navegante y astrónomo —, cuando en la primera mitad del siglo IV a. de J. C. relata en griego su periplo en la obra *Del Océano*, dice al pasar por las Columnas de Hércules: *Maurisiorum est Abila*. Nos lo ha dicho el geógrafo romano y procónsul en Africa (336) Rufo Fausto Avieno, que, al descubrir las costas del Mediterráneo desde el Estrecho de Gibraltar a Marsella, tomó para su obra *Orae maritimae* tales datos, entre otros. *Maurisia* es la tierra al sur del hoy Estrecho de Gibraltar, según el historiador griego Posidonio (130 años a. de J. C.), al que se atribuye un trabajo sobre Libia, pueblo grande y rico.

En el siglo I (a. de J. C.), el geógrafo grie-



De las tropas africanas de Ifni.
(Fotos del T. Coronel Domenech.)

go Artemidoro de Efeso, en su geografía *Enseñanza sobre la descripción de la tierra* (de la que han reproducido fragmentos los geógrafos griegos Estrabón y Esteban de Bizancio), llama *Maurisios* a los habitantes de una parte de Libia "que — dice Estrabón en el libro XVII de su célebre geografía — los griegos llamaron *maurosios*, y que un estrecho separa de Iberia".

El geógrafo latino Pomponio Mela (siglo I de nuestra era), cuando — en su obra *De situ orbis* — describe los diversos países de África, señala en el paso del hoy Estrecho de Gibraltar que *Mauretanea dextra est* (a la derecha está la Mauritania), e indica que es tierra de África.

Y Cayo Plinio Secundo, el polígrafo latino del mismo siglo, procurador que fué de la España Citerior, habla de Tingitania, de las gentes que en ella habitaban, llamando *maurorum* a la parte principal de sus habitantes, que otros autores llamaron *maurosios*.

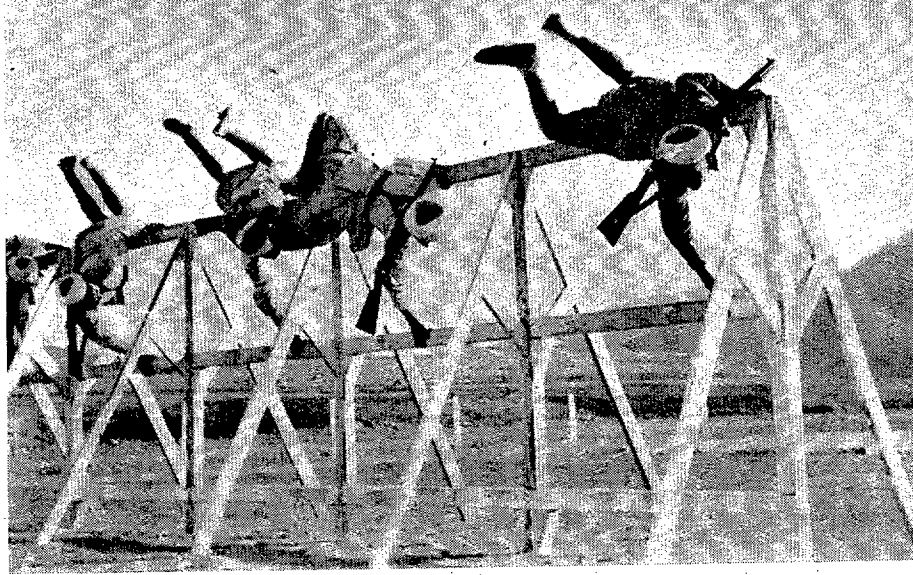
Posteriormente, Tolomeo, el geógrafo egipcio del siglo II de nuestra era, llama *Mauretaniae* al país de los *mauros*. Y esta misma palabra, *mauros*, emplea el cosmógrafo griego Agatemero (siglo III) en su tratado sobre geografía universal, que aumenta datos sobre los aportados por Estrabón y Tolomeo.

Cuando Cartago encontraba resistencia en su caminar hacia el sol poniente, eran los *mahurién* (plural de *mahuri*, occidental) las tribus rebeldes que se le oponían, y de la voz fenicia *mahuri* se pasó, por corrupción, a *mauri*, moro.

Moros, pues, pueden ser llamados los soldados de nuestras Unidades de fuerzas indígenas, sin que en ello haya sentido despectivo ni de inferioridad; al menos, empleada la palabra por los españoles. Es vocablo prestigiado en nuestro idioma. Ahí están el *Quijote*, *Los baños de Argel*, *La gran sultana*, *Trato de Argel*, *El moro Tarfe*, el poema histórico del Duque de Rivas *El moro expósito*, entre otras producciones que honran nuestras letras. Piénsese en las leyes del Rey Sabio, en los decretos de los Reyes Católicos, en el Romancero, en Cervantes y Lope de Vega; en este último, cuando hizo decir: "También los moros de España somos, Bernardo, españoles..." Pensemos, con gratitud, en los servicios a España prestados por los "moros mogataces", por los "moros de paz". Recordemos tanto proverbio castizo. No hay, por tanto, que temer al emplear la palabra moro. Ni alarmarse porque se piense que su empleo encierre un sentido peyorativo o suponga tono despectivo.

Recuerdo — a propósito de esta falsa interpretación — que durante el Movimiento Liberador de España, una pobre mujer española (habitante muchos años en Tetuán, alejada de los problemas de política marroquí) acudió cierta mañana al soko celebrado junto al actual bajalato, y cariñosamente preguntó a un indígena vendedor de huevos: "Dime, morito: ¿a cómo vendes la docena?" Pero aquel *yebli* o montañés, herido en su dignidad, reaccionó, agresivo: "Nada de morito ni moro; en todo caso, hermano." Sorprendida aquella buena mujer, nacida en la tierra mora que es la bella y graciosa Andalucía, transigió: "Bueno, hermano, pues ponme media docena." Y la andaluza contaba luego el incidente con el "hermano moro", a quien no sabía llamar ni marroquí, ni indígena, ni musulmán, y menos mogrebi. Ella, en su tierra mora, no había oído hablar más que de moros.

Pero en aquel entonces — tiempos vidriosos en la política



indígena — había que mirar en las palabras, más que a su propia y justa acepción, la que se buscaba darle.

Por esto se han mantenido hasta ahora la perplejidad, la duda, la vacilación, la indecisión y el titubeo en el uso habitual de la palabra "indígena". Aunque de uso corriente en su significación precisa — "originario del país de que se trata" —, se le ha atribuido gratuitamente un sentido peyorativo. Hasta se ha llegado a reputar término de envilecimiento, dándole sentido de indigencia. Está claro que son dos significados sin relación alguna: al marroquí siempre se le puede llamar indígena, considerándolo como individuo del país, sin que ello le suponga, forzosamente, "falto de medios para pasar la vida"; de la misma manera que un español puede encontrarse en Marruecos en la mayor indigencia, sin que ello le haga originario del Imperio cherifiano.

En este jugar con las palabras en el trinquete de la convivencia no hay que llegar a hacer de ellas pelotas que se estiman agresivas. Pero tampoco hay que reemplazarlas por otras que, aun bien aplicadas, acaso también resulten antipolíticas. ¿Qué necesidad hay — refiriéndose a un áscari marroquí o a uno de sus familiares — de emplear reiteradamente la palabra "musulmán"? Creo — siempre desde nuestro punto de vista — que haciéndolo así incurriremos en mayor falta política. Pues — sin venir a cuento y a veces inoportunamente — removemos las tranquilas aguas de nuestro sentimiento religioso, recordándonos durante la lectura o redacción de un escrito y aun en la conversación, que tratamos de persona con religión distinta a la nuestra. No he de traer a estas líneas las ideas que sugiere el tema... Hasta así — proponiéndose, claro está, andar en constante busca de los tres pies al gato — puede ser creado resquemor, porque cada cual sigue la religión que estima es la verdadera.

Creo lo más indicado no forzarse en emplear esta o aquella palabra; términos diversos nos han de ayudar a expresarnos cual si se tratara de nuestros mismos compatriotas, sobre los que se habla y escribe — aun en asuntos relacionados con marroquíes — sin que en las múltiples conversaciones o comunicaciones se emplee la palabra "cristiano" ni aun la de "español"; la primera, bien frecuentemente empleada por los musulmanes al referirse a nosotros y en sentido peyorativo. Que así es lo demuestra que jamás la usan en conversación con el cristiano, porque, naturalmente, le dan sentido peyorativo. O serían inconsecuentes con sus propias creencias. El bereber resuelve mejor su enojosa situación estimándonos como "rumis" o extranjeros y llamándonos así.

Pero algunos españoles, con ansia de resolver la suya y salir del callejón de su incertidumbre y titubeo, se resuelven por reemplazar la voz "indígena" con el vocablo "árabe". Y esto creo que también es caprichoso.

Hay un concepto restringido sobre la población de Marruecos, en general, y de nuestra Zona de Protectorado, en particular. No se ven al sur del Mediterráneo más que árabes. Hasta se pasa de largo ante la población bereber del Rif y la — casi toda bereber — de nuestro "enclave" de soberanía de Ifni, en los Ait Ba Amran. Y, sin embargo, existe una realidad imposible de camuflar: la presencia en Marruecos de unos 5.986.000 bereberes-berberizantes, y de unos 748.200 bereberes-arabizados, entre los que habitan — en las "medinas" llamadas "haderías", o sean Fes, Rabat, Salé y Tetuán — unos 29.900 árabes que, según unos autores, deben ser estimados como árabe-bereberes.

Esta realidad es la que impulsó a Francia — para no incurrir en errores cometidos ya en Argelia, cuya masa bereber se quiso desconocer —, al defender la política bereber. Es decir, la política que se apoyara en el grupo racial más numeroso, en el menos fanático y también el más rebelde: por ser el más corajudo, el más sobrio, el más fuerte; por su afán de conservar su independencia y, con ésta, sus costumbres, su manera de ser y de pensar. Claro que tal política, la de no poner a los pies de los ortodoxos del Islam (como tampoco la habían puesto los sultanes, que harto hicieron con transigir y conllevar para gozar de la paz y hasta sumar contingentes) a esta masa de musulmanes tan apegados al culto de los morabitos, eslabón de enlace entre las creencias primitivas y el Islam que lo repudia, ha sido combatidísima por el nacionalismo marroquí, afanoso por unificar en creencias y en procedimientos; purificando la idea religiosa, imponiendo el *cherda* o justicia coránica, apartando al europeo de los tribunales de costumbre que — al respetar ésta, codificada, fortificada — administran la justicia como es anhelo de toda persona: rápidamente, rectamente, económicamente.

Desde luego, cuando la masa bereber, después de una resistencia feroz, iba deponiendo las armas, preocupada de su porvenir — pues no le importaba evolucionar, ya que su vigor y perennidad le habían de conservar bereber —, exigía la declaración y promesa de que se respetarían sus costumbres, cuyo uso se les había de garantizar sin inmismisarse el *cherda* coránico en su derecho consuetudinario. No querían más leyes que las suyas: las consignadas en sus *luah* (plural de *loh* o tabla); repudiaban todo árbitro para sus asuntos que no fueran sus asambleas, sus *yemáas*, sus pequeños parlamentos cantonales... Este cantonalismo, este particularismo bereber ha sido el obstáculo que, siglo tras siglo, ha impedido la fusión de estas tribus. Ni el propio Islam ha podido derribarlo, haciendo un bloque homogéneo. Mientras se recuerden los *lalfuf* (plural de *lef* o alianza; en árabe, *lufuf*), habrá oposición entre las tribus que los forman, recelo entre sus individuos.

Pienso, sin embargo, que la implantación del Protectorado ha favorecido el desarrollo de la idea nacionalista. No sólo porque el solo hecho de nuestra intervención ya propende a la xenofobia y a la recuperación de la independencia perdida, sino porque en esta masa bereber cuya existencia destacamos se ha influido de manera beneficiosa para los propósitos del nacionalismo. En primer lugar, y por reacción, se ha hecho más religiosa; luego — como cuando llegaron los europeos, apenas había bereberes bilingües y aquéllos no traían intérpretes de bereber — se les ha llevado a tener que estudiar el árabe; y esto lo han conseguido a través de su única escuela: la coránica, la religiosa. Si buscaban idio-

ma, mejoraban y perfeccionaban los conocimientos religiosos; si esto pretendían, dominaban una nueva lengua. Siempre materia más propicia a los fines de los nacionalistas. No se justifica la inquina de éstos. Y, sin embargo..., ¿cómo saben que el bereber vive por y para los morabitos, y que aunque aprenda el árabe — con la facilidad con que aprende el francés o el español —, es en su dialecto bereber como ha de expresarse en cuanto hable con los suyos!

Téngase presente que cuando se inició la implantación del Protectorado, la masa bereber, respondiendo a los impulsos profundos de su raza, amenazaba dominar todo Marruecos. Si ofreció resistencia, lo fué porque vió en los protectores-al enemigo que frustraba sus propósitos y defendía al Majzen cherifiano. Declarados rebeldes, disminuida su zona de acción, constreñidos a refugiarse en las montañas, muchos hubieron de expatriarse para poder vivir; y se fueron a trabajar hasta América, Alemania y Francia, en donde se les creía argelinos; y subieron, camuflados, hasta nuestra zona; y en todas partes aprendieron el idioma del país e hicieron economías. Cuando en Europa se suspendieron los trabajos que les ocupaban, volvieron a Marruecos; si su cabila seguía rebelde, tomaban el fusil y ayudaban a los suyos. Mas al cesar las operaciones la masa bereber sintió los efectos de su levadura racial y se extendió por todo Marruecos, en donde — especialmente los "susis" y, con éstos, nuestros "baamranis" — dominaron el comercio de comestibles y ultramarinos. En general, ellos constituyeron los contingentes de las obras públicas y los trabajadores de la colonización, mientras que las mujeres se empleaban en las industrias y en los servicios domésticos.

Es ésta una realidad. Por serlo hay que verla en los contingentes encuadrados en nuestras Unidades indígenas. Precisamos, por tanto, dedicarnos a estudiar los bereberes. Cuanto hemos estudiado sobre los habitantes del país lo hemos hecho un poco deformados. Nos hemos ocupado excesivamente — era lo más fácil — por estudiar la religión, las cofradías, los propios usos y costumbres los hemos ido apreciando a través del prisma



islámico, y apenas se ha investigado sobre ellos; cuando nos hemos tropezado con creencias y cultos que el Islam repudia, apenas si nos hemos limitado a señalarlos — con resignación de hecho consumado — como reminiscencias de religiones primitivas. También nosotros hemos querido desconocer el pueblo bereber, el hombre con que tenemos que enfrentarnos a diario. Y en el cuartel es el bereber el que mandamos, el que instruimos, el que nos observa, el que hacemos evolucionar, el que hemos de moldear. Cuanto nuestro soldado indígena es más maleable, más asequible, lo es más bereber; cuanto más ama el servicio, es más "prusiano", aprende el español, cuida más su vestir, acepta modas y usos europeos, es más bereber. Ese soldado de quien se dice ama la guerra, que es osado, valiente, inteligente y leal; que en el combate asombra por su audacia y al que se encomiendan las "papeletas", es bereber; pero téngase presente que en ese pelear, para el que no pide explicación del motivo o idea de la lucha, ha de ver un Jefe. Esto es todo para el bereber: el Jefe. Lo fué siempre, pues a un Jefe seguían aquellas hordas mercenarias en las que se apoyaba el Majzen cherifiano de otros tiempos, y a un Jefe, a un Caudillo, seguían los 70.000 berberes que pasaron a la Península fascinados por el prestigio de Franco, hoy nuestro Generalísimo.

El soldado bereber necesita un Jefe; pero además precisa ver en su Unidad la célula tribal. Si no puede conseguirla de la misma raíz, se resignará a reunirse con camaradas de otra cabila del mismo *lef* o alianza. Aun en este caso amará sentirse en su Escuadra, en su Sección, entre individuos a los que pueda llamar hermanos, que en todos sus actos fuera del servicio le ofrezcan los detalles de la sociedad bereber. Por esto, el Capitán de una Compañía ha de saber dosificar eficazmente las células bereberes entre sus Secciones y aun Escuadras. Con ello no sólo satisfará los deseos de sus soldados, sino que mantendrá latente en ellos la noble emulación derivada de su espíritu particularista, que ni los siglos ni los diferentes pueblos invasores han logrado desvanecer. Algunas deserciones inexplicables no han tenido otro motivo que no haber conseguido un cambio de Unidad; un alta y baja oportunas las hubiesen evitado. Pero para esto es necesario conocer a fondo al soldado que se manda y cuanto con él se relaciona y le afecta. Lo que no nos cansaremos de aconsejar.

Mas siempre se tropieza con el mismo inconveniente: el muro del lenguaje. El Jefe de la Compañía ha de pugnar por llegar a poder hablar a sus soldados sin intérprete alguno, sin testigo alguno. Esa vida de campamento que nos parece tan aburrida bien se puede aprovechar para prepararse a hablar a los subordinados de todo lo que pueda interesarles:



su familia, su cabila, sus pequeños asuntos; cuanto pueda presentarnos ante ellos como un padre, un tutor, un consejero y, en ocasiones, como un juez. Actuando así, cuánto ganaría la política con los indígenas; cuánto ésta se vería ayudada si por los cuadros de mando de las Unidades indígenas — principalmente en las Compañías y Escuadrones, en las que su Jefe es el todo para el soldado — se inspiraran o impusieran las directrices que a aquella convinieran. Pero nos falta el lenguaje.

Observemos. El afán de dominio en la masa bereber-berberizante, su ductilidad y facilidad de adaptación heredada de siglos — si bien no deje nunca de ser bereber —, le ha hecho ser, en casi todos los hombres, bilingüe. La supervivencia de los dialectos bereberes débese a la mujer, siempre en la cabila, mientras los varones de la familia emigraban a otras regiones marroquíes o se expatriaban hacia Argelia y aun a Europa y América. Esta condición de bilingües la hemos fomentado los protectores, ofreciéndoles excesivos intérpretes de árabe hablado o vulgar — y escasísimos de sus dialectos *tamazigt* (Rif) o *tachelheit* (Sus-Ait Ba Amran) — por medio de los que se han visto obligados a entenderse con nosotros y a comprendernos. Es decir, que, sin darnos cuenta de lo que hacíamos, hemos extendido el dominio del árabe por aquellas cabilas en que, antes de la llegada de los protectores, tan sólo era empleada en los ejercicios religiosos...

por quienes los practicaban. Cabilas en las que al ser ocupadas había que valerse de áscaris venidos de sus poblados a nuestras filas en época de rebeldía, hoy se entienden con los Interventores a través de intérpretes de árabe. Concretamente: sobre despreciar los dialectos hablados por una gran parte de la población, le hemos encaminado hacia la ortodoxia musulmana, y no hay que olvidar que la fuerza del Islam se deriva del hecho de que la lengua árabe sea inseparable de la religión.

También — olvidando que los bereberes constituyen el esqueleto poderoso de Marruecos — se ha aconsejado a la Oficialidad el estudio del árabe para poder hablar a sus soldados indígenas, para comprenderlos, para mejor pulsar el estado de su espíritu. Y ello no basta; pues aunque los de cabilas berberófonas se entiendan con la Oficialidad en árabe, en cuanto tienen que cambiar impresiones o aclararse lo ordenado lo hacen en su dialecto, delante mismo del Oficial, ante el que han echado el telón defensivo del lenguaje, que si es muro impenetrable entre las personas, lo es también entre los pensamientos; por lo que, para agradar al interlocutor, le hablará en árabe y hasta en el idioma de aquél; pero entre ellos — y esto es lo enigmático y poderoso de su raza — no usarán más que su lengua para tratar cuanto les afecte íntimamente: en su lucha por la raza o en su preocupación por la vida.



DEFENSA ANTICARRO



Comandante de Infantería
LUIS CANO PORTAL

EL auge del arma blindada en la batalla moderna, en grandes masas lanzadas sobre los puntos más sensibles del frente, han traído como consecuencia éxitos que, en ocasiones, han llegado a ser decisivos, máxime si se han encontrado con infanterías desmoralizadas ante la impotencia de poder atacarlos, unas veces por falta de medios anticarros y otras también por su falta de instrucción, encuadramiento o simplemente de virtudes militares, abnegación y sacrificio.

Nuestra Patria, en este aspecto de empleo del arma blindada, no admite comparación con los

beligerantes de la actual contienda mundial, principalmente en razón de que, hasta aquí, los teatros de lucha han sido, casi todos ellos, escenarios magníficos donde la batalla de carros podía darse en óptimas condiciones — Polonia, Francia, Libia y estepas rusas —, y, en cambio, el suelo de nuestro país es, relativamente y en su mayor parte, opuesto al empleo de estos ingenios de guerra. Si a esto se añade que el desarrollo de este medio de lucha requeriría como condición previa el establecimiento de una industria que lo alimentase, se comprenderá que no debemos ser impresionables y clamar a todos vientos por un

incremento en nuestro Ejército de elementos blindados, que hoy por hoy, aparte de otras razones no menos poderosas, no podemos atender. Ahora bien: no por eso debemos ser escépticos en cuanto se refiere al estudio de cuestión tan interesante, y dedicarle, no por "snobismo", sino por convicción, con el cariño que todas las cuestiones militares nos deben inspirar, la atención suficiente para que nunca nos sorprendan los acontecimientos y con ellos suframos consecuencias dolorosas.

Es decir: que si bien en España no puede pensarse en una mecanización de nuestro Ejército en grandes proporciones, ni tampoco podemos cifrar nuestro pensamiento militar en un desarrollo del arma rápida tal como la concibiera Fuller, y tal como hoy la vemos actuar en los sectores de lucha europeos, no podemos descuidar por ello, fiados en la prohibición hasta cierto punto limitada de nuestro suelo, la defensa anticarro, porque también en montaña tienen su empleo los carros, si bien en menor número y canalizada su acción a lo largo de las principales vías de comunicación.

Hoy la preocupación de los Mandos por la defensa anticarro es manifiesta, y hasta el movimiento de las Unidades en el campo de batalla está subordinado a esta idea: los saltos en que se divide la acción son de línea a línea anticarro del terreno, buscando siempre en éste el apoyo natural donde inscribir el esqueleto de la defensa y la instalación de las armas anticarros de que van dotadas las Unidades.

La Infantería posee medios propios para organizar la defensa de una manera eficaz, y el infante debe estar convencido de la bondad de ellos; cosa que se logrará con el perfecto conocimiento del arma que ha de manejar y el de la estructura del carro, para que sepa perfectamente los puntos donde se puede y se debe atacar. Y ello sólo se podrá lograr procurando que esa instrucción se realice de forma que el soldado especializado en ello pueda ver de cerca los carros y observe su manera de proceder y su empleo en el combate.

Bien se comprende que esto resultará imposible en la mayoría de los casos, y de aquí el que la Oficialidad supla este inconveniente, poniendo el mayor cuidado en la instrucción material de su Unidad y todo su corazón e inteligencia en inculcarle una preparación moral, imprescindible para en su día recoger el fruto de ella en el combate. Es básico en ella hacer llegar al ánimo

de la tropa y demostrarle que el carro no es un monstruo ante el cual el infante es impotente. Hoy por hoy, tiene el carro demasiadas servidumbres para considerarlo como invulnerable. Su defectuosa visión, la ineficacia de su tiro marchando, la sensibilidad de muchos de sus órganos principales, la imperfección de su coraza en algunas partes de su estructura, los ángulos muertos que a distancias cortas padecen sus armas, la incapacidad que para salvar ciertos obstáculos siente, son suficientes para que, con conocimiento de ellas, se pueda luchar contra él con relativa ventaja.

El carro tiene, pues, unas limitaciones en sus posibilidades que, aprovechadas y armonizándolas con el obstáculo natural y los artificiales que se creen, tales como minas, fosos, piquetes, etc., pueden rendir el éxito a la defensa.

Las condiciones que debe reunir un arma anticarro, relativas a ligereza, movilidad, poca vulnerabilidad, rapidez de tiro, velocidad de proyectil, tensión de la trayectoria, solidez, facilidad de municionamiento, gran sector de tiro, sencillez de sus órganos de puntería y capacidad de penetración de su proyectil, son de todos conocidas y, por tanto, no hemos de detenernos en considerarlas, por cuanto no corresponden, además, al objeto de este trabajo y más bien entraría en el estudio técnico del arma.

Ahora bien: para enfocar debidamente el estudio de la defensa anticarro, establecida ya como premisa esencial que el principal aliado de ella es el terreno, es decir, el obstáculo natural, y por consiguiente que la elección de la posición es fundamental, veamos cuáles son los procedimientos generales de empleo de las grandes Unidades acorazadas, para ir deduciendo, en consecuencia, cuáles son las razones que deben servir de guía a la organización anticarro.

Intervienen estas grandes Unidades en la batalla en misiones de ruptura, explotación del éxito y persecución. En la primera misión, la ruptura es condición precisa que su empleo se efectúe por sorpresa, y esto requiere que la preparación artillera se realice de forma tan breve e intensa como sea posible; el lanzamiento de los carros en varias olas sucesivas que profundicen, sin preocuparse de las resistencias que van dejando atrás, para cuanto antes lograr la desorganización del despliegue enemigo, apoyados intensamente por la Aviación de asalto.

En la segunda misión, explotación del éxito, más clásica de empleo de estas G. U., abierta la brecha por Divisiones normales, por ellas se lanzan los carros, bien con objeto de ensancharla, bien para profundizar con objetivos lejanos, seguidas de las Divisiones motorizadas o auto-transportadas. En esta misión, como en la anterior y en la de persecución, la Aviación, tanto de asalto como de caza y la de reconocimiento, estará empleándose a fondo, pues sin su cooperación el éxito de estas Unidades es harto dudoso. La de asalto, en inmediato apoyo de los carros, atacando los nidos y resistencias anticarros; la de reconocimiento, en constante vigilancia del campo enemigo para observar los movimientos de éste que pudieran denunciar un contraataque y además en servicio de corrección del tiro artillero propio; y la de caza, procurando alcanzar el dominio del aire, para facilitar el cumplimiento de sus misiones a las otras dos.

Luego si sus condiciones de empleo son por sorpresa, en varios escalones, para actuar en profundidad y con el apoyo de la aviación, tendremos que buscar nuestra defensa:

1.º En la potencia de un obstáculo que dificulte la acción de los carros.

2.º En el desencadenamiento de un fuego potente que pueda actuar sobre sus corazas y distribuido en profundidad, para que nos asegure su ejecución sobre las distintas olas a todo lo largo de nuestro despliegue.

3.º Defensa antiaérea terrestre que pueda actuar sobre la aviación enemiga en vuelo bajo y en picado, y

4.º Defensa activa de caza propia que impida el dominio de la adversaria. Y, por último, que el Mando pueda tener en su mano Unidades blindadas que, por su gran movilidad estratégica, pueda lanzar en momento oportuno al contraataque.

Los factores que, en su consecuencia, habrán de intervenir en el estudio de la defensa anticarro serán: terreno, obstáculo, fuego, apoyo de aviación y reacciones ofensivas.

Terreno. — Si éste en la guerra manda siempre como uno de los factores básicos de la decisión, en la defensiva su condición de factor esencial se agiganta extraordinariamente, tiraniza, en una palabra. Y al considerar su función dentro de la defensa anticarro, se eleva hasta el punto de que hoy todas las doctrinas sobre esta ma-

teria coinciden, al establecer que el aprovechamiento del mismo es el medio más eficaz de defensa contra el arma blindada.

La consecuencia más inmediata que sacamos de esta afirmación es que, en cuanto uno de los beligerantes se encuentre en inferioridad de condiciones, por lo que a elementos acorazados se refiere, se impone el que ceda terreno, sin importar mucho el abandono de espacio, con tal que este retroceso le lleve a apoyarse en una fuerte línea anticarro por naturaleza. No se olvide que el fin de la guerra es la destrucción del Ejército enemigo, y, por consiguiente, que en la guerra no importa la conquista o conservación de determinada zona, con tal que se logre aquélla. Aparte de que otro principio básico es el de ser más fuerte que el enemigo en el punto que se elija, o, dicho de otro modo, llevarlo a aquel terreno donde más convenga a nuestras intenciones y donde no pueda aprovechar su fuerza en medios mecánicos, que es tanto como imponerle nuestra voluntad.

Y en este aspecto, los cursos de aguas, canales, escarpados, regiones pantanosas, poblados, bosques, nos ofrecen siempre obstáculos naturales, donde se estrellará con una defensa organizada el esfuerzo enemigo.

Son tantos los ejemplos que de ello tenemos en esta guerra, y tan sabidos, y están tan en el pensamiento de todos, que no hace falta siquiera citarlos.

Obstáculos pasivos y activos. — Son éstos el conjunto de trabas que se oponen en las zonas de probable irrupción de los carros, con objeto de que, obligando a éstos a detenerse, faciliten la acción de la defensa. No se concibe la organización de una posición sin la protección consiguiente de una zona de obstáculos en aquellos espacios favorables a la acción de los carros. Y es que el obstáculo desempeña dos funciones esencialísimas, a los fines de la defensa: una material, que obliga a los carros a perder su potencia fundada en la velocidad, y otra moral, tan importante como aquélla, de proporcionar posibilidades al defensor de esperar el ataque con relativa serenidad.

Las dimensiones de este obstáculo han de ser determinadas en el sentido de que no sea tan estrecho que ofrezca posibilidades a la artillería para abrir en ella fácilmente brechas para el paso de los carros. En cambio, cuando esta zona es lo

suficientemente profunda, no puede ser destruída por artillería, so pena de exigir la empresa un consumo enorme de municiones, o bien exige que el ofensor tenga que acudir forzosamente al empleo de Unidades de zapadores especializadas para su destrucción, batiendo al propio tiempo las armas de la defensa que se opongan a esta operación, y todo ello nos daría indicios suficientes de sus intenciones, contrario al principio de empleo de carros, en masa y por sorpresa.

Estos obstáculos pasivos son los enrejados de raíles, bloques de hormigón, alambradas anticarros, fosos, simples talas de árboles y, en fin, todos aquellos que consigan la detención más o menos momentánea de los carros o la disminución de su velocidad, pues estando batidos por armas previamente colocadas, facilitan la ejecución del tiro destructor de las mismas o la detención de los zapadores que intenten abrir brecha en ellas. Los campos de minas son su complemento más eficaz por varias razones; son de difícil localización; en el caso de que sean localizadas, requieren un tiempo grande para su levantamiento y que la operación se realice por hombres especializados. Su destrucción por la artillería no ofrece muchas garantías de éxito, aparte de que también el intentarlo exige un número elevadísimo de proyectiles.

Colocados ante las alambradas, se completan con otros campos establecidos en el interior de la posición, en sentido normal al frente, que, dificultando la acción de envolvimiento de los centros de resistencia, no obstaculicen las reacciones ofensivas de la defensa.

Ultimamente, en la campaña de Africa por el VIII Ejército británico, al objeto de descubrir los campos de minas, se recurrió al lanzamiento de una ola de carros condenados *a priori* a su destrucción, que al pasar por aquéllos quedaban inmovilizados, denunciando claramente a las olas que seguían cuáles eran las zonas peligrosas minadas. El porcentaje de pérdidas en estas experiencias ha sido tan elevado como para que se comprenda perfectamente que tan sólo un Ejército superabundantemente dotado de estos medios y una nación muy rica se pueden permitir este lujo, aparte de que siempre quedará el recurso de la astucia simulando falsos campos de minas que despisten al adversario.

Desde luego, su establecimiento no es económico y requiere tiempo, tropas especializadas y un volumen considerable de transportes.

Fuego. — En líneas generales, el fuego de la defensa habrá de organizarse de manera que:

1.º Los carros sufran el efecto de este fuego desde mucho antes de que logren llegar a la posición, y esto requiere la formación de barreras de fuego lo más densas posibles, alejadas del borde anterior de la posición y en las avenidas de irrupción probables de los carros.

Estas barreras sólo pueden realizarlas las artillerías divisionarias, reforzadas por las de Cuerpo de Ejército. Y esto debe y tiene que ser así, pues aun en el caso de que por las características del terreno donde se halle establecida la posición puedan concurrir a ellas algunas armas anticarros, éstas deben permanecer silenciosas y ocultas lo más posible, al objeto de que no sean descubiertas prematuramente, pues el éxito principal del empleo de estas armas radica en la sorpresa de su aparición.

2.º Fuego de detención y a distancias más próximas a ese borde anterior de la posición, en forma de barreras anticarros en cantidad y calidad adecuadas de armas de este tipo; barrera la más importante, que deberá superponer sus efectos a la de la barrera principal de armas automáticas.

3.º Fuego ya en el interior de la posición, formando también barreras con armas anticarros escalonadas en profundidad y en las que también participa la artillería.

Fácilmente se comprende que la formación de todas estas barreras exige un número elevado de armas que no podrán ser propiamente orgánicas de la Unidad que guarnezca el sector más fácilmente amenazado por los carros. A evitar este inconveniente tiende la formación de Unidades de este tipo, dependientes táctica y orgánicamente del Cuerpo de Ejército y del Ejército, que agregadas eventualmente a las Divisiones, refuerzan notablemente los sectores más delicados. Y desde luego, siempre, el acertado criterio del Jefe deberá presidir la distribución de ellas, agregando a los espacios más críticos los anticarros de aquellas Unidades de su sector que, por apoyarse en zonas pasivas del terreno, no precisen de ellas.

Hasta aquí no hemos citado todavía el papel que en la organización de la defensa desempeña la observación, cuando precisamente ésta es la condición más esencial a cumplir por cualquier Unidad. El sistema de observación debe ser tan



completo como se pueda; debe ser la preocupación constante del Mando y debe extenderse desde la unidad Sección hasta la División, y completarse, como es lógico, para que sea eficaz, con una red de enlace tan perfecta y rápida como sea posible y nos permitan las circunstancias. Esta idea debe obsesionar de tal forma que ha de ser la que absorba nuestra atención, y nunca nos deberá satisfacer su instalación, buscando siempre la forma material de mejorarla. En la rápida explotación de una observación radicará la seguridad propia para tener todos los órganos de la defensa alerta y dispuestos a responder a cualquier ataque.

¿Cómo ha de hacerse la distribución de estas armas? Ya hemos dicho y repetido que el modo más eficaz es disponiéndola en toda la profun-

didad de la posición; pero como a toda costa hay que evitar el que los carros irruman en el interior de la posición, sin perjuicio de que, cuando ocurra, el enemigo estará sometido a un repetido ataque de las armas en ella escalonadas, deducimos que un número grande de ellas ha de gravitar hacia el borde anterior de la posición para impedir la ruptura del frente, y el resto dedicado a la constitución de los compartimientos necesarios para desarticular y canalizar el ataque de los carros enemigos.

El arma anticarro individual, esto es, el fusil, contribuirá a esta defensa inspirando a las Unidades menores de Infantería la confianza de poder reaccionar directamente y por sí mismas contra estos ingenios. Las A. A. A. con proyectil perforante, los lanzallamas, complementan esta organización del fuego, proporcionando densidad a la misma y debilitando el esfuerzo adversario.

Ni que decir tiene que todos los centros de fuego que así se constituyan tienen que estar debidamente protegidos y disimulados para lograr la sorpresa de que se hablaba antes y además lograr la propia seguridad; sin ello, de nada nos serviría un acabado estudio del plan de fuegos, toda vez que rápidamente serían localizados y eliminados. En líneas generales, hay que atender a que no preocupe la destrucción de determinado centro de fuego; otros habrá al flanco o retaguardia de aquél que continúe la acción. De aquí también la necesidad de que unos y otros estén debidamente enlazados; pero al mismo tiempo sean capaces de actuar con independencia, dando consistencia al despliegue y la convicción a los defensores de la eficacia del mismo.

Apoyo de la Aviación. — Es imprescindible su cooperación para lograr el éxito en la defensa; observando el campo enemigo nos informará de sus concentraciones, descubrirá los carros y, por tanto, anulará los efectos de sorpresa.

Atacando esas concentraciones los destruirá, o, al menos, debilitará su fuerza. Y en pleno ataque de carros, sus acciones en picado, bien sean con bombas o con cañón, contribuirán a la destrucción de ellos y al éxito, por lo tanto, de la defensa. Y, sobre todo, en esa fase crítica del ataque su actuación, más o menos eficaz, logrará mantener la moral del defensor que se ve asistido por tan valioso elemento de lucha, impidiendo al propio tiempo el ataque de la aviación adversaria.

Reacciones ofensivas. — La defensiva estática no es nunca decisiva contra los carros, y ello nos lleva a considerar con qué medios podemos reaccionar contra su ataque. Las acciones de carros están proscritas como elemento defensivo, porque el carro en sí no es un medio de defensa; pero como las reacciones efectuadas con Unidades normales no son eficaces ante elementos blin-

dados, por la sencilla razón de su inferioridad manifiesta, conviene, por tanto, que los contraataques de conjunto que se tengan previstos y que, como es sabido, se lanzan en el momento que el adversario pone pie en la posición de resistencia, dispongan de elementos acorazados que en la mano del Jefe de la G. U. refuercen la potencia de las reacciones ofensivas.

Es decir, que lo que se preconiza es solamente para las reacciones de conjunto, no para los contraataques locales, que éstos deben ser, como es preceptivo, peculiares de los Jefes de los C. de R. y subsector, y ordenados a su iniciativa, como mejores conocedores del momento oportuno de ponerlos en práctica.

Resumen. — Como síntesis de todo lo anteriormente expuesto, podemos decir que una razonada organización de la defensa anticarro debe comprender:

1.º Utilización del terreno, pidiendo a éste el obstáculo que impida o embarace el desenvolvimiento de los carros.

2.º Organización de éste en profundidad en aquellos sectores que ofrezcan zonas aptas para su movimiento.

3.º Organización del plan de fuegos, armonizándolo y adaptándolo racionalmente a las condiciones del terreno y del obstáculo que se haya creado. Plan de fuegos, estudiado desde el punto de vista de una ponderada distribución de los medios con que se cuente en profundidad.

4.º Protección y disimulación.

5.º Red de observación e información.

6.º Conveniencia de que el Mando disponga de medios acorazados para apoyo de las reacciones ofensivas.

7.º Apoyo en todo momento de aviación que coadyuve a la defensa.

Y por último, y como factor casi resolutivo, moral en los Mandos y tropa, pues sin ella sobran cuantas medidas de previsión se tengan montadas.

COSAS DE ANTAÑO TIPOS Y COSTUMBRES

EL PISTOLON

General LUIS BERMUDEZ DE CASTRO, Director del Museo del Ejército

ALLÁ por el año de 1882 servía yo como Alférez en el Regimiento Infantería de Castilla número 16, de guarnición en Madrid, célebre, entre otras cosas, por su bombó descomunal, que con los platillos, no menos descomunales, atronaba el aire, haciendo imposible a los poco melómanos dejar de llevar el paso. Tenía mi Regimiento un no sé qué de rancio y vetusto, como si conservase algo de haber sido Tercio viejo de Lombardía; por tan recomendable circunstancia, habíame gestionado el destino a este Cuerpo un antiguo amigo de mi familia, el Coronel de Infantería retirado don Mariano Asarta, que le diputaba por el mejor de la *Valerosa*, a causa de mantener incólumes la altura de la gorra de cuartel (un palmo y tres dedos), la verticalidad absoluta del plumero del ros, la dimensión de los galones y el cordón único de las hombreras; y ello en unos tiempos en que la moda estaba burlando cínica y descaradamente el Reglamento de uniformidad; pecado al que mi venerable amigo atribuía la decadencia de España, la frivolidad de las costumbres y la carestía de la vida.

Hube de reformar del todo el uniforme que me hiciera en Toledo antes de incorporarme a Banderas, pues además de no haberme recibido mi Coronel, si no lo hubiera hecho, el anciano me habría retirado su amistad y cariño. Todavía conservaba él restos de la

forma del vestuario en su modo de vestir de paisano; llevaba una corbata de plastrón negro, parecida al corbatín de suela; el pantalón, abotinado; las botas, de una pieza y punta cuadrada; entallada la levita, y el sombrero de copa, un poco torcido sobre la ceja derecha. El atuendo se conformaba bien con un bigote de moco y una perilla blancos, el pelo echado hacia las sienas, y en el ojal, un cintillo multicolor de las medallas de Mendigorría y Luchana; los ojos vivos, la tez curtida, la cabeza levantada y el pecho afuera, denunciaban a cien leguas el oficio en que vivió; tanto, que sin conocerlo y sólo por su aspecto de General, le saludaban al pasar no pocos Oficiales, a quienes contestaba con un sombrero lleno de autoridad y distinción.

Tratábale mi familia desde largos años por haber sido compañero de mi abuelo, ambos cadetes del Fijo de Ceuta, que mi bisabuelo mandaba, y luego profesor de mi padre en el Colegio de Infantería. Aunque nada afortunado en su carrera por la inoportunidad de sus ascensos de campaña, pues venían siempre al mismo tiempo que le correspondieran por antigüedad, no perdió nunca el amor a la profesión ni sintió jamás envidia de sus camaradas elevados a las más altas jerarquías militares.

Se complacía en conversar conmigo acerca de su época, y el programa consistía en ir a buscarle después de

comer, salir de paseo tomando el sol, sentarnos un rato frente a la fuente Castellana, recalar en el templo de San José, donde rezaba ante un Crucifijo de la capilla de la derecha, y tomarnos en "Doña Mariquita" un chocolate con mojiçón; regresábamos a su casa antes de anoecer; continuaba la charla en su despacho; cenábamos en compañía de su única hija, viuda de un Coronel, y a las once en punto me despedía yo y él se acostaba; confieso que no encontré en mi vida un conversador más ameno que aquel octogenario, cuya memoria permanecía intacta, yo, que ya estoy rozando también los cuatro duros de edad y tengo la misma desgraciada condición — desgraciada, porque en la pícaro existencia son más las horas tristes que los recuerdos alegres —, voy a trasladar al papel el siguiente episodio, tal como lo escuché de su voz entera y varonil:

No es necesario consignar que todas sus anécdotas acababan en consejos y advertencias para mí, y como repitiera a menudo, sin darme explicación, que no inventara nunca nada, me aventuré un día a rogarle me diese la razón del consejo (por otra parte inútil), pues no tenía la menor vocación de inventor; sin duda le amargaba algún recuerdo, pero satisfizo mi curiosidad y se expresó de esta manera:

* * *

"Mira, hijo: nuestro oficio de las armas, compuesto de inmensas ilusiones, tiene también grandes desencantos; nunca te hablé de éstos, porque no quiero oscurecer tus claras esperanzas; pero, ya que te empeñas, vas a conocer la causa de una herida en mi amor propio que tardó en curar muchos años sin cicatrizar. Verás.

Era yo Teniente del 2.º Batallón de Infantería ligera en Cataluña, en este Principado siempre tan revoltoso y tan bello; de paso te haré una pintura de aquellos tiempos de mi juventud en Madrid que me recuerdan los versos de Marcilla: *cualquiera tiempo pasado fue mejor*. Ardía allí la guerra llamada de los *Matinés* o de las *alpargatas*, porque caminábamos de sol a sol y a veces a la luz de la luna; esto lo sabían hasta las niñas, que cantaban en corro:

*Quisiera ser tan alta como la luna,
para ver los soldados de Cataluña.*

Vacante los cargos de Habilitado y suplente, y no queriendo serlo nadie del Batallón, hubo sorteo, y me tocó el primero; abandoné, pues, desesperado las operaciones de campaña y me instalé en Barcelona, ciudad repleta de atractivos, a los que renuncié como un cartujo, pues me daba vergüenza divertirme mientras mis compañeros se batían. Como no me agobiaba el trabajo oficinesco, ocupé la vagancia en estudiar diversas disciplinas y leer mucha Historia; el siglo XVI, tan glorioso para los soldados españoles, tenía mi pre-

dilección y halagaba mi espíritu de Cuerpo por el auge alcanzado por la Infantería sobre la Caballería, hasta entonces reina de los campos de batalla. Leyendo leyendo, me enteré de que, no conformes con su declinar los bravos jinetes, se dotaron de armas cortas de fuego, llamadas *arcabucejos*, con las cuales intentaban romper el erizo de las picas en sus cargas contra los cuadros de la Infantería. Yo veía con los ojos del pensamiento a los *hombres de armas* caracollear alrededor de los piqueros, sin encontrar brecha posible y sin que el tiro de los arcabucejos fuese eficaz, ya que, habiendo de usar de ambas manos para cargar el arma y apuntar, tenían que soltar las riendas, y los caballos, excitados por la carrera, se revolvían, yendo las balas a las nubes. En vista de la poca utilidad del arcabucejo, alguien, cuyo nombre no nos ha dejado la Historia, ideó un arma algo más corta, con culata muy delgada, para que, entrando en una cuja dispuesta en el pecho de la coraza, no exigiese el uso de las dos manos en el disparar, permitiendo a la izquierda conservar el mando del caballo. En el Museo del Ejército existen dos ejemplares de *arcabucejo* y de *petrinal* — que así se denominaba el segundo por apoyarse en el pecho —, verdaderamente preciosos.

Es natural que los Oficiales de Caballería se desvelaran por dotar a su Arma de una de fuego, pues su situación ante los cuadros de la Infantería y aun frente a los arcabuceros sueltos o en las mangas que la flanqueaban, no podía ser más desventajosa; se comprende que en Rocroy los franceses, decepcionados por la ineficacia de su excelente caballería para romper el cuadro de los piqueros españoles, empleasen la artillería contra aquellos baluartes humanos y sólo de tal modo abriesen brecha en ellos.

El petrinal dió algunos resultados estimables, y, en consecuencia, organizaron los Ejércitos sendas Compañías a la jineta, armadas de petrinales; llamáronse estas tropas *Herrerucllos* y fueron bastante útiles, sobre todo en escaramuzas, descubiertas, exploración lejana y puestos avanzados o grandes guardias, siendo un atisbo de los servicios, confiados más tarde a la caballería ligera.

En los días en que me dedicaba a estas observaciones, nuestra caballería, compuesta casi totalmente de Coraceros y Lanceros, servíanos de poco alivio en terrenos abruptos, donde lanzas y sables eran inservibles. Discurrí entonces proyectar una pistola de mayor alcance y calibre que las en uso y lo bastante ligera para no embarazar al jinete, y dime a estudiar balística exterior e interior en libros que me prestaban amigos artilleros; me pasaba los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio, como el caballero de la Mancha, hasta que, a fuerza de constancia, parecióme que había dado en el clavo; hice planos, dibujos, cálculos, escribí una Memoria, mantuve en secreto mis intenciones, y cuando todo lo tuve en limpio y bien presentado, solicité y obtuve audiencia del Capitán General de Cataluña, que se interesó muchísimo, por proceder

de la *Poderosa*, como se llamaba entonces al Arma de Caballería. Lo que más asombro produjo al buen señor fué que un Oficial de Infantería inventase una cosa exclusiva de la Artillería y destinada a la Caballería; me felicitó calurosamente, quedóse con el cartapacio para enviarlo a informe del Parque de Artillería, y yo partí lleno de esperanzas e ilusiones; las palabras del Capitán General sonaban en mi cerebro como campanillitas de plata: "Joven: yo patrocino el importante invento de usted; lo haré examinar por técnicos, y si resulta viable, cuente con mi decidida protección; creo que todos debemos ayudar a los Oficiales estudiosos, porque el polvo de las bibliotecas enseña a leer a través del de los campos de batalla." Me gustó mucho la frasecita de mi General, que debió de haberla leído recientemente; años después la encontré en las Memorias del Emperador Napoleón.

Al mes justo recibí mis papeles con el informe favorable del Coronel del Parque; decía que sólo la práctica podía resolver algunos puntos como el del muelle, que le parecía deficiente; pero que todos los demás estaban bien calculados, especialmente el rayado del ánima y el número de calibres de la longitud del cañón, que habían de dar al arma alcance superior al de las pistolas reglamentarias y una velocidad remanente muy estimable; añadía que no contando el Parque con elementos suficientes ni obreros especializados, proponía se me otorgase una comisión del servicio para que en la Maestranza de Artillería de Madrid, y con mi asistencia, se procediese a construir un modelo. Juntamente el Capitán General me remitía la orden de la comisión y el pasaporte, y una carta particular para el General Llauder, a la sazón Director General de Infantería. Aquella misma noche salí de Barcelona llevando el cuerpo en pos de la locomotora y el alma en brazos del Hada de los ensueños. Veía ya mi nombre en los periódicos y la pistola Asarta extendida por todos los ámbitos militares del mundo; una gran fábrica producía millares y no bastaba a los pedidos para todas las caballerías y aun para las artillerías; la venta de las patentes ascendía a millones; yo era el Nabab, el hombre de moda, la felicidad vestida de Teniente. Las veinticuatro horas que duraba el viaje a Madrid me las pasé haciendo planes fantásticos y proyectando muelles maravillosos aplicables a todas las armas conocidas.

Al llegar a la Corte de España me encomendé a un mozo de cuerda, que viéndome de uniforme (el vestir de paisano estaba rigurosamente prohibido) ofrecióme hospedaje magnífico por diez reales, con principio, postre y vino a discreción, en una casa de la calle de la Cruz en que había otros Oficiales y ningún civil; en ella encontré compañeros alegres, a quienes reservé el objeto de mi viaje por evitar zumbas y vayas, ya que me parecieron gente poco inclinada a los descubrimientos técnicos, pero propicia a burlarse de los Oficiales empollones. Tras una cena bastante más sencilla que las de Barcelona, en que la vida era baratísima, lleváronme al café del Iris, que reunía la gente de bronce de la

guarnición; no había otro más grandes en España y posiblemente en el Extranjero: ocupaba toda la planta baja y entresuelos de la casa contigua a "Doña Mariquita", con entradas por la calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo. Figúrate un salón inmenso, con departamentos separados por amplios divanes, sobre los cuales se veían estatuas de mármol blanco, alternadas con plantas naturales; en el centro, una fuente de tazón de alabastro elevaba el surtidor entre macetas; las paredes, cubiertas de espejos, difundían el resplandor de centenares de luces sostenidas por arañas de metal brillante; el techo, de tonos claros, pintado al fresco, representaba escenas mitológicas en que las desnudes femeninas abundaban, y en las columnas que lo soportaban se introdujo la novedad de las esferas de cobre para guardar, fuera de la vista del público, los paños con que se limpiaban las mesas; eran éstas muy anchas y en el mármol lucía el brasero con las ascuas para encender los cigarros. No había por en medio veladores ni estorbos, y la separación entre las filas de mesas era grande, de manera que resultaba cómoda la circulación. En los entresuelos se tiraba de la oreja a Jorge de lo lindo; bien es verdad que Madrid estaba repleto de chirlatas, porque los espectáculos escaseaban a causa de la guerra. En el Iris se sabían, antes que en parte alguna, las noticias de la campaña y los noticios políticos; lo frecuentaban a altas horas (Madrid era noctámbulo) pájaras de diversos plumajes y el mismo vuelo, que puedes imaginar: desde las de capotita y chal de cachemira, a las de pañuelo blanco a la cabeza y patillas de caracol; tampoco he de contarte que estas consumidoras se sentaban sin necesidad de presentación a las mesas de los Oficiales por el antiguo dístico de que entre ellas y los soldados, cumplimientos excusados.

No era fija ni estable la guarnición de Madrid, viéndolo un poco a lo campamento; aquí descansaban y se reorganizaban los Regimientos durante seis meses; así, los Oficiales (no siendo los de la Administración Central) se consideraban aves de paso y practicaban una vida bohemia, en la que el juego tenía lugar preferente; el lugar más discreto y escogido, por la total ausencia de paisanos, para esta diversión, era la guardia del Real Palacio, donde sólo los militares podían entrar y algunos destacados personajes de la Milicia Nacional que constituían la guarnición permanente; tenía allí la partida la ventaja de que los perdidosos encontraban dinero en el acto, sin más trámite que un recibo por el doble de la cantidad prestada, la firma de dos compañeros como fiadores y un módico interés del cinco por ciento mensual. Explotaba el negocio el propietario de la cantina, situada en el ángulo frontero al Arco de la Armería y contigua al Cuerpo de guardia de los Oficiales; su dueño llegó a ser, con el tiempo, uno de los primeros accionistas del Banco de España, y no se le conoció en Madrid más que por el apodo de *El Cantinero*.

Pero el establecimiento de más tono y elegancia del

género, para cuya entrada se exigía presentación, fué el piso principal de la casa de esquina de la Carrera de San Jerónimo y la calle angosta de Sevilla; aunque se denominase *casa de cucas*, asistían a ella linajudas señoras, y era de rigor ir vestidas en traje de sarao, bien descotaditas y enjovadas; jugábase al bacará *tourant* y a la ruleta, y la noche en que me llevaron dos artilleros aristócratas, vi perder, inmutable, una fortuna a una duquesa casada con un General de gran renombre; es increíble cómo prende en las mujeres la pasión del juego y el efecto que hace una baraja entre unos deditos sonrosados, finos y llenos de sortijas.

No pude oír ninguna ópera por no haber empezado la temporada; pero me encantaron Teodora Lamadrid y Carlos Latorre en *Don Alvaro*; asistí una noche al baile del circo de Paúl, y más me valiera no haberlo hecho, pues surgió allí un lance de honor entre uno de mis amigos y un desconocido, que resultó agregado de la Embajada francesa; me pasé hasta la madrugada con los demás padrinos buscando un arreglo, al fin logrado con mucho trabajo; yo he sido siempre enemigo de los duelos, que nada resuelven; ambos contendientes se hallaban chispas y en estado de irresponsabilidad. Pero en aquella época los desafíos estaban a la orden del día, y hube de demostrar que lo deshonoroso no era haberse faltado al respeto, sino embriagarse, y que si se insistía en llevarlos al terreno, yo haría constar en el acta que los dos se encontraban borrachos como cubas, pues ésta era la verdad, y en asuntos de honor no es lícito mentir; lo más gracioso es que estuve a punto de batirme yo con uno de los padrinos franceses por esta circunstancia. Acabaron convenciéndose y se celebraron las paces con un almuerzo en la fonda de Torloni, donde se comía muy bien a costa de unos precios altísimos, pues pagamos ¡dos duros! por cubierto.

Estas cosas no tienen la menor relación con el asunto de mi invento, que me ocupaba toda la mañana; mas así como la música nos recuerda los sucesos entre los cuales la hemos escuchado, así también el aspecto de la vida que envuelve un episodio de nuestra existencia nos trae a la memoria el episodio con todos sus detalles; aquellos días de mi permanencia en Madrid hacen una época trabada y unida de manera que no pueden separarse.

A las ocho entraba yo en la Maestranza de Artillería, sita en el achacoso cuartel de San Gil; los dos maestros armeros a quienes se había confiado la construcción de la pistola eran habilísimos; pero como tenían que fabricar a mano las piezas, invertíase en esto un tiempo largo en cada una; además, el pícaro muelle me daba mucha guerra; cambié su forma varias veces sin que se modificara el mecanismo del disparo, en lo que me ayudaron con sus consejos los dos excelentes maestros. Mis esperanzas, pues, llevaban el mejor camino, confirmando los augurios favorables que por cortesía, sin duda, habíanme hecho las autoridades militares al presentarme a ellas. Especialmente el Director General

de Infantería, Teniente General Llauder, habíase mostrado conmigo tan afectuoso, que desmentía su fama de áspero carácter; no he olvidado la impresión que me causó su persona y el ambiente de la Dirección de Infantería, alojada en el Palacio de Buenavista, en el segundo piso y esquina de las fachadas mediodía y oriente. El espacioso salón de ayudantes, decorado con los retratos al óleo de los Directores del Arma, era magnífico por su gran lámpara de bronce y su sillería de damasco rojo y madera dorada; una mullida alfombra armonizaba con el tapizado de seda de las paredes, y los cortinajes de los balcones; sobre la enorme consola de caoba relucía un reloj lujosísimo de dorado metal, representando a un granadero apoyado en un tambor, cuyo parche era la esfera; el par de candelabros representaban otros dos granaderos sosteniendo en una mano el fusil y en la otra un disforme quinqué dentro de una granada de cristal; no había yo visto nunca nada más artístico y rico que aquel aposento; bien es verdad que en aquellos tiempos los Directores Generales de las Armas tenían más importancia que los mismos Ministros de la Guerra, y sobre todo los de la Infantería.

Sabedor de la rigidez del General, puse mi uniforme en estado de inspección; brillaban las carrilleras, escudo y galleta de mi morrión, así como el puño del sable y los botones de la casaca; parecían de oro puro las grandes trompas de caza del cuello, emblema de la Infantería ligera, y la charretera y la hombrera acababa de comprármelas en casa de Medina; el ayudante de servicio, al verme, dijo: "Chico, vienes como para una boda."

Como hubiese varios visitantes de graduación y yo fuese el más cola, se pasaron dos horas hasta que fui llamado a la audiencia. Confieso que me temblaban las piernas cuando entré en el despacho.

Tenía Llauder ganada fama de ilustrado e irascible, cumplidor y exigente; autor de la *Táctica de guerrilla reglamentaria*, le apasionaban las tropas ligeras y la rapidez en las resoluciones; yo estaba tan turbado, que no me di cuenta de la persona y de la estancia: sólo veía ante mí unos ojillos vivos, un bigote de moco bajo, una nariz aguileña, un uniforme exacto al mío y en seguida una voz de sóchantre que decíame: "El Capitán General de Cataluña me hace grandes elogios de usted, caballero Oficial; no necesito más informes; hoy mismo saldrá de aquí la orden para la Maestranza de Artillería; preséntese mañana al señor Coronel y que se empiece el trabajo; puede usted retirarse. Saludé con la cabeza, hice marcha atrás hasta la puerta, di doble derecha y salí de la Dirección frotándome las manos.

Transcurridos tres meses, recibí del Brigadier Secretario de la Dirección orden de presentarme al día siguiente, a las diez de la mañana; la cumplimenté puntualmente y ya encontré en el salón de ayudantes buen golpe de Jefes y Oficiales de Infantería, que fué aumentando hasta llenar el aposento por completo; comentaban con alarmado gesto la llamada, pues alguien,

enterado secretamente del objeto, comunicó a los demás que, a causa de quejarse los Generales del Norte, Cataluña y Centro de la escasez de Oficiales y de los muchos de éstos ausentes de filas, el Ministro de la Guerra había dispuesto la incorporación inmediata y a raja tabla de todos a sus Cuerpos respectivos. Claro está que yo me hallaba tranquilo y en circunstancias especiales; conmigo no podía ir ninguna resolución coercitiva. Al sonar la media de las diez, apareció en el salón el Director General y, dirigiéndose al primero de los que formábamos el círculo, entabló este diálogo:

—¿Qué hace usted en Madrid?

—Mi General, yo estoy convaleciendo de una herida en el brazo...

—A su Regimiento inmediatamente.

El segundo contestó que había llegado dos días antes por una enfermedad de su esposa; la réplica fué fulminante:

—A su Regimiento hoy mismo.

Alegaba el tercero disfrutar permiso para el arreglo de una testamentaria, y recibió igual tajante orden; yo me encontraba el cuarto; el General me examinó de arriba abajo como quien quiere recordar; de pronto le oí decir con su voz de trueno:

—Usted es el del pistolón; a su Regimiento esta misma noche; aquí no me queda ni una rata.

Cual si hubiese cometido un crimen, me escabullí por detrás del círculo para ganar la puerta y los pasillos; pero todos salían tan aprisa, que algunos me alcanzaron, preguntándome:

—Oye, tú, ¿qué es eso del pistolón?

—Nada — les contesté —, una broma del General; tengo con él mucha confianza.

La indignación me ahogaba; no sólo había llamado *pistolón* a mi invento, sino que a mí me había llamado *rata*.

Aquella misma noche tomé el tren; jamás pregunté ni supe lo que fuera de mi pistola; te aseguro que si hubiese habido otro nuevo mundo ignorado y yo la certeza de su existencia, no sería mi persona, ciertamente, su descubridor. Ahí tienes la razón de mis consejos: no inventes nada, hijo; no inventes nada.

* * *

Murió el Coronel Asarta antes de la odisea del submarino *Peral*. ¡Cuánto me acordé entonces del veterano!

Petrinal (en la parte superior) y arcabucejo.—Armas conservadas en el Museo del Ejército.



NORMAS SOBRE COLABORACION

EJERCITO se forma con los trabajos de colaboración espontánea de los Oficiales.

Puede enviar sus trabajos toda la Oficialidad, sea cualquiera su empleo, escala y situación.

EJERCITO publica también trabajos de escritores civiles cuando el tema y su desarrollo interesa que sea difundido en el Ejército.

Invariablemente se remunera todo trabajo publicado con una cantidad no menor de 300 pesetas, que puede elevarse a 750 cuando su mérito lo justifique.

Se exceptúan de la norma anterior los trabajos que se utilizan fragmentariamente o se incluyen en la sección Información, Ideas y Reflexiones, cuya remuneración es de 125 pesetas.

Admitimos fotos, composiciones y dibujos en negro o en color que no vengán acompañando trabajos literarios y que sean de carácter adecuado a la Revista. Pagamos su publicación según convenio con el autor

Es muy conveniente enviar con los artículos fotos a propósito y dibujos explicativos, ejecutados con la mayor limpieza y claridad; mas ello no es indispensable.

Los trabajos deben enviarse certificados; acusamos recibo siempre.

Solicitamos la colaboración de la Oficialidad para GUIÓN, Revista ilustrada de los mandos Subalternos del Ejército. Su tirada, 24.000 ejemplares, hace de esta Revista una tribuna resonante donde el Oficial puede darse la inmensa satisfacción de ampliar su labor diaria de instrucción y educación de los Suboficiales. Pagamos los trabajos destinados a GUIÓN con 200 a 500 pesetas.

En Mayo próximo aparecerá una nueva publicación titulada EJÉRCITO.—APÉNDICE PARA LA OFICIALIDAD DE COMPLEMENTO, para lo cual admitimos colaboración en iguales condiciones que para GUIÓN.

CONCURSO DE TRABAJOS

S. E. el Ministro del Ejército ha dispuesto que el sistema de premios mensual que regía el año pasado, se substituya por concursos de trabajos con temas señalados por el Excmo. Sr. General Jefe del Estado Mayor Central.

En su virtud, queda abierta la admisión de trabajos sobre los cuatro temas siguientes:

- 1.º Movilización en la guerra total. Estudios relativos a cualquiera de los factores humano, económico, industrial o todos ellos.
- 2.º Logística de las Unidades blindadas y motorizadas, considerando también el problema del funcionamiento de los diferentes Servicios en la marcha.
- 3.º Cooperación de las Unidades de Paracaidistas y de las Unidades Aerotransportadas.
- 4.º Operaciones de desembarco. Cooperación de las fuerzas terrestres, navales y aéreas en estas operaciones.

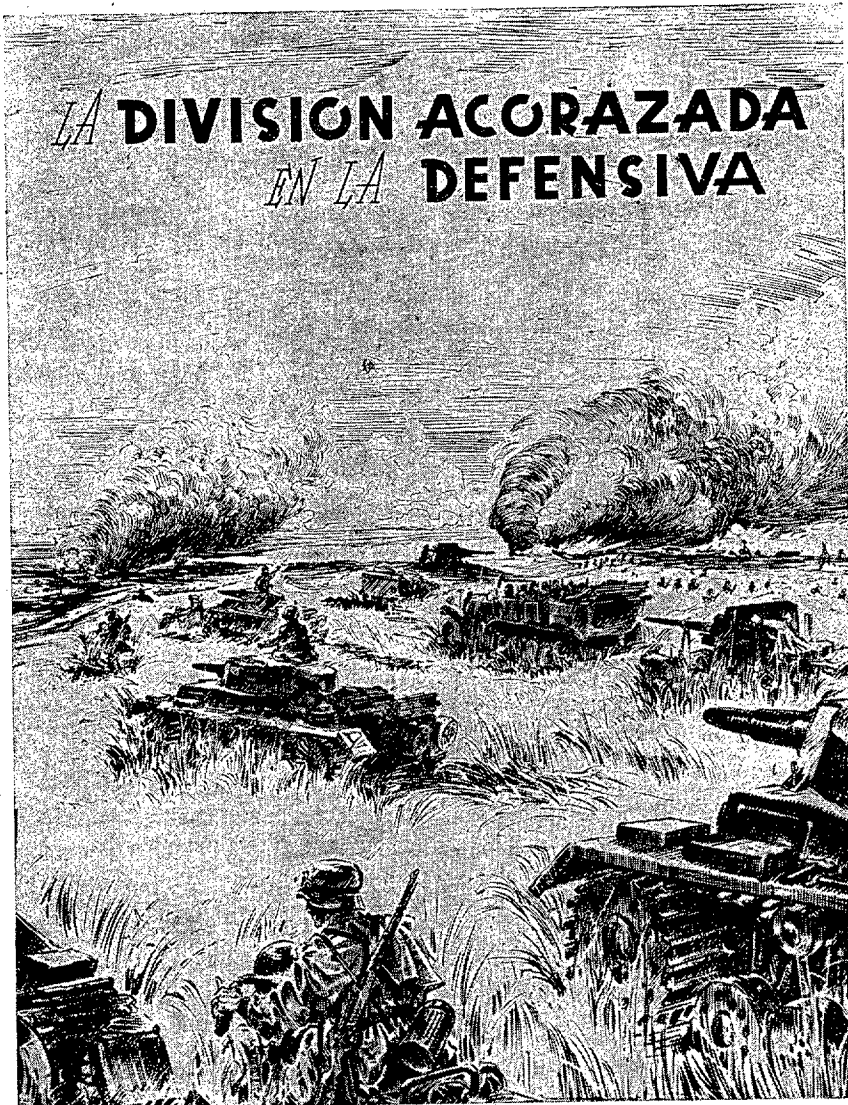
A cada tema se adjudicarán tres premios, cuya cuantía será, respectivamente, de 2.000, 1.250 y 750 pesetas.

Los trabajos para el Concurso se admitirán durante dos meses y medio, contados a partir del día 1.º de marzo del año actual, pasado cuyo plazo será cerrado.

La extensión de cada tema no deberá pasar de la que corresponde a tres artículos corrientes de la Revista (unas noventa cuartillas de quince renglones), pero puede ser menor, y la concisión, por sí sola, no se considerará como demérito.

Los trabajos para el Concurso serán enviados al Director de la Revista y elevados todos al Excmo. Sr. General Jefe del Estado Mayor Central del Ejército para su examen y resolución, con propuesta de premios formulada por la Dirección de la Revista.

LA DIVISION ACORAZADA EN LA DEFENSIVA



Teniente Coronel
de E. M.
JOSÉ ANGOSTO,
del E. M. Central.

La División acorazada puede verse obligada a la defensiva.

Aun en el caso de un Ejército que, por razones estratégicas, deba mantener una actitud defensiva, lo normal es que la División acorazada actúe siempre ofensivamente, constituyendo una reserva móvil situada en segunda línea, con la misión de contraatacar aquellas fuerzas enemigas que hubieran roto el frente o iniciado su envolvimento. Debe operar, pues, ofensivamente, ya que es con la combinación del fuego, de la potencia y del movimiento como consigue esta gran Unidad los mayores resultados.

Ahora bien: una División acorazada que haya penetrado profundamente en territorio enemigo y se haya distanciado de las grandes Unidades motorizadas y de Infantería, puede verse obligada a la defensa de una

zona de importancia, cuya posesión es necesario asegurar, aunque normalmente será tan sólo por un tiempo reducido: el que tarde en ser relevada en dicha tarea por aquellas grandes Unidades, volviendo a quedar libre para otras acciones ofensivas.

También puede ocurrir, como ha sucedido repetidas veces en Rusia, que el enemigo se interponga entre la División acorazada y las grandes Unidades que la siguen, y entonces aquélla se verá obligada a defenderse con sus propios medios de los ataques enemigos, que se dirigirán especialmente sobre sus flancos y retaguardia.

Por último, y este es el caso que vamos a considerar en el presente artículo, puede ocurrir que, por falta de fuerzas, la División acorazada deba encargarse de la defensa de una parte del frente.

La doctrina alemana admite que la División acorazada pueda emplearse en la defensiva.

Los alemanes admiten la posibilidad de una actuación defensiva de la División acorazada; pero reconocen, como principio esencial, el que los carros deben tenerse detrás del frente, como reserva móvil, siempre dispuesta al contraataque.

La infantería de la División acorazada, dada su potencia de fuegos y extraordinaria movilidad, puede defender un amplio frente. Los alemanes consideran que uno de sus Batallones (1) puede cubrir un frente doble que el de un Batallón de infantería normal, o sea de 1.600 a 4.000 metros, y aun más.

Dicha infantería debe mantener reservas móviles en condiciones de realizar rápidos contraataques en los puntos decisivos. Se debe aprovechar la movilidad de esta infantería motorizada, y muy especialmente de las armas pesadas montadas sobre vehículos blindados, siempre que el terreno se preste a ello, para constituir un fuego móvil que desorienta al enemigo respecto a la importancia de las fuerzas que se le oponen. El frente será reforzado con armas pesadas, especialmente contracarro, y con artillería e ingenieros.

Los vehículos de las Unidades empeñadas en la defensa deberán situarse a retaguardia, lo suficientemente alejados para quedar fuera del alcance de la artillería ligera enemiga.

La doctrina inglesa admite también la posibilidad de emplear la División acorazada en la defensiva.

También los ingleses admiten la posibilidad de que una División acorazada se vea obligada a defender una parte del frente.

A principios del pasado año 1942, por algunos Regimientos acorazados del desierto africano se preconizaban las siguientes normas para la defensa de una posición:

- Se deben tener algunos carros detrás de la línea dispuestos al contraataque.
- Se debe considerar la pieza de 87,6 mm. como el arma principal contra el ataque de elementos acorazados enemigos.
- Se deben tener piezas de 87,6 mm. a los flancos, exclusivamente en misión contracarro. Las citadas piezas deben, a su vez, ser protegidas a los flancos y retaguardia con piezas contra carro.
- Se tendrán más Baterías de 87,6 mm. escalonadas en profundidad, con observación avanzada y en disposición de hacer tiro contra carro.
- Las piezas de artillería de 87,6 mm. empleadas contra carro no deben abrir el fuego a distancia superior a los 1.200 metros, siendo la más conveniente la de 800 metros.

(1) El Batallón de Infantería de la División acorazada alemana en 1941 se componía de 54 fusiles ametralladores, 14 ametralladoras, 9 morteros ligeros y 6 pesados, 2 piezas de 75 mm. y 3 piezas de 50 mm., más una Sección de Ingenieros. En la actualidad es de suponer que cuente con un mayor número de piezas contra carro.

Casos concretos de División acorazada en la defensiva.

Vamos a examinar algunos casos, registrados durante la presente guerra, de una División acorazada en la defensiva. En el primero y tercero de ellos veremos el empleo de los carros como reserva móvil detrás del frente, lo que constituye una forma correcta de resolver el problema. En el segundo veremos que, por falta de fuerzas, los carros se ven obligados a defender una parte del frente, y podremos apreciar todos los inconvenientes que se derivan de este impropio empleo de un material destinado esencialmente a la acción ofensiva. De los carros se puede decir, aunque examinemos algún caso contrario, ya que la excepción no hace más que confirmar la regla, que por sí solos no pueden sostener una posición ni asegurar la propia defensa nocturna.

Primer caso: La infantería cubre el frente y los carros se mantienen detrás como una reserva móvil.

En el mes de mayo de 1942, las posiciones inglesas de Libia se encontraban a distancia de las del Eje, en algunas zonas, a más de 50 kilómetros. Los ingleses mantenían el contacto por medio de un escalón de exploración constituido por vehículos blindados y Baterías ligeras de 87,6 mm.

El frente del Eje estaba cubierto por las fuerzas italianas: cuatro Divisiones de infantería, de ellas una acorazada y otra motorizada, y por una parte, de otra División motorizada alemana. En segunda línea, dos Divisiones acorazadas alemanas constituían la reserva y masa de maniobra.

El frente inglés estaba cubierto por Divisiones de Infantería, a cada una de las cuales se le había asignado un Batallón de carros de Infantería (Mathilda o Valentine). La masa de maniobra, situada a retaguardia, estaba constituida por dos Divisiones acorazadas.

Se puede, pues, apreciar el concepto justo de empleo de las Divisiones acorazadas alemanas e inglesas. La necesidad de cubrir el frente con las fuerzas disponibles obliga al Eje, sin embargo, a tener en primera línea una División acorazada y una División motorizada italiana y parte de una División motorizada alemana.

La División acorazada italiana "Ariete" cubría 10 kilómetros de frente con su Regimiento de bersaglieri (1), que tenía los dos Batallones en línea, reforzados cada uno con una Compañía del Batallón de armas contra carro; la tercera Compañía de este Batallón se había situado en segundo escalón. El frente corría sobre una línea de

(1) El Regimiento de bersaglieri de la División acorazada se componía en dicha época de la Compañía de mando y de 3 Batallones (uno de ellos, de armas contra carro).

El Batallón de bersaglieri se componía de 3 Compañías, cada una de las cuales contaba con 3 piezas contra carro de 47,32 mm., 3 fusiles contra carro Solothurn de 20 mm., 3 ametralladoras de 8 mm. y 6 fusiles ametralladores.

El Batallón resulta, pues, que contaba con 9 piezas contra carro de 47,32, 9 fusiles contra carro de 20 mm., 9 ametralladoras de 8 mm. y 18 fusiles ametralladores.

El Batallón de armas contra carro se componía de 3 Compañías contra carro de 47,32 mm. de 8 piezas, lo que daba un total de 24 piezas contra carro.

alturas y cada Batallón había organizado, con sus tres Compañías, tres puntos de apoyo, compuesto cada uno de seis o siete centros de fuegos.

Los centros de fuegos estaban distanciados entre sí de 200 a 300 metros, y estaban compuestos normalmente por una pieza contra carro de 47,32 mm. o un fusil contra carro de 20 mm., una ametralladora y un fusil ametrallador o dos de estos últimos. Algunos tenían dos piezas contra carros, y en ese caso se situaba una en la parte avanzada del centro de fuegos y la otra en su retaguardia.

Todas las armas debían tener la posibilidad de actuar en los 360°, ya que, como los frentes no eran continuos, el ataque podía producirse en cualquier dirección.

En apoyo directo de cada Batallón de bersaglieri se encontraba un grupo de 75,27.

Los tres Batallones de carros de combate estaban situados a unos 5 kilómetros de la zona ocupada por la infantería, cada uno de ellos orientado en relación a uno de los distintos pasos existentes a través de la línea de alturas, a fin de poder, caso de ataque enemigo, pasar en seguida al contraataque con un Batallón y sucesivamente con los otros dos. Los Batallones tenían las Compañías en cuña y los carros distanciados entre sí de 150 a 200 metros, cubriendo cada Batallón un frente de 1.500 metros.

Los Grupos acorazados de artillería (carros con cañón de 75,18 en casamata) estaban desplegados entre los bersaglieri y los Batallones de carros.

En dicha situación sólo se exigía al Regimiento de bersaglieri, dado el extenso frente que ocupaba, aunque tenía muchas armas contra carro (unas 60), que sostuviera la posición durante algunas horas, las suficientes para dar tiempo a intervenir a la verdadera masa de maniobra constituida por los carros de combate.

El escalón de exploración inglés mantenía su línea de observación sobre otra de alturas situada de 2 a 6 kilómetros de la División considerada. Los ingleses hacían normalmente la observación con vehículos blindados de exploración, de los que destacaban un hombre a alguna pequeña ondulación del terreno que le permitiera la visión a mayor distancia, lo que también podía conseguir desde la escalera de que normalmente iban provistos dichos vehículos.

Para impedir dicha observación, que facilitaba datos a las Baterías enemigas, se organizó, delante de la línea ocupada por la División Ariete, una especie de escalón de seguridad, compuesto por dos vehículos blindados de exploración, una Sección de carros y una Sección de artillería acorazada, lo que obligaba a los elementos ingleses a mantenerse a más distancia. Dicho escalón servía también para facilitar datos de tiro a las Baterías de la División.

Segundo caso: La infantería y los carros cubren el frente

Las fuerzas del Eie inician el avance el día 26 de mayo de 1942. Las Divisiones de Infantería marchan frontalmente contra la línea inglesa. Las Divisiones acorazadas y motorizadas se mueven durante el día de Oeste a Este; pero al anochecer cambian de rumbo, a fin de envolver la línea inglesa. (Véase croquis en la página siguiente.)

La División Ariete choca al sur de Bir Hacheim con una Brigada india organizada defensivamente; pero consigue romper el frente ocupado por la misma y continuar su movimiento. Así, el día 27 de mayo las fuerzas acorazadas y motorizadas del Eie consiguen el envolvimiento del frente inglés en una maniobra de una gran audacia, ya que quedan situadas entre las tres Divisiones de Infantería inglesas que cubrían dicho frente y la masa acorazada inglesa y la División de Infantería sudafricana, situadas en la región de Tobruk, además de muchas otras fuerzas que los ingleses, caso necesario, podrían hacer acudir a la lucha. El examen de esta situación hace decir a un General inglés, al comentar esta batalla, que las fuerzas motoacorazadas del Eie se habían ido a meter en la boca del león, pues en dicha zona se encontraba el total de las fuerzas acorazadas inglesas.

El citado movimiento de envolvimiento trae consigo que las fuerzas motoacorazadas del Eie queden sin líneas de comunicaciones, ya que no pueden seguir el itinerario recorrido en el avance, pues sobre él y hasta la misma Vía Balbia (la carretera del litoral) llevan los ingleses a cabo numerosas incursiones y golpes de mano, a cargo de los commandos y de las patrullas motorizadas para operaciones en el desierto a grandes distancias (Long Range Desert Group).

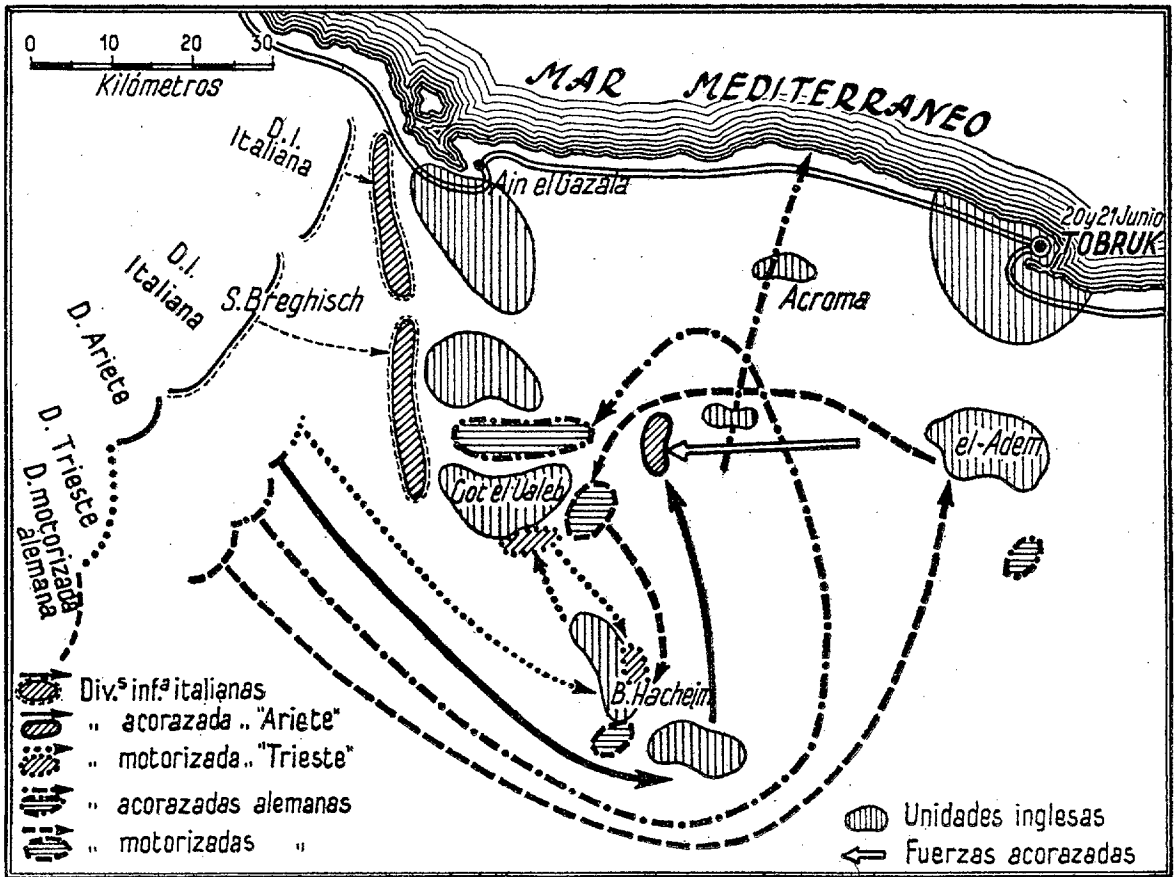
Esta situación puede presentarse con frecuencia a una División acorazada, pero puede llegar a ser delicada si se prolonga en el tiempo. La División Ariete había partido sólo con lo necesario para vivir y combatir durante cinco días.

El entonces Coronel General Rommel decide actuar con la masa reunida de sus fuerzas contra las fracciones enemigas. En primer lugar procederá contra la Brigada de Infantería inglesa, situada en el centro de la línea, en Got el Ualeb, con todas las fuerzas alemanas y la División motorizada Trieste, en combinación con el ataque frontal de las Divisiones de Infantería italianas y con el empleo a fondo de la Artillería y de la Aviación. Una vez vencida la resistencia de la citada Brigada, quedará resuelto el problema de las comunicaciones, ya que el frente inglés quedará roto en la parte central.

La División acorazada Ariete recibe la orden de situarse a caballo del Trigh (pista) Capuzzo, a fin de impedir que la masa acorazada inglesa, procedente del Este, logre abrirse paso hacia los defensores de Got el Ualeb. Los ingleses, animados por la situación desfavorable de dicha División, atacan continuamente con numerosos carros de combate, apoyados por una notable masa de artillería; pero todos sus ataques son rechazados.

La División Ariete debe combatir primero sola contra las fuerzas acorazadas inglesas, y desde el día 7 de junio, encuadrada entre las dos Divisiones acorazadas alemanas. El día 2 de junio se había conseguido terminar con la resistencia de las fuerzas inglesas situadas en la bolsa de Got el Ualeb y la 9ª División motorizada alemana y la División motorizada Trieste habían marchado sobre Bir Hacheim, posición defendida por una División degaullista.

Una vez examinada la situación en general, pasemos a considerar la actuación defensiva de la División acorazada



Ariete. Dada la imposibilidad de relatar en un solo artículo los numerosos combates desarrollados, lo que además resultaría pesado, nos limitaremos a poner de relieve los rasgos generales que caracterizaron el desarrollo de todos ellos.

En la primera parte de esta lucha todos los Batallones de carros cubren una parte del frente, al sur de la ocupada por los Batallones de bersaglieri. Estos últimos Batallones organizan centros de resistencia con Grupos de 75,27 en apoyo directo. Las Baterías acorazadas se despliegan con los carros.

El día 7 de junio, uno de los Batallones de bersaglieri, reforzado por una Compañía de armas contra carro, debe pasar a asegurar la zona de Bir el Harmat (unos 8 km. al sur de la zona ocupada por el resto de la División), y para ello organiza un centro de resistencia circular con centro el Bir (pozo) y con un radio de 1,5 km.; las Compañías organizan cuatro centros de fuegos avanzados y dos retrasados. En apoyo directo de dicho Batallón, un Grupo de 75,27. El enlace con el resto de las fuerzas de la División queda a cargo de los vehículos blindados de exploración.

Las Unidades de carros de combate deben en dicha situación tener pocos carros delante, y los restantes, escalonados en profundidad, pues así se reducen las pérdidas y se puede, caso necesario, maniobrar. Ahora bien: es una tendencia de los carros la de tender a aplastarse sobre el frente.

Esta situación anormal, en la que los carros cubren una parte del frente, trae consigo que todo el día se encuentren bajo el fuego de la artillería enemiga, y si bien los carros en su blindaje tienen una cierta protección contra los cascos de los proyectiles rompedores, el estar continuamente sometidos a dicho fuego hace que muchos resulten averiados; también así resultan objeto de la acción de los carros "General Lee", con cañón de 75 mm., que hacían fuego desde unos 3 kilómetros, utilizando para la observación los Bren Carrier. Además, esta situación obliga al personal a no salir de los carros, y cuando ya cansado no resiste más y sale, se producen pérdidas sensibles. De esta situación resulta, pues, un desgaste grande en material y personal, el que debe mantenerse además vigilante durante la noche, después de haber pasado quizá todo el día combatiendo.

Resulta además difícilísima la evacuación de los heridos de los carros que resultan inmovilizados, pues si no se dispone más que de ambulancias corrientes o de camiones, se hace preciso esperar hasta la noche, resultando con ello muy probable que los heridos durante el día, si lo han sido gravemente, mueran.

Todo lo expuesto pone bien de manifiesto que no deben emplearse los carros en la misión de mantener un trozo de frente, a menos que sea de una absoluta necesidad el hacerlo. En dicho caso debe contar con el apoyo de abundante artillería; a fin de poder contrabatar la enemiga.

Veamos ahora a grandes rasgos cómo se desarrollaban los combates de las Unidades de carros ingleses con los carros de la División Ariete.

El ataque era precedido de una fuerte preparación de artillería, acompañada a veces por la creación de nieblas artificiales sobre todo el frente ocupado por la División Ariete, a fin de dificultar los fuegos de la defensa sobre los carros atacantes. Esta preparación tenía una duración variable; pero, en general, oscilaba alrededor de la media hora, si bien a veces se reducía a quince minutos o se elevaba a una hora. Dicha preparación se desarrollaba no sólo sobre la línea, sino también en profundidad, a fin de alcanzar el puesto de Mando de la División, reservas y servicios. Después, los carros ingleses se lanzaban al ataque y la artillería alargaba el tiro. Una parte de ellos se dirigía contra el centro de la línea de los carros de la Ariete, mientras otra intentaba el envolvimiento; dentro de esta última iban, en el centro, los "General Lee", más fuertemente armados y con más blindaje, y en las alas, los "Cruceiros", que más ligeros eran los destinados al envolvimiento.

La defensa consistía esencialmente en impedir toda amenaza de flanco o de envolvimiento del enemigo; por ello la maniobra venía a ser la misma expuesta para el ataque: un Batallón de carros o bien una fracción mayor o menor de ellos hacía frente al enemigo, mientras otra maniobraba para caer sobre su flanco. Todo ello se traducía en movimientos rápidos con breves paradas para disparar los cañones de los carros, rápidas embestidas y, sobre todo, con amenazas al flanco. Los carros no llegaban jamás al choque, quedando generalmente a unos 1.000 metros y aproximándose todo lo más a 700 metros. Algunas veces, si alguno de los Batallones estaba desplegado con anterioridad a cubierto y en posición favorable para hacer fuego de flanco sobre los carros atacantes, no se movía, desarrollando su acción desde la zona en que estaba desplegado. Era conveniente el tener siempre alguna Unidad de carros en reserva para poder maniobrar con ella, ya fuera con el fin de parar las amenazas de envolvimiento o con el de caer sobre el flanco enemigo.

La tendencia a buscar el flanco o retaguardia de las fuerzas enemigas es instintiva en toda lucha, pero aun más en la de carros, dado que los blindajes de éstos son menores en las partes laterales y posterior.

Los Grupos acorazados de artillería de la División Ariete (carros con cañones de 75,18 en casamata) actua-

ban entre las Unidades de carros, generalmente intercalados entre los Batallones, sirviendo como perno del movimiento de éstos. Se empleaban a veces piezas de 88,56 en misión contra carro, perfectamente enmascaradas y muy vecinas a la línea de carros (a unos 500 metros), así como alguna Batería de 75,27 también en la misma misión, con orden de hacer sólo tiro contra carro desde los 1.000 metros y con proyectil especial desde los 500 metros. Las demás artillerías: Grupos de 75,27, 100,17, 88,56 y 90,53 (1), asentadas a 2 ó 3 kilómetros de la línea, intervenían en la acción, recibiendo los datos de tiro de los carros observatorio de los Grupos acorazados.

La artillería de las fuerzas atacantes, una vez establecido el contacto balístico entre las masas de carros, alargaba el tiro para desorganizar las reservas y los servicios.

Las batallas de carros citadas tuvieron una duración de quince a treinta minutos, aunque algunas duraron más. Los carros atacantes llegaron a veces hasta 1 km. del puesto de Mando de la División; la retirada era provocada, aparte de las pérdidas, sobre todo por la maniobra de las Unidades adversarias sobre el flanco o retaguardia, y se efectuaba generalmente bajo la protección de una cortina de niebla artificial, creada por los mismos carros.

En cuanto se retiraban los carros enemigos, era preciso proceder al municionamiento de los propios, aun todavía bajo el fuego de la artillería, ya que quedaban casi sin municiones.

La situación anormal de los carros de la División Ariete, que eran responsables de la defensa de una parte del frente, traía consigo que no tuvieran libertad de movimiento para maniobrar, ya que no podían distanciarse de la línea y sólo podían hacer alguna demostración de ataque sobre el flanco de los carros enemigos, desarrollada en un radio de 200 ó 300 metros, y no en un radio más amplio, como es lo normal; ya que, además de no poder abandonar la línea, si se lanzaban detrás de los carros enemigos podían caer bajo el fuego de las Baterías y armas contra carro enemigas, sin que les siguiera la infantería de la División y sin el suficiente apoyo de fuegos de su artillería. En cambio, si los carros hubiesen estado detrás de la infantería, hubieran podido maniobrar mejor, contraatacando al enemigo en sus flancos.

En los principales ataques desarrollados por las Unidades acorazadas inglesas se ha tenido la sensación de que los carros tenían un momento de vacilación cuando se encontraban bajo el violento fuego de la artillería o de las piezas contra carro, y este momento de indecisión, en el que se paraban o reducían su velocidad, les era fatal, pues la artillería enemiga en tiro con puntería directa o las piezas contra carro lo aprovechaban. No hay duda de que el ataque de los carros falla si no es precedido por una neutralización de la artillería y de las piezas contra carro del adversario, aunque en algunos casos el impulso y decisión de aquéllos pueda por sí solo resolver la situación.

(1) El Regimiento de Artillería de la División acorazada italiana contaba en dicha época con 2 Grupos acorazados de 75,18, 2 Grupos de 75,27, 1 Grupo de 88,56, 1 Grupo de 90,53 y 1 Grupo de 105,28 (en refuerzo, 1 Grupo de 100,17 y 1 Grupo organizado con material inglés de 87,6 mm.).

Una vez más se pone de manifiesto la necesidad de disponer de mucha artillería, especialmente del tipo acorazado.

Durante este período en que la División Ariete hubo de mantener una actitud defensiva, la artillería inglesa, que disponía de abundantes municiones, actuó continua y violentamente sobre toda la zona ocupada por la División, y muy especialmente sobre el puesto de Mando, sobre el que, por ejemplo, el día 1 de junio cayeron más de 500 disparos. Esto era, sin duda, debido a lo fácil que resultaba localizarlo por el gran número de estaciones radiotelegráficas en funcionamiento en sus proximidades; por el movimiento de coches y motocicletas, inevitable a pesar de todas las órdenes y vigilancias, y, además, por lo visible que resultaba por la forma en que generalmente se organizaba, pues como la División acorazada estaba normalmente en movimiento y era difícil disponer de tiempo y materiales para organizar un puesto de Mando debidamente protegido, se recurría a situar el de estas grandes Unidades atrás de dos o tres carros, colocados en escuadra, debajo de los cuales se hacía una zanja, protegiendo el espacio descubierto que dejaban las cadenas con sacos terrosos; inmediatamente detrás de dichos carros se situaba el camión del Mando y Estado Mayor, del que se enterraban las ruedas y se cubría el motor con sacos terrosos, a fin de proteger los órganos más vulnerables del mismo y para que resultase con menor altura. Durante las concentraciones de la artillería enemiga, el Mando y el Estado Mayor se situaban detrás o debajo de dichos carros, los que con su coraza daban una protección suficiente contra los cascos de la artillería, aunque no contra los proyectiles perforantes.

La gran movilidad que tienen todos los elementos de la División acorazada era aprovechada para cambiar el puesto de Mando de asentamiento tan pronto era localizado; pues dado lo reducido de la zona en que se encontraba la División, con una profundidad de 4 a 5 kilómetros como máximo, todos sus elementos de combate se encontraban siempre dentro del alcance de la artillería enemiga y en las proximidades de las propias Baterías, o sea en la zona de acción de la contrabatería enemiga.

Se procuraba retrasar todo lo posible los camiones de los servicios, de los que se enterraban las ruedas y se cubrían con sacos terrosos los motores, distanciándolos entre sí de 200 a 300 metros, todo ello como protección contra los bombardeos aéreos.

El cambiar de asentamiento el puesto de Mando de la División fue posible en la primera fase de este período; pero en la segunda, por encontrarse esta gran Unidad entre las dos Divisiones acorazadas alemanas, resultó el terreno saturado de vehículos, y por ello debió quedar en el mismo sitio, aunque sufriera el fuego de violentas concentraciones de la artillería enemiga. Se hizo entonces preciso cambiar el régimen de vida del Mando y Estado Mayor de la División. Hasta entonces los camiones vivienda se habían tenido a poca distancia del puesto de Mando, y por ello había sido posible, durante los momentos de tranquilidad, ir a los mismos a asearse o a descansar un poco, aunque, en general, el día transcurría en el camión

de Mando; el camión cocina, que se mantenía alejado, se aproximaba a las horas de las comidas, que se hacían en el autobús o en el camión de Mando, o bien en los mismos coches ligeros y en banquillos en tierra. En esta segunda fase se hubieron de alejar los camiones vivienda, a fin de no exponerlos al fuego de la artillería, y por ello durante la noche se acercaban al puesto de Mando, y tan pronto amanecía marchaban a unirse al escalón de los servicios; la vida del Mando y Estado Mayor debía, pues, forzosamente transcurrir todo el día detrás de los referidos carros de combate.

Durante este período defensivo, el puesto de Mando de la División se enlazaba por teléfono con la infantería, con los carros y con la artillería. Además, uno de los carros que tenía a su inmediación era un centro radio por el que se enlazaba con las Unidades de carros, pues en los bombardeos de la artillería o de la aviación todas las comunicaciones telefónicas quedaban cortadas. También se enlazaba por teléfono con el puesto de Mando del Cuerpo de Ejército. En sus inmediaciones varias estaciones radio le aseguraban las comunicaciones, en caso de interrumpirse las telefónicas, con la infantería y artillería de la División y con el Cuerpo de Ejército.

Hemos procurado poner de relieve en este caso todos los inconvenientes que se derivan de la situación defensiva en la que los carros deben cubrir un trozo de frente; pero es preciso reconocer que, aunque debido a dicha situación, tuvieron pérdidas elevadas, cumplieron la misión que le fué asignada, manteniendo la parte del frente correspondiente y rechazando todos los ataques de los carros enemigos.

Tercer caso: La Infantería cubre el frente y los carros se mantienen detrás como una reserva móvil.

Las fuerzas del Eje, después de la reconquista de Tobruk, continúan la persecución de las fuerzas inglesas hasta la línea de El Alamein. Las Unidades son las mismas que están combatiendo desde el 26 de mayo, y por ello se encuentran con sus efectivos muy reducidos, como resultado de las pérdidas sufridas en los combates y por el desgaste que una marcha tan continua y rápida supone para las Unidades mecanizadas y motorizadas. Por ello, cuando los ingleses deciden sostenerse en dicha línea y hacen acudir del Oriente Medio Unidades nuevas que lanzan al contraataque, apoyadas por una acción violenta y continua de la aviación y de la artillería, que se ve facilitada por la proximidad de las bases, las fuerzas del Eje se ven obligadas a pasar a la defensiva.

Pasan a cubrir la nueva línea las Divisiones de Infantería, la acorazada Ariete, la motorizada Trieste y algunas Agrupaciones de las Divisiones acorazadas y motorizadas alemanas; pero el núcleo principal de las fuerzas alemanas queda en segunda línea, como masa de maniobra.

La División Ariete, cuyas fuerzas han quedado reducidas a un Batallón y dos Compañías de bersaglieri, dos Compañías de carros, dos Baterías acorazadas y poca artillería de campaña, es encargada de la defensa de un

frente de 5 kilómetros, encuadrada entre una División italiana al sur y una Agrupación alemana al norte; esta última parece ser se componía únicamente de un Batallón de Infantería motorizada y de un Grupo de Artillería.

Para la defensa se ha de organizar una posición cerrada, rodeada de alambradas y minas. Esto con las fuerzas disponibles se hace imposible, ya que no son suficientes para cubrir un perímetro de 18 kilómetros y además se necesitaría un gran número de minas, del que no se dispone en un primer momento. Claro es que hay que tener en cuenta que la división se encuentra encuadrada; pero en la guerra móvil que caracteriza la actuación de las Unidades mecanizadas y motorizadas, y aun más en el desierto, no se debe confiar demasiado en la protección de las Unidades laterales.

Se trata, pues, en primer lugar, de cubrir con los bersaglieri el frente asignado a la División. La reserva y masa de maniobra estará constituida por los carros y por las Baterías acorazadas, que se dividirán en dos núcleos para poder así diseminarlos más sobre el terreno, lo que es conveniente como medida contra los bombardeos de la artillería y aviación enemigas; uno se situará al norte, a unos 3 kilómetros de la línea, y así, en esta forma, si el frente cubierto por la Agrupación alemana cediera, podría maniobrar contra el enemigo que intentara caer sobre el flanco izquierdo de la División; el otro núcleo se sitúa hacia el centro, y así, en el caso expuesto, podría seguir inmediatamente al primero o, si la amenaza viniera del Sur o sobre la línea ocupada por la División, podría intervenir en primer lugar, pudiendo ser secundado poco después por el otro núcleo.

En síntesis, el concepto de la defensa es este: la infantería de la División, cuya misión, según la doctrina italiana, es esencialmente defensiva, asegura la defensa de la posición; la masa móvil (carros y Baterías acorazadas), desplegada en segunda línea, maniobra.

El ideal sería rodear de alambradas y minas las Compañías y los centros de fuego; pero en un primer momento no se dispone de elementos suficientes, por lo que se procede a situar las minas contra carro y contra personal únicamente delante del frente.

Por lo difícil que resulta para la infantería el resistir los ataques de las Unidades enemigas, ya que el terreno no se ha podido organizar debidamente por falta de materiales (minas, alambradas, etc.), el Mariscal Rommel da la orden de emplear una parte de los carros como fortines, enterrándolos en forma de no dejar fuera más que las armas. Así, estos fortines constituirán reductos sólidos de la defensa. Esta se organizará en profundidad, en la siguiente forma: en primer término, las minas; después, alambradas, y próximos a éstas (de 50 a 150 m.), los primeros centros de fuegos; a 300 metros de éstos, para sustraerse del fuego dirigido sobre los centros, la línea de resistencia; a 200 metros, los carros fortines; a 300 ó 400 metros, las Compañías de reserva (así, éstas podrán apoyarse en los anteriores en el contraasalto); a 400 metros, los grupos de 75,27; a 1.000 ó 1.500 metros, la masa de maniobra constituida por los carros y las Baterías acorazadas.

Los carros fortines deben ser protegidos a los flancos y retaguardia por otras armas, ya que si no se podría fácilmente inutilizarlas.

Las Compañías se sitúan a cubierto y estudian todos los posibles itinerarios de empleo.

La defensa debe ser elástica; los centros de fuego, a los que debe rodearse de alambradas y minas, deberán continuar defendiéndose, aunque se vean envueltos, y lo mismo las Baterías. Puede ocurrir el caso — que se ha verificado algunas veces — que algunos elementos enemigos (carros, vehículos blindados o camionetas armadas) lleguen hasta el mismo puesto de Mando de la División, mientras casi todo el frente todavía resiste y la infantería enemiga no ha logrado atravesar la línea; en este caso, los centros de fuego deberán resistir y esperarán al restablecimiento de la situación, lo que correrá a cargo de la reserva, que no deberá empeñarse prematuramente. Es naturalmente necesario que el Jefe de la reserva esté siempre al corriente de la situación.

El Mariscal Rommel ordena que la infantería se mantenga en su puesto, aunque sea sobrepasada por los carros enemigos, ya que lo esencial es detener a la infantería adversaria, y a los carros se les puede disparar volviendo las armas contra carro a retaguardia. Hay que tener muy presente que el carro no logra ningún éxito si no es seguido de la infantería. (Ahora bien: en esta guerra se ha dado muchas veces el caso de infantería que se ha rendido una vez sobrepasada por los carros, aunque éstos no fueran seguidos por infantería.)

En general, se puede decir que la infantería, en la guerra del desierto, no ha resistido un ataque de carros si no disponía detrás de ella de una masa de ellos dispuesta a enfrentarse con los adversarios.

Asimismo, en el desierto, la infantería, si no disponía más que de posiciones ligeramente organizadas, resistía mal las preparaciones de la artillería, y por ello era frecuente que la línea fuese rota por el ataque que seguía a las violentas y continuadas acciones de la artillería y de la aviación; razón por la cual era preciso tener siempre disponibles fuerzas en segunda línea para poder pasar al contraataque.

A fin de reducir los efectos del fuego de la artillería inglesa, se dispuso que, durante la preparación, las fuerzas de primera línea pasaran a situarse unos 300 metros a retaguardia, volviendo a colocarse nuevamente en su puesto una vez terminada aquella.

En contraposición a la doctrina italiana que asignaba a la infantería de la División acorazada solamente una misión defensiva, los alemanes maniobraban con su infantería, más ligera y dotada de abundantes piezas contra carro remolcadas por tractores todo terreno. La defensa alemana era tan elástica, que aun las fuerzas que cubrían una parte del frente acudían, si era preciso, a otra parte que fuera amenazada, volviendo a su puesto una vez terminado el combate. Esta es una de las razones por las que aun una División encuadrada no pudiera confiar mucho en la protección que le daba la Unidad situada a su flanco.

Dado que, en la guerra especial de las Unidades acorazadas,

zadas y del desierto, era posible el ser atacado por cualquier parte, se ordenó que absolutamente todos, aun aquellos Mandos situados muy a retaguardia, como puede ser el de Ejército, organizaran la defensa circular, que todos tuvieran un arma y que los conductores enterraran en lo posible sus vehículos y cubrieran ruedas y motores con sacos terreros. Había que tener en cuenta que siempre eran posibles algunas infiltraciones de camionetas o de pequeños núcleos de infantería y que algún mando de División se había visto en crítica situación e incluso había caído en poder del enemigo por no haber organizado dicha defensa.

Para la defensa del Mando de la División se contaba con dos carros, dos autos blindados, una ametralladora de 20 y algunas otras armas ligeras.

Lo mejor es que todo Mando de gran Unidad, y muy especialmente los de las acorazadas, dispongan de una pequeña Unidad táctica para su defensa. El Cuartel General del Mariscal Rommel disponía de una Agrupación formada por dos Compañías de carros de combate y un Grupo de 88,56, más algunos elementos de Infantería; ello le daba la posibilidad de poder, con independencia de las Divisiones, instalarse en cualquier puesto y defenderse por sí solo de los posibles ataques enemigos.

Durante la primera batalla de El Alamein (julio de 1942) tuvieron una destacada actuación las fuerzas alemanas, que, aunque en número muy reducido, se multiplicaron, acudiendo a todas las partes del frente que se veían en peligro. No fueron muchas veces grandes fuerzas las que realizaron los contraataques, sino también pequeños núcleos compuestos de pocos carros, algunas piezas contra carro, una Batería o incluso una Sección de Artillería, y una Compañía, o aun menos, de Infantería; esto era posible por la gran movilidad que proporcionaba el terreno en este género de guerra y por el gran espíritu de iniciativa de los alemanes.

La División constituyó, tan pronto llegaron los refuerzos necesarios, una reserva compuesta de un Batallón de carros, una Batería acorazada, ocho vehículos blindados de exploración y una Compañía de Infantería en camiones. Dicha reserva se situó en posición central y es orientada sobre los posibles lugares de empleo.

Con la llegada de nuevas Divisiones de Infantería se procede a retirar todas las Divisiones acorazadas y motorizadas del frente y a situarlas en segunda línea.

Conclusión.

En todo lo expuesto hemos visto la posibilidad de emplear la División acorazada en la defensiva, aunque ello no deba considerarse como normal.

En dicho período las Unidades de carros ingleses sufren una gran derrota; las del Eje, aunque consiguen grandes éxitos, no llegan a los resultados de Polonia y Francia. La impresión al final de aquel período — a la que no se debe dar más valor que a la de una fase de la guerra — es la de que, en la lucha eterna de la ofensa y la defensa, el carro tuvo su momento en Polonia y Francia con el empleo en masa y el apoyo de la Aviación; pero que dicho momento había sido superado por la defensa contra carro, ya que, por lo que costaba un carro, podían ser construidas muchas piezas contra carro de una gran eficacia y dotadas también de una extraordinaria movilidad.

Las acciones desarrolladas en el primer período de esta campaña han demostrado que una tropa que haya organizado bien el terreno y disponga de un número suficiente de piezas contra carro, de abundante artillería, con algunas piezas asentadas en forma conveniente para poder realizar el tiro con puntería directa, puede parar el ataque de una masa de carros y dar tiempo a Unidades análogas, situadas a retaguardia, a acudir y contraatacar, cayendo sobre los flancos o retaguardia del enemigo.

A pesar de todo lo expuesto se debe considerar que los carros constituyen, desde luego, un elemento rápido de maniobra, del que es preciso disponer.

Las grandes Unidades acorazadas serán cada día más difíciles de emplear y tendrán su principal aplicación, más que en el ataque a posiciones, en la maniobra y en aprovechar su mayor facilidad de movimiento para obtener sorpresa y, con ella, los resultados morales y materiales consiguientes.

LA FOTOGRAFIA DE LOS ~~Rayos infrarojos~~ —aplicación militar—

General de Aviación JOSE M.^a AYMAT

SE dice que "todo es según el color del cristal con que se mira", y hoy las tan en boga gafas de color nos permiten ver la Naturaleza con cambiantes aspectos. Gafas amarillas nos dan un cielo de intensidad menos brillante, en la cual se destacan las lejanías y se contrastan las nubes blancas, conservando, en cambio, casi invariables los tonos verdes y rojizos. Los cristales verdes o azulados dan sensación de raros cambios en la Naturaleza.

Saquemos una fotografía con placa corriente de una formación y observaremos en las pruebas un raro contraste con la realidad. En nuestra bandera se amortigua enormemente el vivo contraste de rojo y gualda, tomando el amarillo un gris oscuro, poco más claro que el rojo. Este color en las fajas de los Generales aparece casi negro, idéntico a los alegres verdes de los jardines, mientras que el azul de las fajas, bocamangas y plumas del casco de E. M. aparecen de una blanca pureza. No es ahora el color del cristal el que nos engaña, es la mayor o menor sensibilidad de la emulsión de plata de la placa fotográfica a los diversos colores, muy distinta de la que fisiológicamente tiene el ojo para percibirlos y diferenciarlos.

Cuando queremos que la fotografía nos recuerde, aproximándolo a la realidad, el contraste de los colores, debemos emplear emulsiones especiales, unas sensibles al verde que se llaman ortocromáticas (orto = recto, justo; cromos = color), que dan luz a este color, con lo que al unirse a los azules, a que en principio es tan sensible la placa fotográfica, lleva la máxima luminosidad hacia el amarillo, por donde sitúa nuestra vista el mayor brillo de color. No bastando esto, otras sustancias aumentan también la sensibilidad al rojo, dando lugar a las placas que se llaman pancromáticas (pantós = todo, color), que sirven para reproducción de pinturas o ramos de flores, dando una justa y

acertada representación de cómo las ve el ojo humano.

Sin embargo, si con cualquiera de esas placas fotografiamos un panorama con lejanías, con sierras que a ojo desnudo presenta una suave tonalidad grisazulada, o aun montes más próximos cubiertos de nieve, nos encontraremos con la sorpresa de haber desaparecido esa línea de horizonte tan bien determinada a la vista, como si no existieran aquellas sierras ni el duro y hermoso contraste de la nieve sobre el azul del cielo. Y a menos de que estén provistas de fuertes contrastes de luz y sombra, las mismas nubes desaparecen del cielo.

Podemos, si queremos, reducir la exposición hasta el punto de que desaparezcan los detalles en las sombras próximas, en la vegetación, en las tierras rojizas. Vendría más débil la imagen, pero el horizonte no parece. Es que el azul, mejor aún, los rayos ultravioletas, de que es tan rico el cielo, y la misma luminosidad del aire que nos separa de aquellas lejanas sierras, prácticamente equivalen a las radiaciones del blanco puro y todo es igual para la placa.

Para remediar este efecto, en las fotografías de lejanías tan interesantes desde el punto de vista militar, emplearemos filtros fotográficos, las gafas de color de la fotografía, que consisten en finas películas de celuloide provistas o no de cristales que la comprendan y defiendan, teñidas de colores, que si son amarillos absorben en mayor o menor proporción aquellos rayos ultravioletas sin robar intensidad a verdes y rojos.

Bien es verdad que como los colores que vemos como reflejados en los objetos casi nunca son únicos, sino resultado de combinación de otros elementales, se roba casi siempre luz al conjunto y es preciso aumentar la exposición para que en la placa lleguen a actuar con conveniente intensidad.



Arco Iris. Efecto de filtro amarillo.

Para obtener horizontes lejanos se precisa, pues, filtros amarillos que absorban la excesiva actividad de los rayos ultravioleta, cualquiera que sea la placa usada, y en las orto y pancromáticas también deberemos usarlas cuando queramos ajustar más aún el parecido a la visión humana, el aspecto de los diversos colores.

Hemos hablado de ultravioleta. ¿Es eso un violeta, más violeta que el violeta? No tal. Es un color inexistente fisiológicamente para el ojo humano, y que, sin embargo, registra la placa fotográfica intensamente.

En laboratorio físico pueden producirse radiaciones tales que, imperceptibles al ojo, fotografíadas a través de pantallas recortadas, den imágenes claras de su existencia.

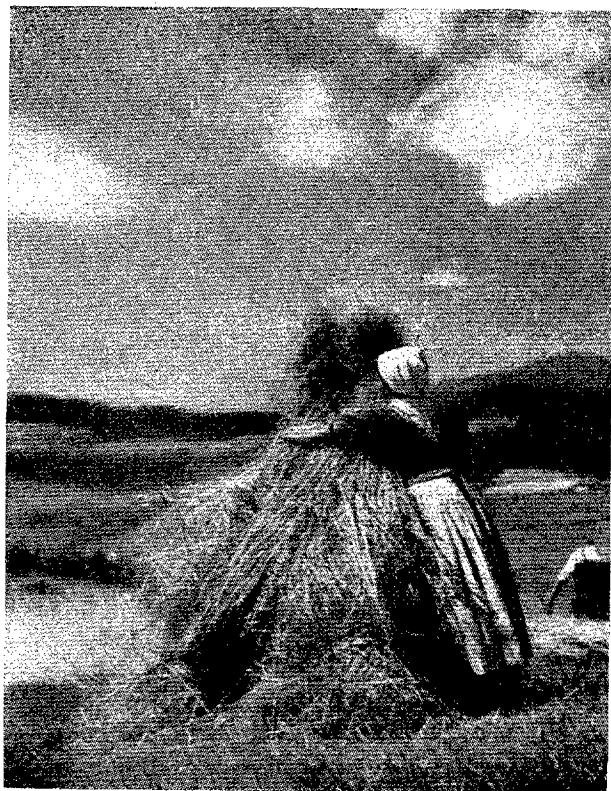
Un poco más allá, pero el mismo fenómeno, se da en los rayos X. Donde nada vemos, la placa fotográfica se impresiona; cuerpos opacos, metal, huesos, dejan su imagen, y las telas, espesores relativamente gruesos de carne, resultan transparentes a ellos cuando no lo son en modo alguno a la luz.

Es que esa luz no es más que una parte de la vibración electromagnética, fenómeno físico de una prácticamente ilimitada amplitud, de la que fisio-

lógicamente sólo alcanzaremos a percibir una pequeña amplitud.

Todos vemos cómo vibra la cuerda de una guitarra, y no sólo vemos, sino que percibimos al tacto la vibración del parche de un tambor o de la caja de nuestra radio a determinadas notas. En la guitarra logramos distinguir la mayor rapidez de vibración de la prima sobre el bordón, dando la primera esa mayor agudeza de sonido propia de las notas altas. Pero si vamos aflojando el bordón, lograremos que, viéndolo vibrar, lo haga tan despacio que no lo oigamos. De igual modo, si por encima de la boca apoyamos la prima en una arista y acortamos el trozo de cuerda que vibre, llegaremos a agudizar su sonido hasta dejar de oírlo. La experiencia indica que el oído no percibe vibraciones más lentas que 16 ni más rápidas que 16.000 por segundo, o dada su velocidad de propagación en el aire de 340 ms. por segundo, de 20 m. a 20 cm., y sin embargo las hay: las más largas, *infragraves*; las más cortas, *ultraagudas*; pero no las percibe el oído.

Lo propio ocurre con la vista. Aquí no es el aire el que vibra. En las electromagnéticas es el *éter*, algo que lo llena todo, lo mismo los espacios interplanetarios que los intermoleculares de los cuerpos, y su velocidad, algo distinta según los medios, del orden de los 300.000 km. por segundo. Cuando las vibraciones son del orden de 300.000, la longitud de onda es de 1 km. y no las percibimos. Mil veces más rápidas, dan 1 m. para longitud de onda, tampoco. Ni aun cuando un millón de veces más rápidas y cortas, del micrón = milésima de milímetro. Sólo el ojo percibe *luz* cuando están com-



Las nubes y la ropa blanca destacan del cielo. Efecto de filtro verde.

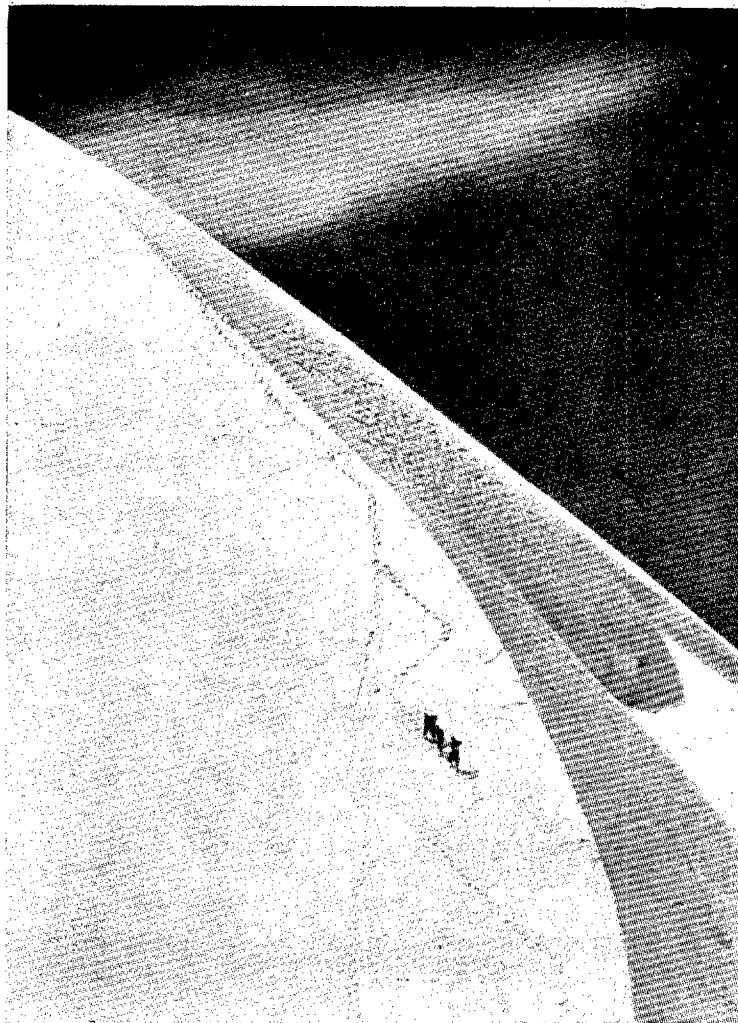
prendidas entre 0,7 y 0,4 del micrón = μ (*). La existencia de las primeras viene acusada por las ondas largas y cortas radiotelegráficas. Aquellas del orden de la décima de milímetro a su centésima parte, el micrón, por la sensación de calor, apreciable fisiológicamente o con instrumentos físicos de precisión. Mucho más cortas son, en el orden de la milésima de micrón $m \mu$, que corresponde a los rayos X. Al de su décima, el Amstrong = $A = 1/10.000.000.000$, diez mil millonésima de metro, al (no a la) Radio, cuerpo tan raro como valioso que emite radiaciones que, como los X, atraviesan también el cuerpo humano, empleadas en Medicina, y aun existen radiaciones menores de la centésima del A., llamados rayos cósmicos, esos que estudiaba el doctor Picard en su ascensión en globo a la estratósfera.

Como vemos, los rayos visibles más largos, los rojos, apenas llegan a la doble longitud de los más cortos, violeta. Apenas lo que se llama una *octava*, doble número de vibraciones del *do* al otro *do* inmediato. ¡Qué pobre amplitud comparada con la del oído, que alcanza diez octavas, y qué pobrísima ante la inmensa variación que ofrece la Naturaleza en manifestaciones captadas ya por nuestros instrumentos, más de cincuenta!

Son rayos ultravioleta, los más cortos que el violeta que percibe el ojo humano, en octavas que, solapándose con los X invisibles todas, impresionan la placa fotográfica. Son ultrarrojos, los más largos que el rojo visible, y que llegan imperceptiblemente a producir efectos de calor. Si los ultravioleta producen la maravilla de la radioscopia, de tanto interés y utilidad médica y metalográfica, los infrarrojos nos permiten percibir cosas que son y no vemos.

Volvamos al recorrido de la luz a través de largos espesores de aire y comparemos las vibraciones radioeléctricas del éter con el oleaje en el mar; vibración también que, aunque se transmite al aire, como la del tambor, no podemos oír por su lentitud.

Observemos cómo entra la marejada por la boca del puerto. No lo hace sólo formando una cinta del ancho de la bocana, sino que en los extremos de los muelles, como si ellos fueran (lo son realmente) unos singulares productores de olas, se forman otras más suaves y que se amortiguan con la distancia; pero de igual período, circulares en la zona del puerto que pudiéramos considerar en sombra del temporal. Eso es la *difracción* de esa vibración, y se produce también en la luz, al encontrar cualquier corpúsculo, sea molécula gaseosa componente del aire, tan chiquita; sean gotitas minúsculas de agua, ya muchísimo mayores, formativas desde

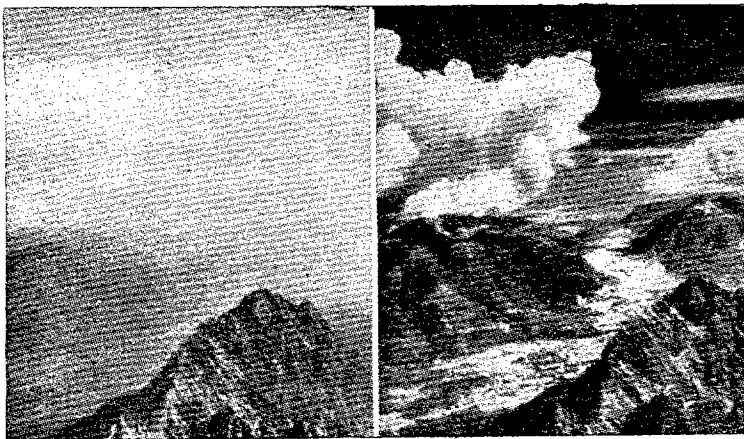


Nieve y nubes sobre el cielo.
Película isopanromática y filtro amarillo fuerte.

espesa nube a lluvia o a ligerísima niebla; ya, por fin, sea polvo tanto más fino e impalpable cuanto más alto en suspensión en el aire, en gran parte formado por sales robadas al mar por el viento en el constante batir del oleaje.

Supongamos ahora la costa libre y una serie de peñascos destacados de ella, o una porción de plantas o leños flotantes en un estanque, es igual. Las olas producirán en cada roca la difracción singular que antes vimos, transmitiéndose desde cada punto en todas direcciones, interfiriéndose entre sí hasta perderse toda noción de dirección, aunque conservando un picadito general. Ahora bien: en cuanto la ola tenga una gran longitud respecto al tamaño de las rocas, pasará a su través, y sumando sus efectos por los numerosos y próximos intervalos, seguirá adelante, dando pleno testimonio de su pervivencia e individualidad, manifiestas por su longitud o período y dirección.

(*) El micrón = μ es la milésima del mm.



*El valle de Garmisch desde el Zug Spitz.
La primera, placa perpancromática y exposición 1/100 seg.^o
Segunda, infrarroja, filtro Agfa número 83. exposición 1,2 seg.^o
Al fondo, la mancha oscura es Munich, a 92 km.*

Eso mismo pasa en el aire con la luz, y no sólo con ella, sino con toda vibración electromagnética. Por eso, para explorar las minuscúlissimas radiaciones cósmicas, tenía que subir Picard a las alturas, donde apenas existe aire. Por eso los rayos azules, los luminosos más cortos que nos llegan, se difractan en todas direcciones, y ese cielo "que ni es cielo ni es azul", lo vemos de ese color; por eso la luz de los crepúsculos, que ha de recorrer enormes espesores de aire para llegarnos, ve su luz azul absorbida a fuerza de difracciones sucesivas y atenuada, mientras que los rayos más largos, sobre todo los rojos, no se ven detenidos y se tiñe de oro y púrpura el cielo; por eso aparecen rojizos el Sol y la Luna junto al horizonte, y los objetos a través del fino humo negro de las locomotoras. Por eso toma la nieve lejana ese dulce tinte rosa a la luz del Sol cercano al horizonte.

En cuanto a la intensidad del fenómeno, es de notar que la mengua de energía proporcional al cuadrado de la distancia es insignificante en los rayos directos del Sol por lo grande de la distancia, y que, en cambio, en los difractados, cuyo centro y origen de distancias es el corpúsculo difractor, tiene una trascendencia enorme que crece al multiplicarse el número de difracciones, por lo que no solamente se produce la difusión de la luz en todos sentidos, sino que se reduce enormemente su energía.

Por otra parte, en dirección horizontal bastan 8 km. de distancia para que la masa del aire que hay que atravesar equivalga a toda la atmósfera tomada verticalmente.

Si esto ocurre dentro de los límites de la luz visible, más fuertemente se ven amenguadas las cortas radiaciones ultravioletas que en grandísima in-

tensidad nos envía el Sol y encuentran más fácil paso las largas infrarrojas. A eso se debe el sonrosado de la nieve lejana vista con el Sol bajo.

Y a este propósito es de advertir que los físicos han comprobado que la difracción y absorción de las ondas es tanto menor cuanto es mayor la cuarta potencia de su longitud, y si el rojo es $7/4$ más largo que el violeta, es decir, 1,75 veces, la facilidad de éste para atravesar el aire será de $1,75 \times 1,75 \times 1,75 \times 1,75 = 9$, nueve veces superior. Y si llegáramos a poder descubrir los invisibles infrarrojos en longitudes de onda de $1,3 \mu$, elevaríamos esa proporción a cien, que representa aun respecto a todo el espectro visible diez veces más.

Placas sensibles a esos rayos ultrarrojos las hay, y mediciones precisas que conocemos desde 1935 y que suponemos superadas ya, dan para las Agfa sensibilizadas al Undekaacetoxil, que llevan los números 950 y 1020, la facultad de impresionar bien los rayos hasta de $1,29 \mu$.

Esos números indican en $m \mu$ la longitud de onda a que su sensibilidad es máxima.

Con atmósfera limpia al ojo humano, basta amortiguar con filtros que maten la actividad, no sólo del ultravioleta, sino incluso de todo el espectro visible; pues los hay "negros", como el agfa 87, que llegan a absorber toda onda más corta de $0,87 \mu$ para que la fotografía registre sólo las radiaciones infrarrojas, que en longitudes menores de 5 a 7μ reflejan muy intensamente el cuarzo (en un 90 % hasta 21μ), los carbonatos y sulfatos (en 35 a 50 % hasta 7) que abundan en las rocas de las montañas.

Es de advertir que ondas más largas de 15 a 20 son absorbidas por casi todos los cuerpos.

La niebla que ciega al ojo humano no es más que una nube a ras de suelo, conjunto de gotitas de agua, de diámetro variable entre los órdenes de $1/2 \mu$ hasta la $1/10$ de milímetro, tanto más estable porque cae realmente como lluvia, aunque de modo más lentamente, cuanto más diminuta, ya que entonces la resistencia del aire a su movimiento deja casi insignificante su caída. Cuando se resuelve en verdadera lluvia es porque las gotas aumentan mucho de tamaño, ofreciendo entonces la particularidad de ser más transparente que la niebla, porque igual cantidad de agua disminuye el número de gotas en mil veces por cada diez que aumente su tamaño lineal y la luz encuentra diez veces menos superficie en que quebrarse. Por eso mismo entre nieblas mismas, a igualdad de cantidad de agua, son más opacas al ojo humano aquellas de gotitas más pequeñas. Esas precisamente que, por ello, se dejan atravesar mejor por los rayos infrarrojos de onda larga.

Donde nada ve el ojo a través de ella, descubre

lo que hay la fotografía del infrarrojo, siempre que matememos con un filtro opaco la luz visible, dejando pasar por su transparencia la radiación infrarroja.

Si las gotas son ya más grandes, ésta es absorbida, no obstante, por ellas.

En esas fotografías sobre placa infrarroja con filtro rubí o negro, el cielo sale casi negro, y las sombras, faltas de la luz especialmente ultravioleta que el cielo difunde, aparecen mucho más oscuras, y los objetos, como iluminados que están por los rayos más largos procedentes directamente de un solo punto, el Sol, toman el aspecto de un relieve de yeso, falto de color, fenómeno que se da también a la luz de la Luna, y este "efecto de noche", que en su aspecto artístico tiene su encanto, y más en pruebas viradas a tonos azulados, en el utilitario militar tiene su ventaja, pues ese realce del relieve modela sus formas allá lejos, donde la luz difusa azulada las mata.

Independiente de esta trascendencia, los objetos se comportan respecto a los rayos invisibles de onda larga de modo singular para cada materia, que en general no tiene nada que ver con el que observan respecto a los de longitud visible, como si tuvieran una que pudiéramos llamar coloración invisible y que fisiológicamente no sólo desconocemos, sino que ni sospechamos. Así, la clorofila de las plantas refleja intensamente las radiaciones de onda larga y aparece con tonos claros desconcertantes, al menos hasta que, una vez observados, dejen de engañarnos.

Otro efecto raro es la negrura que toma el agua falta de luz difusa que reflejar, a menos que lo haga directamente en ella el propio Sol.

Estos efectos se pueden observar muy bien en las parejas de fotografías que presentamos.

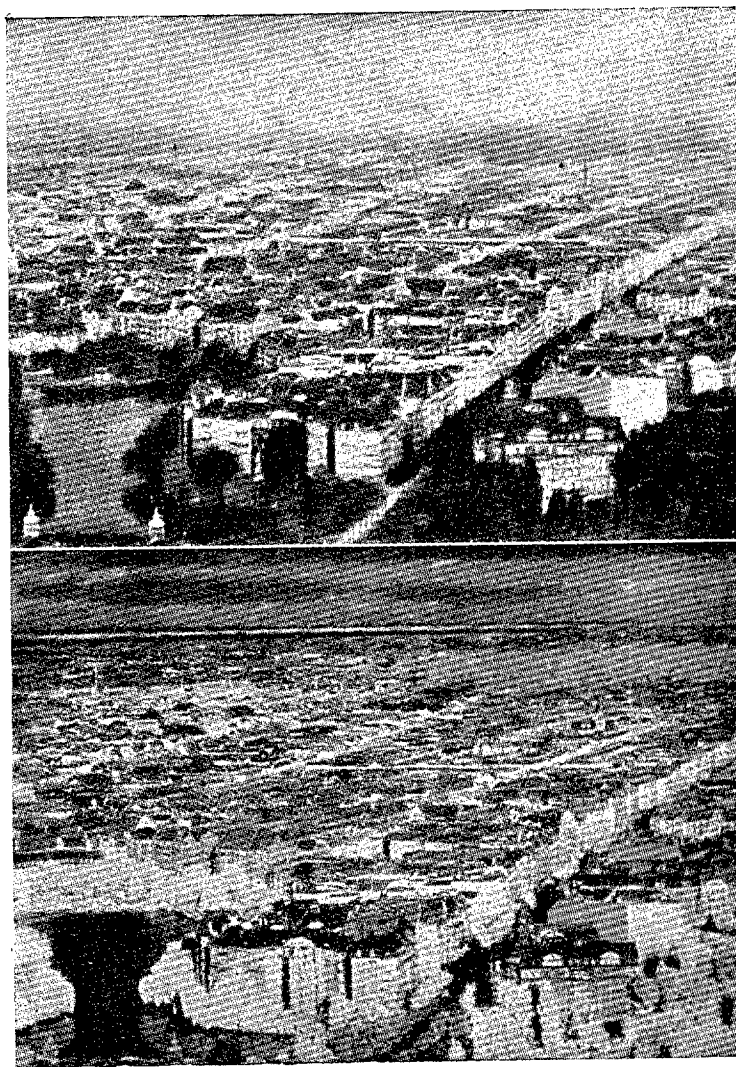
Aquí las distancias a los términos lejanos no llegan al centenar de kilómetros; pero recuerdo que antes de la guerra, en 1935, lo que es mayor mérito, tuve ocasión de ver unas fotografías tomadas en América de las Montañas Rocosas, vistas a distancias del orden de los 500 kilómetros.

La utilidad militar de poder registrar esas lejanías es muy considerable, no sólo por su valor en sí, sino como elemento de orientación de gran precisión cuando se identifican bien a tan gran distancia, por anular casi los errores que en la posición propia se puedan cometer, bastante considerables en el aire, porque en las fotografías en que aparecen permiten fácilmente trazar un horizonte de ensayo que asegure la orientación interior de la cámara y, con ello, la ulterior determinación precisa del punto de vista, y en el empleo de cámaras múltiples, porque esa seguridad obtenida con precisión en la auxiliar encargada de captar el horizonte se transmite a las que le son solidarias.

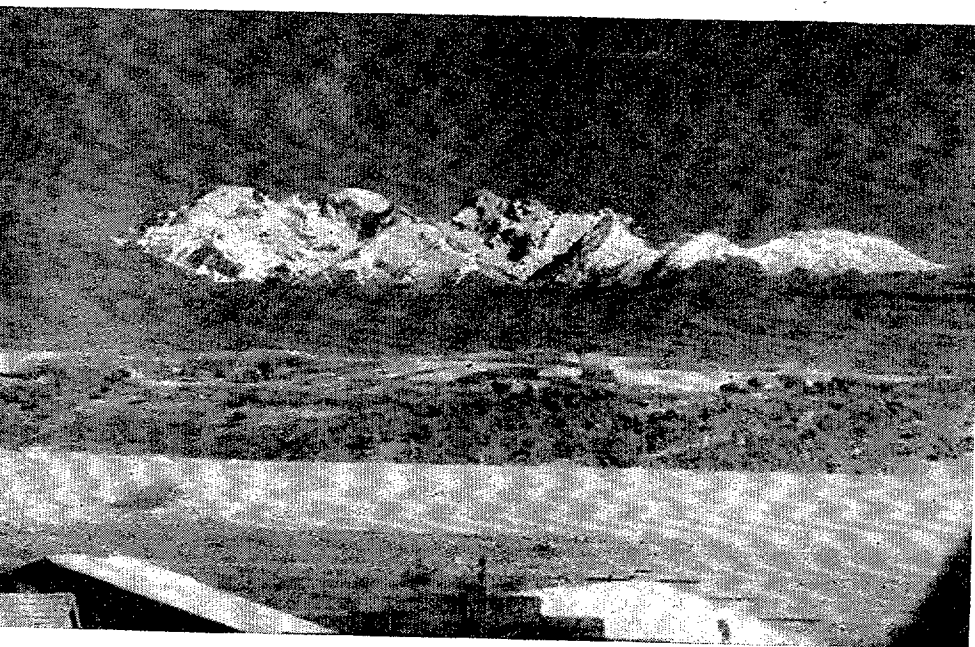
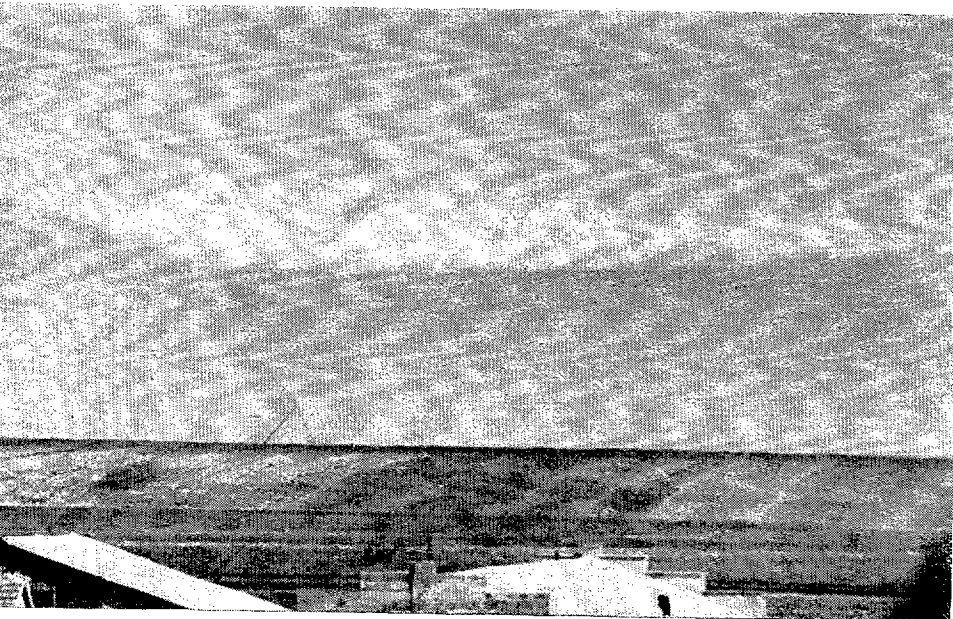
Es verdad que el empleo de tales placas se hace difícil en Aviación, por requerir una exposición bastante considerable, que depende principalmente del filtro empleado, pero siempre grande. No obstante, la realidad nos demuestra que, empleando objetivos de gran luminosidad F. 1,5 de la Contax, en las obtenidas en León por el Comandante aviador Sr. Penche, y tal vez en un próximo futuro, cuando se empleen objetivos contruídos con cristales especiales de máxima transparencia a las radiaciones largas, o por el camino más sencillo y ya seguido de aumentar aun más la sensibilidad de las emulsiones, han de lograrse exposiciones más breves.

Hoy día, la precisa es del orden de veinte veces de la necesaria para placas corrientes de 18° DIN, y en cuanto la luz del Sol no es muy viva, aumenta aún más en fuerte proporción. Y lo malo es que aquí no cabe emplear un fotómetro para calcularla, ya que las radiaciones de cuya intensidad hemos de juzgar son invisibles; así, pues, no hay más solución que juzgar del tiempo nece-

Berlín desde la torre Radio. Placa ortocromática con F/25 1/10 seg.°



Placa Agfa infrarroja 810. Filtro 82, 10 segundos.
(Obsérvense y compárense el agua, los árboles y sus imágenes en el estanque del primer término izquierda.)



La anterior con placa de infrarrojo y filtro rubí. Cámara Contax y teleobjetivo de $f = 135$ mm. Ampliación 10 X. Nótese el detalle de la nieve y, sobre todo, en el segundo término, cómo el verde del primero ha invertido el efecto de claroscuro.

sario, según indicaciones que, en relación con el asunto y luz y sobre todo filtro a emplear, dé la casa suministradora de las placas, y tirar tres placas con ese tiempo, con un $1/3$ y con tres veces. Así, con error de $1/3$ se cubre una amplitud de indeterminación de 27 veces dentro de la que es muy fácil esté la justa.

Otro inconveniente de este material es su escasa

Sierra de Mampodré, a 65 km. desde el Aeródromo de León.

Placa policromática ($=$ panto) y filtro amarillo. Gracias a éste aparece la sierra como fantasma. El término segundo carece de todo detalle.

duración, del orden de seis meses, cuando se conserva conveniente a baja temperatura, pues al calor es muy sensible.

La hipersensibilización, operación de baños, fácil por otra parte si se observan las instrucciones convenientes, dura sólo unas horas, aunque multiplica por fuerte factor, 4, la sensibilidad a la onda cuya longitud define la emulsión.

El enfoque para infrarrojos exige sacar el objetivo un $1/200$ de su longitud focal.

Sin embargo, todos estos inconvenientes se pueden perdonar ante la enorme ventaja de obtener imágenes claras a través de niebla o calina, que impide ver en absoluto fisiológicamente.

La posibilidad de esta fotografía y hasta la exposición necesaria depende, como ya expusimos, del tamaño y abundancia de las gotitas que forman la niebla. Ello, a falta de medios precisos no asequibles fácilmente por más complicados, puede apreciarse por la sensación de lo *que moja* la niebla, tanto más cuanto en mayor cantidad y rápidamente caen las gotas que la constituyen.

Estas fotografías permiten descubrir trabajos enemigos cuando más descuidadamente los ejecute al descubierto, por suponerse imposible de ser visto.

En esas nieblas estivales del Estrecho, de escasísima altura, pegadas al agua y que por su densidad se hacen impenetrables a la vista horizontalmente, y que desde el aire son tan fácilmente atravesadas en una zona circular alrededor de la vertical del avión, la fotografía de infrarrojos acrecentaría enormemente la amplitud del cono observable y con una cámara laboratorio, como las hay, que revelan sobre la marcha las vistas tomadas, en brevísimo tiempo

Vista aérea de Peña Ubiña y valle del Luna
con placa pancromática y filtro amarillo.
Altura, 3.500 m.

permitiría radiotelegrafiar el resultado del reconocimiento.

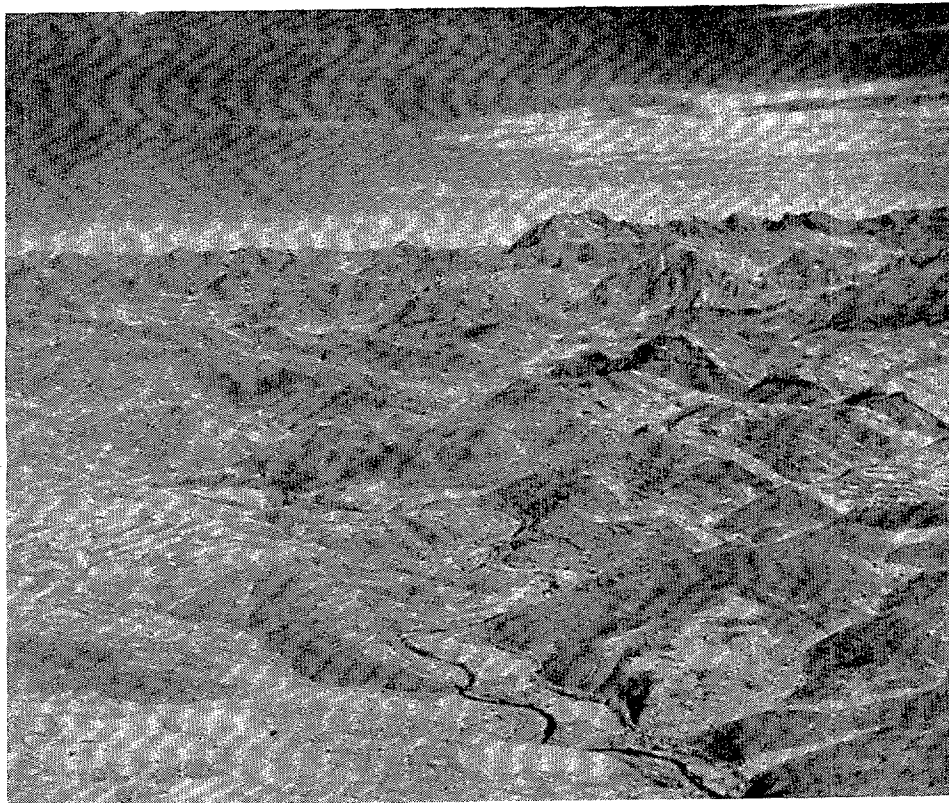
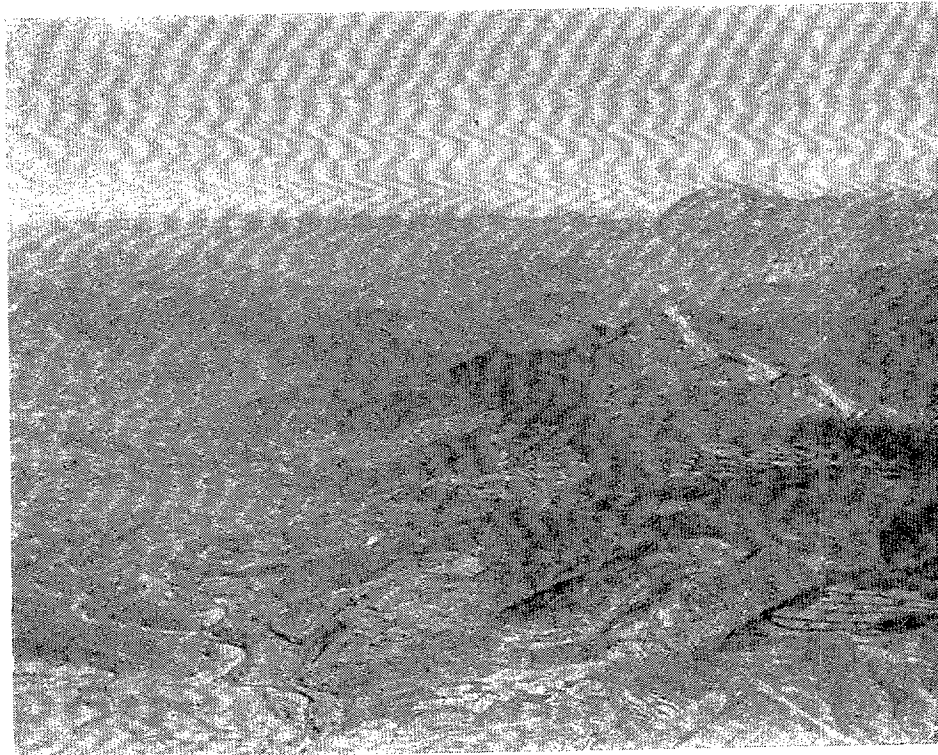
En la navegación marítima entre las nieblas, tan frecuentes en las rutas directas del Atlántico norte, pudieran tales cámaras dar una seguridad que hoy sólo difícilmente proporcionan los medios acústicos.

De noche mismo, como una extensión de esos faros de automóviles de luz amarillenta que permiten ver, mejor que la blanca, a través de la niebla, en plena oscuridad, se pueden obtener fotografías si se ilumina (?) el objeto con proyectores de radiaciones infrarrojas, fáciles de obtener, bien matando las cortas con filtros adecuados, bien produciéndolas directamente con filamentos que, llevados al rojo oscuro, den intensamente radiación de larga onda. Aun con atmósfera transparente el enemigo no se daría cuenta de que estamos enfocándole.

Otras aplicaciones tiene aún la fotografía del infrarrojo: desde la exploración de estrellas medio muertas que emiten sólo radiaciones rojas o infrarrojas, a la microscopia, registrando tonalidades apenas perceptibles por el ojo. En clínica y cirugía tienen análoga aplicación. Hasta en criminología o examen de materiales permite descubrir detalles que quedarían sin percibir a la vista.

Hoy día hay graves dificultades para obtener material que, por su corta duración, sólo fabrican las casas sobre pedido; pero esas dificultades, que son superables, no deben descorazonar a los aficionados, en su deseo de practicar una extensión del arte fotográfico, de tan interesantes como bellas aplicaciones.

Las ilustraciones de este artículo pertenecen al interesante *Fotolibro* de la Editorial Hoepli, y las fotos, al Comandante Penche, del Aeródromo de León.



La anterior con película infrarroja y filtro rojo. Con cámara Contax y fuerte ampliación del cliché. Nótese los detalles de la nubosidad del cielo, los tonos claros de las huertas y lo negro del propio río.

Cobertura de las Regiones Montañosas

LA MANIOBRA

T. Coronel de Infantería, del S. de E. M., JOAQUIN AGULLA JIMENEZ CORONADO

LA cobertura, como defensiva que es en principio, debe ser eminentemente maniobrada, si se pretende que sea eficaz. El terreno de montaña, por otra parte, solicita menos tropas para su guardia, si se explotan inteligentemente sus aptitudes defensivas, lo cual permite economizar fuerzas para mantener una reserva que podrá y deberá actuar con espíritu netamente ofensivo. Para que esta reserva pueda tener libertad de acción, en grado suficiente para ejercer estas acciones, o mejor reacciones ofensivas, es de todo punto indispensable que se encuentre desprovista de toda preocupación de las posibles ofensas del enemigo sobre sus flancos y retaguardia, que aun verificadas con pequeños efectivos son de gran importancia moral y táctica, y que, por otra parte, constituyen el modo normal de actuar en la montaña, en la cual se pueden desarrollar con plena facilidad por tropas aptas y acostumbradas a obtener del terreno y de las condiciones atmosféricas, niebla, lluvia o nieve, las ventajas de enmascaramiento y ocultación que permiten. Por ello es indispensable garantizar determinados puntos del terreno que constituyan verdaderos pilares de maniobra, en los que ésta ha de apoyarse.

De estas consideraciones de doble signo deduciremos que las acciones ofensivas de corto radio y objetivo limitado — en las que el golpe de mano es un ejercicio normal y cotidiano —, estas acciones que, como decimos, son a evitar y de temer por las reservas tácticas de la cobertura, son precisamente su modo de obrar para detener y limitar al enemigo u hostigar su retaguardia con infiltraciones ágiles y audaces, aprovechándose de su perfecto conocimiento del terreno y provocar un estado de alarma constante

que le obligue a la adopción de medidas de seguridad próxima y lejana que no tiene otro objeto que fatigarle, retardar su progresión, desgastarle y obligarle a mostrar sus fuerzas o a embeber más tropas en línea, restándole masa de maniobra y, por tanto, capacidad ofensiva; son fines inmediatos que dan como resultante ganar tiempo y espacio, en beneficio de nuestra concentración y movimientos, fin mediato de tal cobertura.

Claro está que estos puntos fuertes de que hemos hablado como pilares de la defensa, no siempre están en poder de la nación interesada en su posesión, ya que las fronteras políticas no se ajustan en todo a las necesidades tácticas, y es normal que al estudiarse en plena paz la cobertura de la frontera, haya de contarse con la ocupación de puntos situados en territorio enemigo que, por su carácter de observatorios de determinada zona o sector, deben ser arrebatados al enemigo en el momento preciso y conveniente, anticipándose a su acción.

Tal ocurriría en nuestra frontera del Pirineo con el puerto de Ibañeta, portillo del Roncesvalles, que estando políticamente en nuestro poder, y siendo nuestros asimismo los altos de Lixdur y Bentartea, que dominando aquél sería del máximo interés para Francia llevar a ellos su cobertura, apoderándose de los mismos, como avanzada de su defensa del importante nudo de comunicaciones de San Juan de Pie de Puerto, amenazado por nuestra posición adelantada en el valle de Valcarlos.

Por lo que a la parte española se refiere, si se trata de asegurar el dominio de la cuenca del Bidasoa, sería preciso apoderarse de las alturas de la divisoria Nivelle- Bidasoa, constituida por Peña Plata, Larrún

y Punta de Santa Ana, estas últimas en territorio francés, haciéndolo en golpe decidido y audaz, por fracciones destacadas de la cobertura.

Así, pues, para el establecimiento del plan de maniobra de dicha cobertura es preciso verificar con anticipación el estudio de los puntos del terreno que son pilares de la maniobra misma, para ocuparlos con la anticipación suficiente, tanto estén enclavados en territorio propio como en el del supuesto enemigo. Esto da lugar a una serie de operaciones preparatorias o preliminares que constituyen realmente la primera fase de la idea de maniobra.

Ocupados tales puntos, la acción de la cobertura no se limita a adoptar una actitud pasiva, de espera de los acontecimientos, una situación de inmovilidad, conformándose con el espacio adquirido en esa primera fase de audacia o de prevención, y con el tiempo que el enemigo por sí mismo pueda concedernos en virtud del proceso más o menos lento de su propia movilización. Por el contrario, el papel de la cobertura en esta fase ha de ser activo, activísimo; primero, porque en ella las necesidades de información se encuentran en ese período agudo y crítico con el que da comienzo la información de contacto, y porque el Mando siente en estos momentos decisivos una mayor necesidad de saber.

Las incursiones en terreno enemigo, la captura de prisioneros, la busca de informes o indicios, son en esta segunda fase una de las misiones de la cobertura. Las acciones ofensivas de corto radio y con objetivo limitado; las rápidas agresiones verificadas por fracciones no muy grandes, pero sí muy móviles; todo lo que tiende a poner en tensión los nervios del enemigo y a hacerle cauto y prudente, es misión de la cobertura también en esta segunda fase de la maniobra, cuya duración viene determinada por el fin de la concentración de uno u otro Ejército y el paso a la ofensiva de uno de ellos.

Cuando es el enemigo el que logra reunir antes sus medios de acción y consigue por ello tomar la iniciativa de las operaciones, entonces da comienzo la tercera fase de la maniobra de cobertura, que se convierte en una maniobra de retirada, con todas sus características.

Esta maniobra, sumamente delicada siempre, lo es aún más en montaña. Es sabido que la dificultad principal de la maniobra retardatriz radica en la decisión del Mando sobre el momento oportuno de emprender el repliegue. Si esta operación se efectúa antes de haber podido obtener del terreno y de las armas todas las ventajas y el rendimiento de que son capaces, entonces se ha malogrado uno de los fines de tal maniobra y, gráficamente hablando, pudiéramos decir: "Se pudo retardar más y no se retardó; hemos perdido tiempo." Si la acción de repliegue se verifica después de que el enemigo ha logrado empeñarnos en combate, se está obligado a continuar éste, con el riesgo fatal de que termine en la destrucción de las propias fuerzas. En la adecuada dosificación

de la cantidad de fuerzas a empeñar; en el empleo cuidado y meticoloso de los fuegos; en la elección de los puntos a defender y misiones-término de cada uno y en la oportuna ruptura del contacto, está, pues, la dificultad y el éxito de esta maniobra retardatriz.

Sentada en un principio la idea de que la cobertura debía "retardar sin gastarse", el primer medio para lograr tal retardo estriba en obligar al enemigo a desplegar, a montar el ataque en fuerza y a avanzar bajo el fuego de su artillería, tomándole bajo el propio a la mayor distancia posible, explotando al límite los alcances y tratando de establecer una cortina de fuegos lo más continua posible.

Dice el General Bobbio en su interesante obra "La batalla en montaña": "En el interés de la defensa está el saberse atraer al enemigo a atacar donde ella quiere, el saberlo conducir a la red ya tensa, por decirlo así; obligarle a chocar con sus puntos más fuertes y a dejar el valle para subir a la montaña; mas para ello es preciso moverse, maniobrar, mantener el contacto, hostigar al enemigo, desviarlo y no esperarlo a pie firme o limitándose a un radio de movimientos tímidos y restringidos alrededor de las posiciones ocupadas."

En esta acción de defensiva dinámica, "nerviosamente dinámica", combinada con una oportuna ruptura del contacto, está el mecanismo de esta tercera fase de la cobertura. Fase para la cual la montaña ofrece todas sus posibilidades inmensas a unas tropas ágiles, maniobreras, conocedoras del terreno y duras, características que, cayendo en su índole moral y física dentro de las específicas de nuestro soldado, nos ofrecen un inmenso campo de posibilidades, a poco que seamos ejercitados en esta especial modalidad combativa.

Concebida la idea de maniobra, esta su tercera fase o de acción retardatriz debe ser materializada en forma tal que guarde las vías de comunicación importantes, orientando hacia ellas la mayor cantidad de fuerzas y reforzándolas mediante el empleo de fortificación escalonada en profundidad. Mas en este aspecto debemos hacer algunas consideraciones.

Siempre en montaña, con mayor razón en la actualidad después de las recientes lecciones que nos proporcionan las informaciones aún incompletas de la ruptura de las líneas defensivas montañosas, la fortificación permanente tenía un valor solamente relativo. Es de tener en cuenta, en primer lugar, que las obras de fortificación permanente en países o regiones montañosas son de un gasto considerablemente elevado, así como de una construcción excesivamente lenta, tanto por la calidad del suelo y subsuelo como por el tiempo hábil para su realización. Normalmente no se pueden contar más de ocho meses del año hábiles para trabajos en alturas inferiores a los mil quinientos metros y no más de seis por encima de los dos mil. La temperatura por debajo de cero grados impide el fraguado del cemento y obliga en muchos casos a la paralización de las obras, aun en las

épocas de otoño. Otro tanto sucede, en punto a carencia y tiempo, con la construcción de vías de comunicación, sean carreteras, pistas, ferrocarril de vía estrecha, teleférico, etc. Ello obliga a la construcción de determinadas obras solamente en tiempo de paz, según un programa establecido por orden de urgencia, que se completa con las obras efectuadas desde el momento de la ruptura de las hostilidades.

El criterio general de empleo seguido en los países de fronteras montañosas (Francia, Italia, Austria, Alemania, Rusia) es el de reductos, que barrean las líneas de comunicación, cuya conservación es de importancia capital, a los que se unen campos atrincherados situados en los puntos de convergencia de los valles o en los nudos de comunicaciones por los que se han de efectuar los movimientos de las tropas y los abastecimientos y evacuaciones.

Su organización consiste, en general, en posiciones artilladas establecidas de manera que batan de flanco los caminos o vías férreas que se trata de prohibir, ocupando, en principio, posiciones muy poco elevadas con relación a los objetivos, persiguiendo la igualdad o estabilidad de las condiciones atmosféricas y climatológicas, máximo de fuegos rasantes, disminución de ángulos muertos y posibilidad de establecer o ejercer la vigilancia aun con niebla, lluvia o durante la noche. Estos reductos pueden estar combinados con dispositivos de minas permanentes, destinados a cortar las vías de comunicación, haciendo imposible, o dificultando, la reparación de la destrucción al tomarla bajo el fuego de la artillería de la defensa.

... Pero estos reductos, verdaderos órganos de detención del ataque, por las condiciones antedichas de su situación, se encontrarán normalmente dominados por mesetas, crestas o posiciones, desde las que el enemigo podría lanzar su acción sobre ellos o escapar a la acción de la artillería; por lo cual será necesario establecer en dichas posiciones puestos de seguridad lo bastante elevados para dominar y batir los asentamientos eventuales de la artillería contraria y proteger a los reductos de detención. Y, por último, para que a su vez estos puestos de seguridad no caigan bajo la acción de los fuegos de pequeñas fracciones de infantería que se hayan podido infiltrar y situarse sobre crestas vecinas y dominantes, se hace preciso establecer en ellas destacamentos o patrullas de vigilancia, organizados lo más sólidamente posible y abastecidos en víveres y municiones para darles una suficiente autonomía.

La misma concatenación del razonamiento que hemos establecido para describir el esquema de organización defensiva nos habla de su vulnerabilidad, de su fragilidad y de la influencia recíproca que tienen entre sí los diferentes puestos o posiciones, de tal manera que una defectuosa ocupación, una debilidad en cualquier punto, una caída cualquiera de las organizaciones puede provocar la caída de todo el sistema. He aquí por qué decíamos que la fortificación permanente no tiene en montaña sino un valor relativo, y, por lo menos, no se puede dar a ella ese carácter masivo de las organizaciones de las grandes líneas de la Historia. Esto es lo que vuelve a confirmar la necesidad de la movilidad, que hace decir al Teniente Co-



ronel Abadie, especialista francés de tropas alpinas: "La movilidad puede asegurar a nuestra artillería una protección más eficaz que la coraza", y para ello preconiza el empleo de numerosos puestos sumariamente organizados, enmascarados, ocultos y dispuestos a lo largo de las vías de automóviles y caminos carreteros practicables a la tracción por autoorugas. Con esta concepción, la masa de artillería quedará situada en los valles, no manteniéndose en las crestas o elevaciones sino los observatorios y los materiales ligeros de 65, 75 y 105; beneficiándose de las condiciones que la montaña les presta en punto al gran efecto moral de su empleo, aumento de los alcances, mejores condiciones de defensa antiaérea, etc.

Como ejemplo de este concepto de organización defensiva, citaremos el de la frontera francesa de los Alpes, al que ya hemos hecho referencia en otra parte anterior de este artículo. En ella se sitúa una cobertura apoyada en las fortificaciones permanentes fronterizas, que barrean las seis carreteras o ferrocarril; las del Petit-Saint-Bernard, Monte-Cenis, Monte-Genèvre, Larche, Tende, y la del litoral, y que guardan los centros de reunión de Albertville (en la confluencia de los valles del Arly e Isère), de Briançon (importante nudo de comunicaciones al pie del camino del Monte-Genèvre) y los de Tournoux y Niza: el primero, en la confluencia de los valles de Ubay y del Durance, y el segundo, en la depresión meridional de los Alpes. Estos centros de reunión se encuentran, a su vez, organizados, formando verdaderos campos atrincherados.

A retaguardia de ellos, y a una jornada de distancia se encuentra el centro de operaciones de Grenoble — residencia de la Escuela de Cazadores Alpinos —, y más a retaguardia, en posición central a dos jornadas, el importante nudo de comunicaciones de Lyon, en el valle del Ródano, sobre una carretera transversal que a lo largo de este río llega al puerto de Marsella.

Claramente se ve en este caso que la cortina de cobertura propiamente dicha se avanza hasta la línea fronteriza y está constituida por las tropas establecidas desde tiempo de paz "a pie de obra", y esto de una manera tan absolutamente literal, que en Grenoble mismo se halla el hogar y la casona que imprime el aliento y el espíritu a estas tropas organizadas en todos los países con una característica especial, con un algo de espíritu de cuerpo que es consustancial con su función. Al amparo de ella se reúnen las grandes Unidades en los puntos ya citados y que son característicos para la situación de las reservas de sector, quedando más a retaguardia el punto-base de operaciones, situación de la reserva estratégica, que, completando el sistema defensivo, permite la concentración de la masa de maniobra en lugar conveniente a la decisión sobre el punto elegido y sobre la dirección prevista por el Mando en su concepción de esta batalla con que se da principio a la guerra.

Resumiendo lo expuesto, podemos decir:

La cobertura es una defensiva maniobrada que se integra de tres fases:

- una preparatoria, de ocupación de los puntos claves de la maniobra, que se obtiene pacíficamente o por la fuerza de las armas, según caigan o no dentro del territorio nacional. Es de ejecución prevista y está organizada, preparada y concebida desde tiempo de paz, traduciéndose en la práctica por los clásicos incidentes fronterizos que suelen preceder a la declaración de guerra;
- una fase de hostigamiento e información, caracterizada por incursiones, golpes de mano y acciones de corto radio;
- una fase de acción retardatriz, en que, apoyado en los puntos fuertes previstos, se trata de guardar los accesos a los puntos de reunión y nudos de comunicación. Se integra por reacciones ofensivas sobre los flancos y retaguardia, resistencias más o menos tenaces según las posibilidades de cada posición y rupturas bruscas y ágiles del contacto.

* * *

Todo ello requiere un perfecto conocimiento del terreno de la acción y una sólida instrucción de las tropas, que debe verificarse en todas las estaciones del año. Esta instrucción no se puede desarrollar, en modo alguno, en los cuarteles o acantonamientos normales como método exclusivo, pues además del conocimiento del terreno, en que tanto hemos insistido, es preciso crear ese complejo que precisa el soldado de montaña, el "alpino" de Francia e Italia, que con recia tradición militar pudiéramos seguir llamando nosotros "cazador", complejo de fortaleza física y moral que no se crea ni mantiene de otro modo que con el ejercicio diario y sobre el terreno de su acción.

Como ejemplo que pone de manifiesto la importancia que tiene esta instrucción y de la atención que es preciso dedicarle, citaré solamente algunas de las ascensiones verificadas en la campaña de verano de 1939 — última campaña de paz en la preguerra — por las tropas alpinas italianas y según datos oficiales:

- escalada de la Roca del Beucher (3.286 m.) por la 28.^a y 30.^a Compañía del Batallón "Fenes-trelle";
- escalada del Pierre Menue (3.505 m.) por la 31.^a y 32.^a Compañías del Batallón "Esilles" y la 34.^a del Batallón "Susa";
- paso del col de las Hironnelles (3.484 m.) por la Compañía de Plana Mayor del Batallón "Ivrea", al completo de morteros de 81;

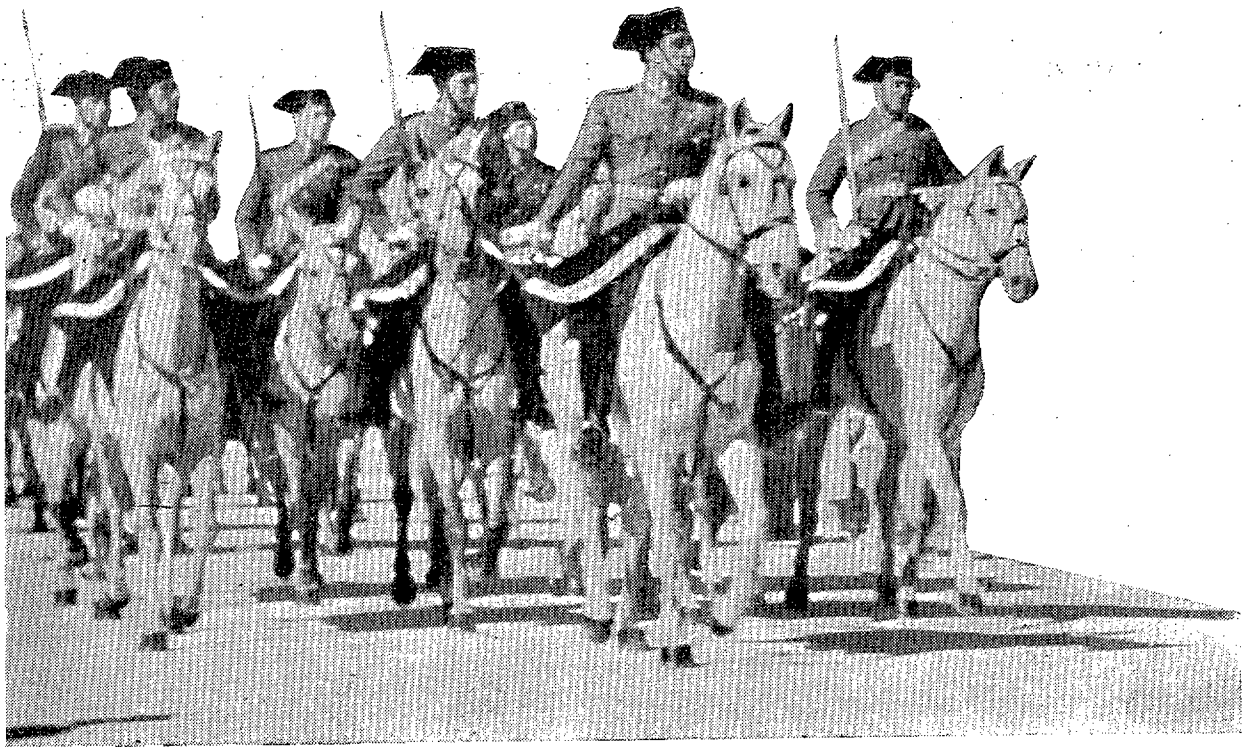


- paso del Madricio (3.123 m.) por la 19.^a Batería del grupo "Vicenza", al completo de personal y material y ganado (204 de tropa y 65 mulos);
- travesía del Coll Perdido, por la cornisa de hielo, por una patrulla de la 37.^a Compañía, compuesta por un Oficial y siete alpinos, con su armamento individual, una ametralladora Fiat y un fusil ametrallador;
- escalada del monte Cenin (2.585 m.), transportando a la espalda dos piezas de 75,13 de la Batería "Udine".

De que estas prácticas y escaladas no son otra cosa que juegos de hombres y escuela de energía, virilidad

y formación militar, dará idea el hecho de que en la citada campaña de verano cayeron en el cumplimiento de su deber, en distintos accidentes, un Oficial, un Subteniente y tres soldados.

Esta y no otra debe ser la dura actividad de las tropas de montaña en su preparación para la guerra. En ella se adquieren las experiencias técnicas, las dotes morales, físicas y militares indispensables, así como el tan repetido conocimiento del terreno, que si en montaña parece fácil de conseguir rápidamente, como consecuencia de los amplios horizontes que se ofrecen a los observatorios, es en la realidad difícil de conseguir con seguridad, pues la montaña, según frase vulgar, se conoce mejor con los pies que con los ojos.



ANTE EL CENTENARIO DE UNA INSTITUCIÓN ESPAÑOLA

Capitán de la Guardia Civil JOSÉ ARMESTO ANTA, de la 313 Comandancia.

EL día 28 de marzo de 1944 cumple su primer centenario una institución castrense, netamente española, que por haber servido de modelo a otras varias de Hispanoamérica, llevó a ellas — junto con las misiones desde allí solicitadas — el aliento, el calor y el sentir patrio, contribuyendo así, de eficaz manera, al acercamiento espiritual que en la Hispanidad se condensa.

Aunque sólo fuera por esta faceta de su gloriosa historia, que hubo de lograrse como consecuencia lógica del gran prestigio en poco tiempo conquistado por el nuevo Cuerpo, creemos ineludible detenernos ante este centenario que ahora cumple, si no para ofrecer a nuestros lectores un erudito estudio histórico sobre la Guardia Civil española (porque ello ni podría sintetizarse en un artículo, ni creemos tampoco quepa en nuestras posibilidades), al menos para glosar su instauración con el pretencioso anhelo de rendir homenaje a los heroicos Caídos del Instituto y a su insigne fundador, el Mariscal de Campo D. Francisco Javier Jirón Ezpeleta, Duque de Ahumada.

A ellos dedicamos humildemente este trabajo. Obligado recuerdo en fecha tan memorable. Y con nuestro recuerdo emocionado, una oración por su eterno descanso.

ESPAÑA A COMIENZOS DE 1844

Todavía el sentir tradicional español oponía resistencia a las modernas concepciones enciclopedistas, hijas de la Revolución francesa, que a toda costa querían suplantarlo. Estas nuevas ideas dejaron sin freno a las pasiones, facilitando todavía más los excesos que ya la gente maleante venía cometiendo desde hacía tiempo, con lo cual aumentó considerablemente la delincuencia. Sin hipérbole, puede decirse que ni en las villas ni en los campos existía tranquilidad alguna. Era el principio de aquel liberalísimo político, manejado por las sociedades secretas, que al influir luego en la economía nacional, bien pronto traería, como corolario trágico, la cruenta lucha de clases que hasta ahora padecemos.

El orden público, la seguridad personal y el respeto a la propiedad reclamaban un inmediato auxilio; pues si bien el Ejército constituía, como siempre, el valladar seguro ante el cual se estrellaban los enemigos de España, tanto interiores como exteriores, no es menos cierto que la frecuencia lamentable con que los acontecimientos se sucedían le originaba un desgaste moral que, a veces, hacía resentir las di-

ciplina. Debido a ello, el Ejército miraba cada vez con más desvío el enojoso servicio de policía en que tan a menudo se le empleaba, por considerarlo, naturalmente, como una obligación pasajera, ajena a su especial cometido.

Se hacía necesario, pues, crear una fuerza especializada, con el noble y alto designio de proteger a las personas, velar por la seguridad de las propiedades y garantizar el libre ejercicio de los derechos y de las instituciones, haciendo abortar, con previsión sagaz, cualquier maniobra delictiva, o bien reprimiendo, con arreglo a unos preceptos reglamentarios, las alteraciones ya producidas, a fin de llevar a campos y ciudades la anhelada tranquilidad.

Empeño éste difícil, que obligaría a imprimir al nuevo Instituto un imprescindible carácter castrense, una moralidad a toda prueba y una sólida disciplina militar, no obstante ser puramente civiles los cometidos que de momento habrían de asignársele.

ANTECEDENTES

El antecedente más remoto de la Guardia civil aparece a principios del siglo XI, merced a la influencia que por el triunfo de Calatañazor ejercía entonces Don Sancho de Castilla, "el de los buenos fueros", los cuales permitieron la creación de unas agrupaciones de defensa, llamadas *Hermandades*, primero dedicadas a robustecer el poder real y cortar los abusos de los nobles, y luego, a la persecución de malhechores propiamente dichos.

La identidad de funciones de unas y otras hermandades hizo que posteriormente se uniesen varias, con lo cual aumentaron en fama y prestigio, hasta el extremo de merecer la gran hermandad, así unificada, el antenombre de *Santa*, que hubo de otorgarle el Papa Celestino V.

Sin embargo, tanto ésta como las otras hermandades que aparte de ella existían en algunos puntos, llegan a tanto decaídas al iniciarse la Edad Moderna, y por ello los Reyes Católicos, comprendiendo la necesidad de robustecerlas, acometen en firme su reorganización, dándoles tal brío y pujanza que no tardaron mucho tiempo en limpiar casi por completo el reino de malhechores. Pero como esta circunstancia vino a coincidir, poco más o menos, con la terminación de la época Reconquista, creyóse entonces erróneamente que procedía reducir las y darles un carácter local.

Huelga decir que al perder el mando centralizado militar, que hasta entonces tuvieron, bien pronto decayó su fuerza moral y su prestigio, llevando una vida lánguida, hasta que acabaron por disolverse totalmente a comienzos del siglo XIX.

Mas no fueron las hermandades las únicas instituciones de seguridad pública que hubo en España hasta la creación de la Guardia Civil. Casi todas las regiones contaron con otros Cuerpos, de los que merecen consignarse los *Guardas del Reino*, en Aragón; *Caudillatos*, en Galicia; *Miñones*, en Valencia, Alava y Vizcaya; *Migueletes*, en Guipúzcoa; *Mozos de escuadra* (en torno a los cuales actuaban los *Somatenes*), en Cataluña; *Escopeteros*, en Andalucía, y varias *Compañías sueltas* en distintas comarcas, aparte de las *Milicias urbanas*, que luego pasaron a formar la llamada *Milicia Nacional*, aunque su cometido siguió siendo urbano.

Sería injusto regatear aquí los excelentes servicios prestados por dichos Cuerpos; pero tampoco podemos omitir, en honor a la verdad, que, pese a todas sus abnegaciones y sacri-

ficios, no pudieron llenar nunca el cada vez mayor vacío existente, porque carecían en sus relaciones mutuas de aquella unidad orgánica y de mando militar que el servicio patrio requería para el logro de la común misión a unos y otros asignada.

Para llenar ese vacío, el General Marqués de las Amarillas, que en 1820 desempeñaba el Ministerio de la Guerra, presentó entonces el bien estudiado proyecto de constituir las *Salvaguardias Nacionales*, Cuerpo de perfiles ya casi paralelos a los de la Guardia Civil. Mas las Cortes desecharon la idea por "atentadora a la libertad". Hemos de confesar, no obstante, que de la detenida lectura del proyecto no pudimos deducir en qué consistía tal atentado, ya que precisamente, al cortarse de raíz el libertinaje destructor se daba seguridad a todos para obrar con esa libertad consciente, creadora de trabajo, de riqueza, de Patria.

Al no haberse podido establecer el Cuerpo de Salvaguardias Nacionales, puede decirse que hasta veinticuatro años más tarde, en que aparece el Decreto fundacional de la Guardia Civil, nada positivo se hizo en lo tocante a organizar esa fuerza, de carácter verdaderamente nacional, civil en su servicio, pero militar en su espíritu.

EL DECRETO FUNDACIONAL

El Gabinete que el 28 de marzo de 1844 presidía González Bravo sometió entonces a la regia consideración de Doña Isabel II un proyecto de Decreto, por el cual se creaba la Guardia Civil. En su preámbulo, el Gobierno exponía a Su Majestad las sobradas razones a que ya nos hemos referido cuando sintetizamos la situación de España en aquel momento histórico. Obtenida la firma regia, bien pronto hubo de apreciarse la necesidad de nombrar a quien por sus probadas virtudes militares, por su juventud entusiasta y por sus grandes dotes de organizador, pudiera acometer la ardua tarea de llevar a la práctica la idea del Gobierno. Y como ninguno era más indicado para ello que el Duque de Ahumada, él fué nombrado "Director de la organización de la Guardia Civil" con fecha 15 de abril siguiente; pues aparte de poseer aquel entusiasmo y aquellas virtudes y dotes personales, unía la singularísima cualidad de haber sido eficaz colaborador de su padre (fallecido hacia dos años), quien, como ya antes expusimos, elevara en 1820 el magno proyecto de Salvaguardias Nacionales.

Desagrado al Duque de Ahumada tal nombramiento, por estimar, muy acertadamente, que el Decreto de creación, al adolecer, como adolecía, de algunos defectos, no iba a poder constituir la adecuada piedra fundamental del nuevo Instituto, si es que éste había de responder a las apremiantes necesidades patrias. Y con un gesto de noble lealtad se apresuró a exponer al Gobierno los reparos que estimaba debían corregirse. Uno de ellos se refería a los mezquinos haberes asignados, no obstante reconocerse en el preámbulo del Decreto que "si en todos casos el bien común y la moral se interesan en la alta retribución y en el exacto pago de los empleados públicos, con mayor motivo es aplicable esta verdad, que la razón dicta y la experiencia confirma, a unos agentes que desempeñan el servicio con cierta independencia de la autoridad superior; que llegan a ser, en ocasiones, depositarios de secretos importantes, y que se ven expuestos frecuentemente a los tiros del resentimiento o lisonjeados tal vez por los halagos de la corrupción".

Defecto de que también adolecía el Decreto de 28 de marzo fué el no dotar al Instituto, permanentemente, de un

Jefe supremo que coordinase la parte militar del Cuerpo con la civil de su peculiar servicio, pues el Director nombrado lo era tan sólo para la fase organizadora.

Otra falta se apreciaba en el aludido Decreto: el atribuir a las autoridades civiles de las provincias la facultad de otorgar ascensos a las clases de tropa.

Unas y otras deficiencias fueron subsanadas en el Decreto de 13 de mayo de 1844, refrendado ahora por el General Narváez, que a la sazón ocupaba el poder. Tal Decreto es el que, en realidad, debe considerarse como el constitutivo de la Guardia Civil, pues en él se establece ya claramente la dependencia de Guerra y la de Gobernación, quedan los ascensos sometidos a un reglamento y se crea el indispensable organismo central de inspección y mando, a cargo de un General del Ejército. En virtud de dicho Decreto, se organizan paulatinamente 14 Tercios, con un total de 5.769 hombres.

LA CIRCULAR BASICA

Por fin se organiza el Cuerpo. Pero lo delicado y complejo de las misiones a él encomendadas, por una parte, y por otra el tener que realizar estas misiones en la crítica situación que España atravesaba entonces, hacían imprescindible sentar una base firme, una norma sabia, rígida e inmutable que, sin perjuicio de las naturales evoluciones que el Cuerpo pudiera experimentar luego, le imprimiese un sello, un espíritu, una fortaleza moral sólida e indestructible. Ello habría de lograrlo una Circular que, aunque cronológicamente no fué la primera, sin embargo, estudiada desde la cumbre de este Centenario, constituye indiscutiblemente el documento vital cuya necesidad se patentizaba. Nos referimos a la Circular que sirvió de base para la redacción de la primitiva "Cartilla del Guardia Civil".

Sus esquemáticos preceptos todo lo prevén: adiestramiento en redactar partes e instruir atestados; exactísimo conocimiento del país encargado de vigilar y de las personas de malos antecedentes o desconocido modo de vivir; fomento del compañerismo; prohibición de reunirse con malas compañías y de entregarse a diversiones impropias de la gravedad y mesura del Cuerpo; constante policía y, sobre todo, moralidad. "Las cualidades morales del Guardia Civil—comienza diciendo—deben ser una de las principales atenciones de la Oficialidad." Porque "el Guardia Civil sin moralidad — añade luego — no puede granjearse la estimación pública". ¡La estimación pública! Esta fué la obsesión del Duque de Ahumada. Cuatro veces aparece consignada en la breve Circular que glosamos. Una de ellas dispone que los Guardias Civiles "deben atemperar el rigor de sus funciones con la buena crianza, siempre conciliable con ella; de este modo se granjearán la estimación y consideración públicas". (Para

conseguir esta ponderación de funciones da una norma precisa: "Los Guardias Civiles deben ser prudentes sin debilidad, firmes sin violencia y políticos sin baja") Poco después insiste: "Las vejaciones, los malos modos y la grosera altanería deben ser reprobados como poco a propósito para granjearse el aprecio público." Y al hablar del buen porte y esmerada policía, termina afirmando: "Esto contribuirá, en gran manera, a granjearle la consideración pública, cuya circunstancia nunca debe perder de vista."

EPILOGO

La primera Hermandad que los Reyes Católicos reorganizaron mereció el calificativo de Santa por los saludables efectos que produjo con su benéfica y tenaz labor en pro del respeto a las Leyes. Por esto mismo precisamente, y por los humanitarios servicios que continuamente presta, decir *la Benemérita* fué, desde hace mucho tiempo, elocuente sinónimo de *la Guardia Civil*, porque al beneficiar con su protección y amparo a las gentes honradas y perseguir sin descanso, aunque humanamente, a los delincuentes, no sólo conquistó la consideración de aquéllos, como el Duque de Ahumada pretendía, sino que además mereció — y a mucha honra — el odio de éstos, que tantas veces y por tantos medios, ciertamente, han tratado de vilipendiarla, presentando a la consideración pública como despiadados y abusivos los actos que ejecuta en el cumplimiento de su deber. Pero de tan graves calumnias y difíciles trances salió siempre ileso el buen nombre del Cuerpo, que continúa y continuará siendo la garantía más firme del orden y del respeto a las personas y a la propiedad.



Un tipo de las milicias urbanas que precedieron a la Guardia Civil.—De la colección de tipos militares del dibujante Urbez.

Convojes de socorro

Capitán de Infantería JOSE M.^a RAMOS RIPOLL, de la D. E. V.

"... dispuse saliese por la noche una columna pequeña de voluntarios que, llevando víveres, municiones y cámillas, con una maniobra audaz, atravesase las líneas enemigas, llegase a Estrecho de Quinto y, a la noche siguiente, unida a la guarnición, repitiese la operación en sentido inverso y regresase a Huesca; la operación tuvo lugar con completo éxito, relativamente pocas bajas y trayéndose heridos y enfermos."

GENERAL PONTE: *Cuando Aragón era yunque...*
Revista EJÉRCITO, número 2.

EXISTEN en la guerra situaciones y casos especiales que, por perfecto y amplio que sea un Reglamento Táctico, habrá dejado de prever, o bien las enseñanzas normativas a aplicar en los mismos se hallarán diluidas en su articulado originando el grave riesgo de entorpecer la aplicación de alguna de ellas, que, de encontrarse recopiladas en un capítulo con su epígrafe correspondiente, facilitaría extraordinariamente el recuerdo y su aplicación consiguiente.

A este género de situaciones y casos especiales pertenecen los convojes de socorro de que me voy a ocupar, y para deducir en este estudio enseñanzas de nuestra guerra de Liberación, lo terminaré con el relato de uno en el que tomé parte, y al que se refirió el General Ponte en la cita que recojo al principio de este trabajo.

Los convojes de socorro no se encuentran reglamentados; pero, no obstante, existen muchos preceptos diseminados por los que se pueden regir e incluso podríamos considerarlos como un caso particular de un golpe de mano.

En efecto: observamos que un convoy de socorro tiene gran analogía con un golpe de mano (sin preparación artillera, desde luego), siendo de aplicación para aquéllos lo reglamentado para éstos en los números 681 y siguientes de nuestro Reglamento Táctico de Infantería en lo referente a su preparación minuciosa, secreto y sigilo, detenido estudio del terreno, elección del punto preciso y de itinerarios, de la hora en que la vigilancia del enemigo decrece y del Jefe que es necesario reúna las condiciones establecidas en el número 686. Sin embargo, difieren notablemente en cuanto a su finalidad y medios de acción, pues mientras "el fin de un golpe de mano es apoderarse de algún punto

determinado del terreno, ocupado o no por el adversario, destruir algún obstáculo u obra contraria, o adquirir informes mediante la captura de algún puesto enemigo", todo ello mediante *ataques*, la finalidad de un convoy de socorro será la de *transportar elementos de guerra* (víveres, municiones, material sanitario, órdenes, refuerzo o relevo en hombres, y hasta en ocasiones solamente la moral suficiente para elevar la de la guarnición) a posiciones propias que se encuentren cercadas por el enemigo o cuyas comunicaciones se hallen seriamente amenazadas o sencillamente difíciles, valiéndose para ello de una infiltración hábil y, en todo caso, *eludiendo el combate*.

Asimismo los ejecutantes de un convoy de socorro, por cuanto han de atravesar por la "tierra de nadie", por las proximidades del enemigo e incluso por tierra enemiga, habrán de observar exactamente lo previsto en el número 668 para las patrullas de noche (ya que una infiltración sin combatir tiene que hacerse de noche precisamente), evitando las zonas iluminadas, el paso y detención en las crestas, la precaución en la marcha, no hacer ruido, ni hablar, ni fumar, guardándose, en fin, un sigilo extraordinario que es base fundamental del éxito, aunque veamos de igual forma que entre las patrullas y el convoy existan diferencias tan esenciales en cuanto a su finalidad como en el caso anterior.

Ahora bien: cabrá preguntar si es necesario reglamentar un caso tan raro como este que nos ocupa, y que ciertamente no es presumible abunde en una guerra normal en que la guarnición de los frentes, tanto en ofensiva como en defensiva, aumentan considerablemente en profundidad, ya que éstos vienen a ser como una enmarcación en el terreno de un orden de combate, siguiéndose una extraordinaria dificultad para el logro del éxito de una infiltración que se pretenda no advierta el enemigo. Dificultad que en la defensiva adversaria todavía aumenta más si han de salvarse las defensas accesorias inherentes a esta situación.

Pero la realidad nos viene a demostrar que en toda clase de guerras existen "puntos débiles" que hay que saber encontrar (de ahí que se conceda tanta importancia en cualquier operación al estudio del terreno y "elección del punto preciso").

En último extremo y si una imperiosa necesidad lo exigiera, a más de hallarse el enemigo con una defensiva tan bien organizada que no diera lugar a la existencia de ningún punto débil o que éste no se lograra encontrar, cabría conjugar el convoy de socorro con un golpe de mano, al objeto de forzar el paso del primero.

Para el estudio de los convoyes tenemos antecedentes en nuestra guerra marroquí con la alimentación periódica de los célebres y heroicos "blocaos" y el relevo de sus guarniciones, si bien la falta de un frente continuo desvirtúa su eficacia para adoptar normas. Asimismo, en nuestra guerra de Liberación se han dado algunos casos a los que, por diversas circunstancias, no se dió publicidad alguna y han pasado, por tanto, inadvertidos.

Y aunque nuestros incomparables sitios del Alcázar de Toledo, Oviedo y Santa María de la Cabeza, por diversas razones (importancia de su guarnición, gran distancia a nuestros frentes, etc.), no admitieran esta clase de convoyes, sin embargo nos han servido para demostrar la insuficiencia de los apoyos aéreos en esta clase de ayuda.

Por otra parte, aun surge otra pregunta: ¿Será conveniente, en ocasiones, alimentar y sostener una fracción aislada e incluso reforzar lo suficiente esta fracción, al objeto de tomar seguidamente como base de partida el terreno que ocupa en una acción combinada con el frente general?

¿Qué otra cosa ha sido, en definitiva, la intervención de un grupo de asalto en la toma del fuerte Eben Emmael, de Lieja, en la actual guerra, descrita ya en esta Revista, sino un ataque conjunto "desde su propia casa", si bien los medios para infiltrarse fueran distintos (descenso en paracaídas)?

En el caso del Estrecho de Quinto también era deseable, como explicaré luego, aunque otras circunstancias no lo aconsejaban o permitieran.

Es más: la propugnación que en la guerra actual se hace de las audaces y profundas cuñas, con despreocupación de los flancos, puede dar (si el enemigo reacciona a tiempo) la resultante de una Unidad o fracción de tropas, con sus comunicaciones cortadas o amenazadas, aumentándose consiguientemente las respuestas afirmativas que puedan darse a la anterior pregunta.

Dejo estas disquisiciones a los capacitados, a quienes corresponde sentar doctrina sobre estas materias, y sigo con el ejemplo anunciado.

CONVOY DE SOCORRO AL ESTRECHO DE QUINTO

Antecedentes y situación general. — En los últimos días de agosto de 1936, un Batallón de Infantería del Regimiento número 20, de guarnición en Huesca, se halla en operaciones de reconocimiento en el sector al este de dicha ciudad, llevando afectas dos piezas de artillería de 15,5 y dos antiaéreas, cuando es envuelta por el enemigo, que le corta su comunicación con Huesca,

por lo que se repliega y se hace fuerte en el Estrecho de Quinto, donde se reúne con el destacamento que se había apoderado de Siétamo y con el elemento civil de este pueblo afecto a nuestra causa, y desde cuya posición mantiene enlace con el Gobierno Militar de Huesca exclusivamente con medios de telegrafía óptica.

El enemigo, muy duro en este sector (por tratarse de anarquistas voluntarios procedentes de Barcelona), intensifica sus ataques tratando de cercar completamente la capital y al mismo tiempo intenta eliminar la resistencia de la posición sitiada (que le dificulta sus operaciones) mediante propaganda dirigida a fomentar deserciones, valiéndose de promesas y de su angustiosa situación, aparte, como es natural, del intenso fuego que realiza sobre la misma. En esta situación transcurren los quince primeros días del mes de septiembre, al cabo de los cuales se inicia una contraofensiva al mando del malogrado Coronel Beorlegui, con la que se logra la conquista de determinados objetivos (Manicomio, Lomas Gemelas, aseguramiento de las comunicaciones de Huesca con la toma y organización defensiva de ciertas posiciones sobre Chimillas, Banastas, Alerre, etc.); pero sin conseguir restablecer la comunicación con las fuerzas sitiadas, por falta de tropas de maniobra, ya que varias Unidades son reclamadas para continuar las operaciones del Norte y que culminan poco después con la toma de San Sebastián.

Las tropas del Estrecho de Quinto se hallan cada día en situación más difícil y en pésimas condiciones por no disponer de edificación alguna (salvo el castillo en ruinas), agotadas por el hambre, sin apenas munición, con heridos sin curar, etc., etc., por lo que el 27 del mismo mes se ordena el paso del convoy.

Objeto. — Elevar la moral de las tropas sitiadas y coadyuvar a su repliegue sobre Huesca.

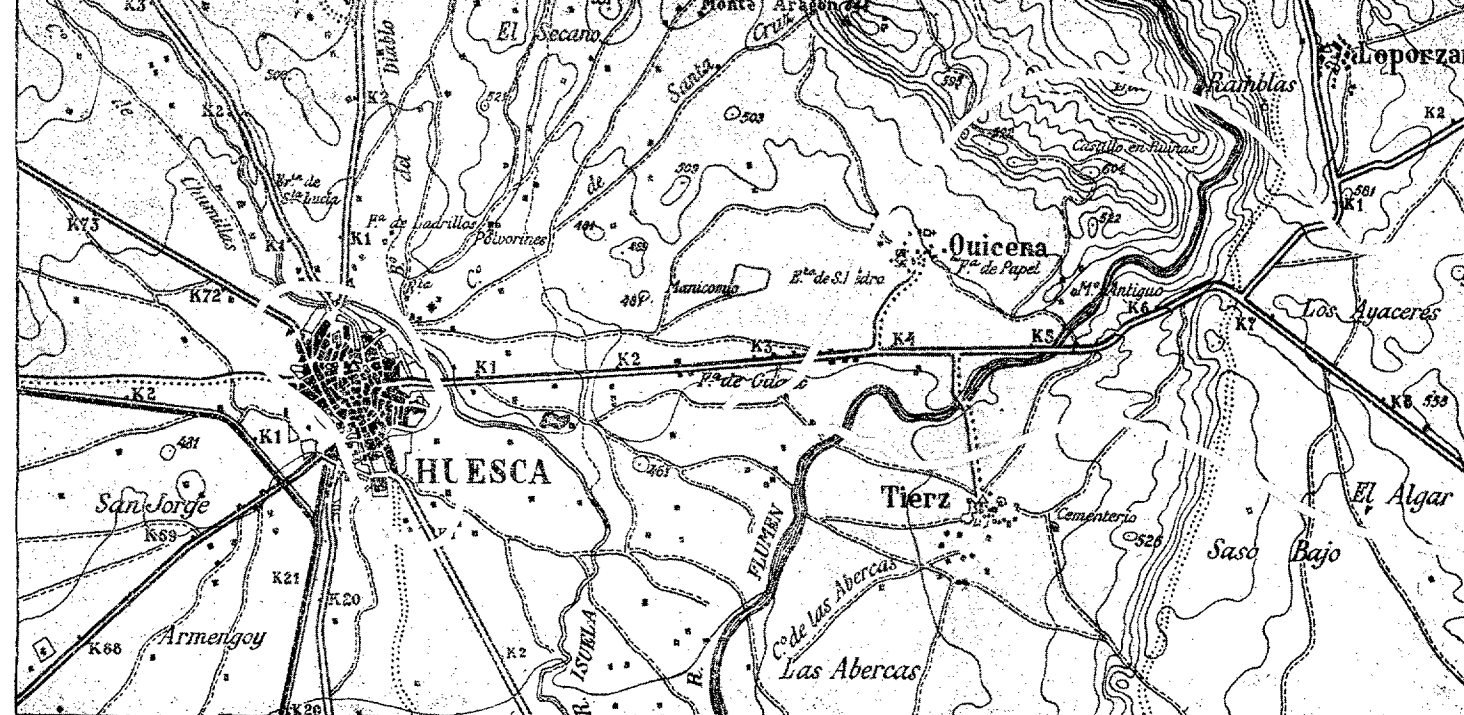
Composición. — Aproximadamente una Sección de fusiles. Se pidieron voluntarios, presentándose muchísimos, entre los cuales se seleccionaron 50 (2 Oficiales, 1 Oficial médico, 3 sargentos, 22 legionarios, 15 falangistas, 7 soldados del Regimiento de Infantería número 20).

Misión. — Atravesar las dos líneas de frente enemigo, infiltrándose entre sus puestos de vigilancia y, rehuyendo el combate, penetrar en la posición sitiada.

Elección de itinerario. — Este y el estudio detenido del terreno se hizo desde un observatorio con ayuda de un voluntario conocedor del terreno y que en la operación sirvió de guía.

Formación. — En hilera sin distancia alguna, con el Jefe en cabeza.

Conducta a seguir caso de ser descubierto. — Se previó el repliegue sobre el Manicomio, apoyado desde éste y desde las Lomas Gemelas. Caso de haber sobrepasado la primera línea enemiga, se marcharía a toda velocidad sobre el Estrecho.



Hora. — Se tuvo que tener en cuenta la fase de la Luna, por ser noches de mucha claridad, esperando a su ocultación, que se verificaba a las 4 horas 30 minutos.

Instrucciones especiales. — Las generales para patrullas de noche, subrayando la necesidad del sigilo y el echarse al suelo si se hacía alto o se escuchaba voz extraña. Se dió santo y seña al convoy y a la posición.

Armamento. — Fusiles individuales, por no disponerse en Huesca de pistolas ametralladoras, que hubiera sido lo ideal.

Equipo. — Ligero, pero con mochila y bolsa de costado, con un peso aproximado de 30 kilos por individuo, en los que se transportaban víveres, municiones, especialmente granadas de mano; tabaco, licores, material sanitario para curas y transporte de heridos, clave y aparatos ópticos.

Ejecución. — La noche del 28 al 29 de septiembre (precisamente cuando se liberaba el Alcázar de Toledo) salió el convoy de Huesca, haciendo estación en el Manicomio, desde donde partió a la hora convenida. Con el mayor sigilo se inició la marcha en la formación prevista, atravesándose la línea enemiga, que cerraba sobre Huesca, por una vaguada que presumíamos se hallaba sin vigilar; se continuó en la misma forma por terreno enemigo, llegando hasta la línea que cercaba el Estrecho de Quinto, que se atravesó igualmente por un punto no vigilado, alcanzando hora y media después de la salida el castillo de Monte Aragón sin haber sido advertidos ni molestados por el enemigo. La distancia recorrida desde el Manicomio hasta el castillo fué de unos cuatro kilómetros. El recibimiento dispen-

sado por la guarnición fué apoteósico e imposible de describir, y la elevación de moral que se pretendía se logró ampliamente.

Repliegue. — A la noche siguiente, sigilosamente, se retiró el servicio avanzado y con el mismo itinerario se inició el repliegue de todas las fuerzas sobre el Manicomio, sirviendo de vanguardia al grueso de las mismas los 50 voluntarios que hicieron penetrar el convoy. Hubo de retrasarse la salida por la fase de la Luna, que dificultó mucho la operación, ya que no existió solución de continuidad en la claridad, pues de la reflejada de la Luna se pasó a la del amanecer, favoreciendo la visibilidad del enemigo, que prontamente se dió cuenta de la maniobra. Esto no obstante, se logró éxito, pues a pesar de las condiciones desfavorables se consiguió con "pocas bajas relativamente y trayéndose heridos y enfermos".

Resultado. — Clave muy importante del éxito fué las cualidades de la tropa: su voluntariedad, decisión, audacia y, sobre todo, DISCIPLINA, a pesar de la heterogeneidad de procedencia de los voluntarios.

El mantenimiento de la posición del Estrecho de Quinto durante el mes de septiembre fué interesantísimo, ya que se dificultaron al enemigo sus movimientos y progresión sobre Huesca por su parte este y dió tiempo al Mando propio para contener el alud enemigo y organizar la defensa de la capital, e incluso de haberse dispuesto de tropas de maniobra, haber adelantado — como se intentó — el frente hasta los montes de Fornillos y lomas del Estrecho, sobre la orilla izquierda del río Flumen, con lo que Huesca se hubiera desahogado y se le hubiera ocultado su "vista" al enemigo.

OBSERVACIONES SOBRE LAS NUEVAS TACTICAS AEREAS

Capitán de Artillería EDUARDO MUNILLA

PARA llegar a conocer la eficacia de cada táctica, es necesario saber las pérdidas que el empleo de cada una proporciona. Las pérdidas aéreas son siempre muy difíciles de controlar. Se dirá que esto ocurre con toda clase de pérdidas de material, sobre todo con las pérdidas navales, que con las aéreas son en las que más interesados están todos los países en desvirtuar. Pero este acontecimiento se agudiza en las aéreas, por ser diarias y de unas dimensiones muy grandes.

Si se quiere saber los barcos hundidos, se puede llegar a su conocimiento, aunque sea con retraso. Bastará examinar el balance de armadores y astilleros, indagar las cantidades pagadas por las sociedades aseguradoras, compulsar las noticias de ambos bandos, saber oír en ciertos discursos lo que no se dice, inspeccionar los registros del Lloyd, etc. Pero ello no es posible en aviación: no hay registros para ella, ni tonelaje, ni compañías aseguradoras de cazas y bombarderos.

Nos tenemos que conformar, evidentemente, con los datos de aviones derribados que nos dan unos y otros contendientes para juzgar de la eficacia de cada una de las tácticas. De estos datos de mi propia experiencia en países beligerantes y de informaciones recogidas en revistas y libros extranjeros, muy especialmente en el interesante libro de René Cornille, titulado *La guerre aérienne*, voy a dar un ligero estudio de las últimas fases de esta guerra aérea, tanto en la defensa como en la ofensa. Prescindiré casi siempre de los números, pues con ellos se puede demostrar todo, y por eso mismo para una persona sensata no demuestran nada.

* * *

En esta guerra se enfrentaron dos tácticas diametralmente opuestas. Por un lado estaba la alemana, preocupada en deshacer un objetivo cuando se lanza sobre él. Fueron los alemanes los que inventaron el "conventryzar". Es la suya una táctica potentísima contra un solo punto. La inglesa diluía su acción, buscando que en sus partes de operaciones aparecieran muchos nombres. Su acción es eminentemente moral, basada como está en una diseminación de esfuerzos. La diferencia de la destrucción alemana y la neutralización inglesa estaba basada en las posibilidades de producción, en la diferencia entre la agrupación de objetivos, en la diferente abundancia de carburantes y en el temperamento de ambos pueblos.

El uno buscó en todo momento la guerra relámpago. Los otros buscaban una acción indefinida y len-

ta. Se alían con el tiempo. Están acostumbrados, pues se lo dicen desde niños: "que pueden perder todas las batallas, excepto la última". He aquí dos temperamentos que se manifiestan muy claramente en la manera de orientar sus guerras aéreas. El uno, basado en la prusiana ofensiva; el otro, en la paciencia británica.

Se han hecho dos comparaciones excelentes de las dos tácticas: la una, la alemana, es el golpe de maza; la otra, la aliada, es el golpe de florete. O bien, remontándose al juego del ajedrez, juego bélico incruento: se compara al uno con la torre, al otro con el caballo.

Al principio de la guerra hay que reconocer que la Luftwaffe, magnífica e insuperable, destruyó totalmente a sus enemigos, por no haber nadie que en cantidad ni en calidad pudiese parangonarse con ella. Merced a su acción, todos abatieron su cerviz hasta llegar a Creta, su epopeya máxima. Después vino en ella un decaimiento que no sé a cuál de las causas siguientes explicar: el gran desgaste en Rusia, problema de industria, problema de combustibles, la creciente producción aérea norteamericana, que no compensasen los vuelos de hostigamiento y bombardeo continuado, los grandes frentes a que atender; quizá todas ellas juntas. Los que venimos del seno de Alemania debemos reconocer que Alemania no manda en el aire. Mas esta pérdida momentánea del dominio aéreo ha conducido a un recrudescimiento de la defensa y a una organización y eficacia de ella difícilmente superables.

Hoy los bombarderos aliados, buscando fines morales más que materiales, conscientes de su táctica de agotamiento, están devolviendo a Alemania las numerosas "conventryzaciones" con que los obsequiaron en los años 40 y 41. Si entonces Inglaterra no pidió gracia, es absurdo pensar que hoy la pueda pedir Alemania. Se puede ver la magnífica resignación de quien contempla sus casas por el suelo; parece que de sus labios brota un ¡No importa!, y al día siguiente, allí o en otro sitio, comienza con su único vestido su trabajo por la Gran Alemania.

No se debe dejar uno asustar por los bombardeos de cada día. He podido comprobar que en la economía de guerra pesan poco, en su inmensa mayoría. Tengamos en cuenta, para valorizar su efectividad, que hoy la A. A. obliga a volar a 8.000 metros.

* * *

Hitler, que con tanto cuidado había logrado evitar un segundo frente, se lanzó sobre la U. R. S. S. calculando mal las fuerzas enemigas, como hemos

podido ver. Aunque ello haya supuesto muchos sacrificios y gran desgaste para Alemania, nadie le agradecerá lo suficiente, ni aun la misma Inglaterra, el que haya dado golpes tan terribles al imperialismo ruso.

Cuando el 22 de junio se abrieron las hostilidades en el Este, la mano que atenazaba la garganta inglesa — la Luftwaffe — se aflojaba y le dejaba respirar. Evidentemente, todo el esfuerzo alemán había que llevarlo a Rusia, aun donde hoy día se absorben importantes Flotas aéreas de las que posee el Reich.

Inglaterra quería tomar la iniciativa en vista de que Alemania no se fijaba en ella. Los ataques en masa alemanes ella no los podía realizar; de ahí su táctica de florete. El lema de la R. A. F. era efectuar una presión continua más que enérgica. Ha querido ser su actuación, hasta la llegada en grandes cantidades de los bombarderos norteamericanos, una renovación del suplicio de la gota de agua. Los ingleses se creyeron con demasiadas fuerzas al principio e hicieron bombardeos diurnos que terminaron en un fracaso tan extraordinario como el de la bahiade Heligoland. En vista de ello, y como los cazas no los podían acompañar sino breves kilómetros pasada la costa, hubo que recurrir a los bombardeos nocturnos, y en ellos se especializaron.

Sintiendo la necesidad del bombardeo diurno, aunque fuese en pequeña escala, se ensayó por ambas partes un tipo mixto de caza y bombardeo, bien armado, con bastante velocidad y que podía transportar una bomba grande o varias ligeras. Pero, como siempre que se quiere que una cosa sirva para todo, sirve para muy poco. El Me. 110, por el lado alemán, y los Beaufighter, por el lado inglés, han sido loables intentos a tal respecto. Mas el ensayo no ha sido continuado.

* * *

Pero estos ataques de los bombarderos no se realizan cómodamente, sobre todo si se hacen de día. Allí estan los cazas para impedir su paso.

Dos tácticas muy diferentes emplean los cazas contendientes. Los ingleses buscan y prefieren el combate individual; cada cual opera por su cuenta, y la pericia personal o la suerte lo hacen todo. Los cazadores alemanes no operan aisladamente, sino en las ocasiones en que tengan todas las ventajas. Cada escuadrilla alemana desarrolla una táctica especial de conjunto, previamente estudiada y en la que juega más que nada el cerebro. A esta serie de tácticas, en las que la formación no se rompe sino parcialmente, se ueben, tanto o mas que a los aparatos y excelencia de pilotos, los grandes exitos alemanes.

Curiosa entre todas es la táctica que se ha empleado en el Canal de la Mancha, y que se la conocía con el nombre de *Escala de Jacob*. Las escuadrillas operan en abanico y estan en comunicación con tierra y con el jefe de la escuadrilla. De 1.000 a 10.000 metros y en sucesivos pisos va cada escuadrilla, llevándose a intervalos de tiempo magnitudes constantes de distancias y alturas; cuando llega cada escuadrilla a la altura maxima, regresa al aeródromo, en donde ya habrá salido otra que ocupará el primer

piso. Es una verdadera escala mecánica, de tal forma que continuamente haya aviones a todas las alturas. La radiolocalización o la red de acecho acusan la presencia de estos aviones, y creyendo tratarse de un ataque, sale la caza dispuesta a entablar combate. Mientras los aviones ingleses atacan, los alemanes no se desparraman en ninguno de los casos y siguen su ruta impertérritos, como si fuesen a efectuar el *raid*. En este momento, toda la caza que va volando más alta se lanza en masa como verdaderos halcones sobre los cazas que acudieron a la trampa. Esta misma "Escala de Jacob" la han utilizado, con asombrosos resultados, contra los bombarderos diurnos.

La "Escala de Jacob", lo mismo que las otras tácticas empleadas por la caza alemana, tiene como importante ventaja la de evitar que el enemigo conozca el número exacto de aparatos que hay en el aire, con la consiguiente turbación que ello produce a quien con ellos han de enfrentarse.

La preocupación por librarse de la fatídica "Escala de Jacob", proporcionando un techo mayor, fué la idea que presidió en la creación de las llamadas genéricamente *Fortalezas Volantes*, y que se puede decir que han sido para la aviación una cosa muy similar a lo que constituyeron los tanques en tierra en la primera guerra mundial. Como entonces, han sido los aliados quienes han creado esta arma, siendo los alemanes un poco reacios a imitarlos, por ser muy diferentes las condiciones en que ellos desarrollan sus ataques. Los alemanes, no obstante, han debido reconocer que la aparición de esta clase de aparatos ha obligado a modificar totalmente la táctica antiaérea.

El prototipo de estos aviones ha sido el Boeing B. 17, cuyo techo es de unos 9.600 metros. De esta forma se libraban los bombarderos de sus dos acérrimos enemigos: los Me. 109 y los cañones de 88, cuya altura máxima es ésa precisamente. La reacción alemana no tardó en aparecer. En la parte antiaérea, al 88 se le está buscando un nuevo tipo con 300 metros más de velocidad inicial, y para la defensa de ciudades y centros importantes iba a ser necesario el 105, y hoy día el 128, con sus 15 kilómetros de alcance vertical, verdadera maravilla mecánica. La reacción en la parte aérea iban a ser los Me. 109 F., que aparecieron a finales de la primavera de 1941 (el 26 de julio de 1940 se había visto sobre Emdem la primera Fortaleza).

Pronto los Me. 109 F., a los que se les sumaron los F. w. 190, fabricados en masa, obtenían serios éxitos contra las Fortalezas Volantes. La altura de éstas no podía compararse con la de los cazas, ni su velocidad podía emularlos, ni su blindaje era suficiente. Era necesario buscar para las Fortalezas una nueva táctica de empleo. La solución se la habían dado los alemanes. Era necesario utilizar la táctica empleada sempiternamente por los alemanes con tan excelentes resultados. Era preciso sustituir simplemente el florete por la maza. Y a golpes de maza han venido realizando sus ataques en el 42 y en el 43. Han organizado las oleadas de manera que la formación no se rompiese nunca. Su armamento era potente y se podía defender el conjunto mediante una exorbitante densidad de fuego. Esta potencia de

fuego se extrema con las Fortalezas que rodean a cada formación, que son verdaderos cruceros aéreos, pues se dedican sólo a la defensa, con una densidad de bocas de fuego que pasa de la treintena.

Nuevamente era temibles las Fortalezas Volantes. Era una verdadera heroicidad atacar por la caza a esa masa de armas vomitando fuego; además, la A. A. tenía que observar con desagrado que al efectuar siempre sus bombardeos a alturas próximas a los 8.000 metros, quedaban los aparatos hartas veces fuera del alcance de la mayoría de las piezas. Por otra parte, según datos alemanes, para obtener la seguridad de derribar una Fortaleza con el 88 era preciso que la explosión se verificase, como mínimo, a siete metros de distancia, distancia esta francamente minúscula. No cabía la menor duda de que la ventaja estaba claramente de su parte.

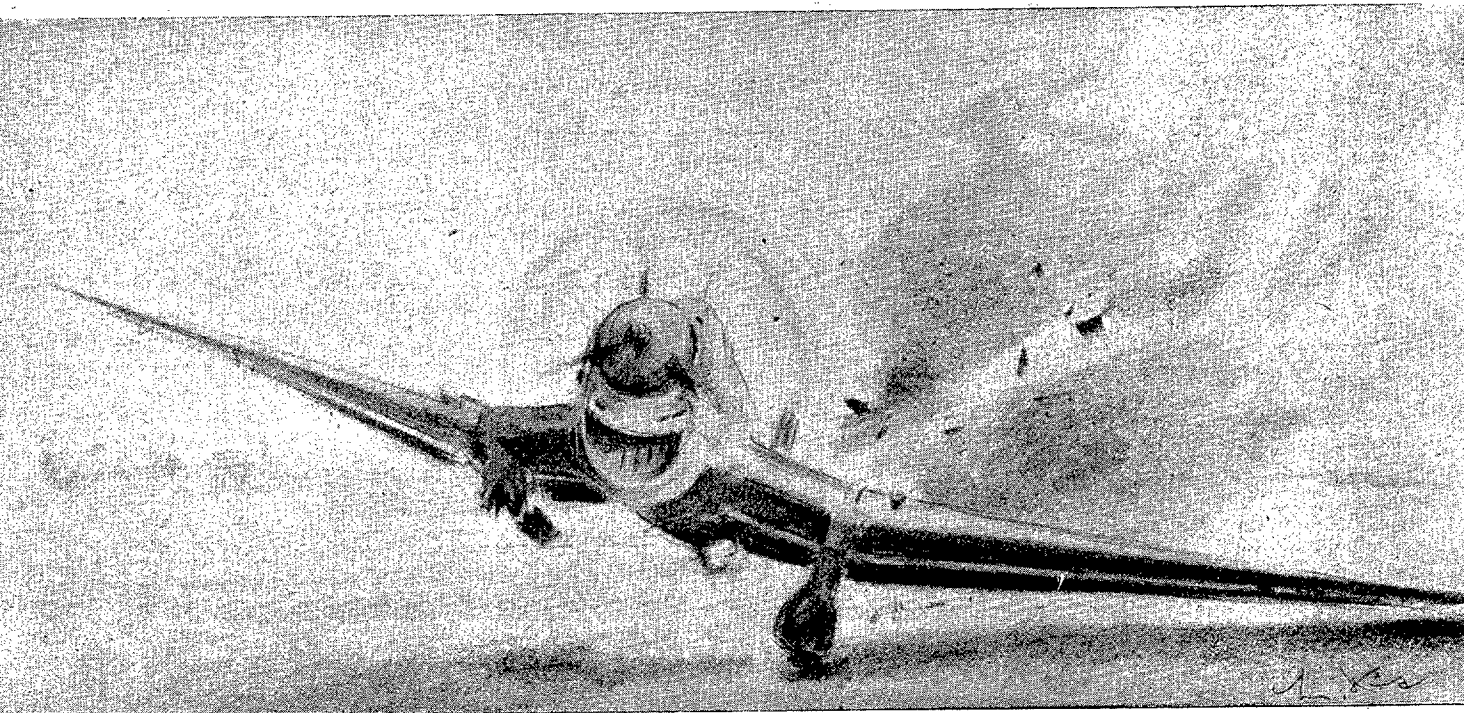
Las Fortalezas Volantes se presentan en diversas formaciones, compuestas a su vez por una o más oleadas. Cada formación, sobre todo en los bombardeos diurnos, se suele presentar en diversas direcciones, convergiendo sobre el objetivo con escasa diferencia de minutos. Las oleadas llevan distintas alturas para zafarse de la defensa antiaérea. Esta tiene varias maneras de combatirlos: 1.^a, atacando a la de vanguardia desde que entra en su radio de acción hasta que sale del mismo, dejando en este punto una barrera fija para combatir a las restantes; 2.^a, atacando a la más adelantada y fijando la barrera poco antes de la línea de lanzamiento hasta que pase la última, a la cual se la seguirá combatiendo hasta el límite del radio de acción; 3.^a, fijando la barrera al entrar bajo nuestro fuego la primera y seguir, cuando pase la última, persiguiéndola hasta el límite de nuestro alcance. Las más recomendables son las dos últimas, pues de esta forma se combate a todas las oleadas antes de que puedan descargar; no obstante, por haber una tenden-

cia general a combatir al que viene primero, es la citada en primer lugar la que se suele llevar a cabo.

En lo que sí todos concuerdan es en que las barreras han de ser verticales en cualquiera de los casos citados, como manera más natural de neutralizar las distintas alturas, habiéndose creado de estas barreras verticales ingeniosos modelos.

De ser los bombardeos nocturnos, aviones exploradores preceden al grueso de la formación con una antelación de dos minutos, siendo estos aparatos los encargados de señalar el rumbo a seguir y de avisar la proximidad del objetivo. Rodean el objetivo a bombardear de un círculo de luz por medio de bombas luminosas. Según la visibilidad, emplean bengalas con paracaídas u otras especiales que contienen unos 60 cohetes, que en el momento de la explosión son lanzados por el aire y se encienden al llegar al suelo, iluminando una superficie de terreno. Los aviones exploradores tienen procedimientos de navegación especiales, encargándose ellos de renovar las luces cada cuatro minutos hasta el final del ataque.

Había que evitar que las Fortalezas siguiesen con sus defensas organizadas a base de la mutua protección. Por un lado, a la A. A. de 88 se le está uniendo, en cantidades cada vez mayores, la de 105 y la 128 en los puntos neurálgicos; al 88 se le está estudiando un nuevo proyectil con una velocidad inicial de 1.100 metros por segundo, que espero tenga un techo superior a los 12 kilómetros. Por otro lado, no hace mucho tiempo la A. A. y los cazas han podido derribar en Schweinfur 132 Fortalezas, gracias a que han desorganizado las formaciones mediante cohetes nebulosos. Este fué un golpe demasiado fuerte para que la ofensiva *non stop* no sufriese un fuerte colapso. ¿Seguirán empleando los cohetes nebulosos los alemanes? ¿Cómo responderán los aliados? La lucha continúa; la defensa, también.



• INFORMACION •

é Ideas y Reflexiones

Notas sobre la guerra mundial.

LA GUERRA EN ITALIA

Cuando, después de la batalla de Cannas, Maharbal, jefe de la Caballería nómada, vió rehusado su plan de operaciones condensado en aquellas frases: "Permíteme que me adelante con la caballería, y dentro de cinco días cenarás en el Capitolio", no pudo por menos de pronunciar aquella frase recogida por todos los manuales de Historia: "Sabes vencer, Aníbal; pero no sabes aprovecharte de la victoria."

Esta cita no puede menos de rondarnos la cabeza día tras día, desde aquella mañana del 22 de enero en que el desembarco por sorpresa en Nettuno de las fuerzas del VI Cuerpo de Ejército aliado pusieron en manos de éstos los caminos de Roma en una forma tan favorable que difícilmente se volverá a encontrar. El V Ejército aliado había atraído hacia sí al núcleo de fuerzas e incluso a las reservas de Kesselring, imposibilitando a éste de hacer frente al desembarco angloamericano; habían conquistado la supremacía aérea, y su Escuadra, sin enemigo con que enfrentarse, podía batir las comunicaciones de los alemanes y cortárselas, o, por lo menos, dificultarlas con Roma. En estos momentos, una marcha audaz, que les hubiera dado, posiblemente, la posesión de la capital (recordemos a Guderian marchando en flecha hacia el Canal de la Mancha), parecía lógica, y no sólo a nosotros, sino indudablemente a muchos más, ya que el portavoz del Gobierno inglés en la Cámara de los Lores ha tenido que confesar que así opinaban los críticos militares, incluso de Inglaterra, a pesar de lo cual el General Alexander no se decidió.

Era, desde luego, expuesto a que los alemanes hubieran atacado de flanco cuando aun no estuviesen éstos bien guardados, y quizá por esto consideró preciso desembarcar primero hasta el último de los elementos que habían de tomar parte en la operación. Quería esperar, indudablemente, la reacción que experimentaría el General alemán, y en tanto se fueron pasando días y días con avances lentos, muy lentos, hasta en doce días llegar a alcanzar escasamente la vía Apia, en la región de Cisterna, dando tiempo con esto a la reacción del Mariscal Kesselring. Esta llegó, como era lógico, y los días perdidos en tanteos y concentraciones por sus adversarios fueron ganados por él, que pudo concentrar varias Divisiones (tres probablemente) al norte de la cabeza de puente de desembarco aliada, ocupar los montes Albani y Lepini, desde los que domina la llanura, y por enérgicos contraataques lanzados contra las cabezas de las columnas que marchaban hacia Campo Leone (al norte) y Cisterna (al nordeste), obligar a su Jefe a montar una operación de mayor envergadura, si quiere seguir adelante.

Los aliados habían organizado su marcha en tres columnas; formación prudente si hubiesen tenido frente a

ellos, al desembarcar, el enemigo que tuvieron quince días después, y cada una con un objetivo en consonancia con el total de la operación. Así, la primera (británica), que marcha hacia el norte y llega a alcanzar el kilómetro 6, al norte de Aprilia, de la carretera Anzio-Albano, y que había de conseguir Roma como objetivo político moral más interesante de esta parte de la campaña. Otra columna (ésta americana) que llegó a Cisterna, ante cuya población queda detenida y cuya misión era incomunicar el frente con la retaguardia alemana, cortando las comunicaciones que del sur de Italia convergen en Roma, y otra columna que, subdividida en varias, presionasen hacia Littoria y, prolongándose al sur por la costa, deberían cubrir los flancos del dispositivo de ataque y amenazar directamente la retaguardia alemana del frente de Minturno.

Por su parte, con el V Ejército aliado, el General Clark cooperaría a estas maniobras presionando fuertemente sobre Cassino, a cuya caída atribuían los aliados una gran importancia por el grave peligro que representaría para el dispositivo alemán.

El Mariscal Kesselring, que ha tenido tiempo más que suficiente para percatarse exactamente de la maniobra aliada y para concentrar sus reservas que llegan a sus puestos de combate, no obstante el machaqueo que de las vías de comunicación hacen — por lo menos, así lo afirman en sus comunicados — los aviadores aliados, tomó sus disposiciones, que se concretan en resistir hasta el último extremo en el frente sur a los ataques del V Ejército aliado, instalar concentraciones ofensivas en posiciones favorables, cubriendo los accesos al interior; establecer su artillería pesada al resguardo de la Marina aliada; pero pudiendo batir la cabeza de desembarco y, una vez hecho esto, pasar al contraataque.

Esto lo desencadenaron los alemanes con una escasez de efectivos, con respecto a su adversario, que pudiera cifrarse en la proporción de tres contra cinco, ejecutándolo simultáneamente contra Aprilia y Cisterna, lo que produjo como resultado reconquistar la primera y alejar de la segunda las fuerzas aliadas; pero sin conseguir, como por algunos se esperaba, el reembarque de los contrarios, los que continuaban enviando refuerzos a sus tropas y relevando aquellas unidades muy desgastadas por las pérdidas sufridas.

Así concluye un mes más, en el que el avance aliado puede decirse no ha dado un paso más para la conquista de Italia, que ya desde el 8 de septiembre de 1943 no es precisamente la continuación de aquella "florida" ocupación de Sicilia, preparada por los partidarios de Badoglio, sino una aventura sangrienta, cuyo fin aun no se ve, y que para nosotros debe servirnos de escuela práctica de la que deducir enseñanzas de cómo puede defenderse un territorio muy parecido al nuestro.

LA GUERRA EN RUSIA

Continúa con la violencia acostumbrada la ofensiva rusa, que a pesar de su duración, pues ya se acerca al año, no disminuye en virulencia, no obstante los pronósticos que se hicieron fundados en el gran desgaste que sufren los efectivos y el material. El tiempo se ha encargado de demostrar, una vez más, cómo fallan todos los cálculos, que tanto en este sentido como en el de la economía de la guerra acostumbran a hacerse. Los pueblos tienen una resistencia para la lucha que se escapa a lo que puede deducirse por los números que nos dan sus estadísticas, que sólo reflejan, y no pueden hacer otra cosa, la parte material de la lucha, y no expresan las fuerzas anímicas e intelectuales al servicio de la misma, y que si obran siempre en todas las guerras, más lo hacen aún en este tipo de contiendas, en que dos concepciones diferentes del mundo en todos sus aspectos, sociales, políticos, religiosos y económicos, se encuentran frente a frente en una lucha cuyo solo fin es el aniquilamiento del contrario.

De ahí que, pese a ese desgaste ingente de hombres y material, ni el Ejército ruso disminuye sus formidables presiones, ni el alemán cede lo más mínimo en una defensa que, si bien en su elasticidad abandona terreno, ajeno hasta ahora, su férreo tesón impide se le ocasionen rupturas graves en su dispositivo.

Una vez más esto ha ocurrido en el mes de febrero que termina, y durante el cual los sectores diversos del frente se han visto presionados por los rusos, de un modo que variaba según las circunstancias, pero presionados siempre por aquellos que conservan aún, y al parecer por algún tiempo aún, la iniciativa en el campo de batalla.

Sector Norte. — Continúan los rusos sus avance empujando a los alemanes sobre la línea del Luga, la que, por tener a su espalda el lago Peipus, no era precisamente la más indicada para resistir, máxime cuando los desembarcos enemigos en Narva la desbordaron por el norte, un ataque desde Novgorod la amenazaba de flanco y otras fuerzas atacaban en dirección de sur a oeste a partir de Chudovo, ofreciendo como posible perspectiva el aniquilamiento de este Ejército alemán si no conseguían despegarse a tiempo, como lo hicieron, de esta región.

La evacuación de la línea y población de Staraya Russa, tan heroicamente defendida por los alemanes, se imponía después de esto, y así tuvo que ordenarlo el Mando alemán, que hizo lo mismo con Dno y Kholm. La resistencia del Ejército de Von Küchler continúa en Pskov, nudo de comunicaciones muy interesante para las futuras operaciones soviéticas.

Sector Central. — La segunda "gran batalla" de Vitebsk terminó con éxito para las armas alemanas, a pesar de que los rusos emplearon unas 50 Divisiones para romper la línea y apoderarse de aquella capital.

En la región pantanosa no cesa en sus ataques el General ruso Rokososky, el que, por medio de ataques parciales unas veces, aprovechándose otras del súbito descenso de la temperatura, que al helar y endurecer el terreno facilita el paso de los elementos pesados sobre los pantanos, busca apoderarse de Bobruisk, como ya lo consiguió, a mediados de mes, de Rogachev. Otras fuerzas conjugan sus ataques desde el Beresina hacia el norte con éste contra Bobruisk, en la esperanza de encerrar, al fin, a los alemanes en una bolsa que facilite su aniquilamiento, siempre soñado y no realizado aún.

Sector Sur. — También en este sector se verificó una rectificación a retaguardia de la línea alemana; pero no como hubieran querido y ya propalaron las radios soviéticas, en desorden y apresuradamente sobre Jerson, sino lentamente y defendiendo hasta último extremo las posiciones de Krivoi-Rog y abandonando esta última población, pero después de volarla.

Tampoco resultó verdad el aniquilamiento de las fuerzas alemanas que bajo los mandos de los Generales Stemmermman y Lieb se defendían y estaban cercadas al oeste de Cherkassy; pues si bien lo fueron algunas fracciones aisladas, la mayoría de las Unidades, el 80 por 100, según el comunicado alemán, consiguieron, aprovechando la aproximación de unas Unidades de carros enviadas en su socorro, romper el cerco al arma blanca y unirse a las tropas de von Manstein. Un impacto ruso ocasionó la muerte, dentro de su carro, del heroico General Stemmermman.

El resto del frente alemán de este sector se mantiene firme en sus posiciones frente a las fuerzas contrarias, que con gran extrañeza de todos los críticos militares no intentan estrechar el cerco de las fuerzas germanorumanas que ocupan Crimea.

La situación del conflicto rusopolaco, iniciado en el mes pasado, sigue invariable. A la tesis rusa se ha sumado, puede decirse, Mr. Churchill en un discurso pronunciado el día 23 en la Cámara de los Comunes, en el que afirmó que, caso de aceptar Polonia la frontera denominada "línea Curzon", obtendría como compensación ventajas territoriales, a costa, claro está, de lo que se conquistase a Alemania. Polonia, por boca de su Presidente, no se resigna, y asegura que "la pérdida de la mitad de su territorio y la de once millones de habitantes, que es lo que esto llevaría consigo, no es tan insignificante como para considerar como definitivamente amistosas las relaciones rusopolacas. Los ingleses aun esperan que su diplomacia sea capaz de encontrar la fórmula de resolver este conflicto, como tantos otros desde hace siglos.

LA GUERRA EN ASIA Y EL PACIFICO

Febrero, 1944.

El hecho más destacado de la guerra, durante el mes, en el teatro del extremo Oriente, es el ataque americano a las islas Marshall, por el que ha sido ocupada una parte de la primera línea de bases con que el Imperio japonés había alejado la defensa de la metrópoli hacia el Este. Desde ellas, los americanos han lanzado sus barcos y sus bombarderos hacia el Oeste, hasta posiciones que hasta ahora no habían podido ser alcanzadas. Las informaciones de prensa americanas, al referirse a las acciones aéreas de reconocimiento sobre las Carolinas, dicen que los observadores de aquellos aviones han sido los primeros hombres blancos que habían visto la base de Truk desde el principio de la guerra.

El día 1 de febrero, después de violentas acciones de bombardeo aéreo y naval que se iniciaron unos días antes, fuerzas americanas de la 7.^a División, a las órdenes del General Turner, apoyadas por las de aviación del Mayor General Willis H. Hall, y por una poderosa Escuadra, desembarcaban en las islas de Kawjalein, Namur y Roi, que ocupaban totalmente, tras vencer una encarnizada resistencia de las fuerzas de tierra niponas, que duró varios días. La reacción en el mar y en el aire fué nula, y el sacrificio de los soldados del Tenno, que en número de 6.500, incluyendo civiles, perecieron luchando antes que rendirse, fué inútil.

Con esta acción se ha abierto, en realidad, un nuevo frente en el Pacífico, operación iniciada ya con la ocupación del archipiélago Gilbert, distinto del del sudoeste, pues parece, aunque no se ha dicho expresamente, que son fuerzas distintas las que en él intervienen, y que el Jefe supremo es el Almirante Nimitz, desligado por completo del General MacArthur.

Las operaciones continuaron para terminar la ocupación del archipiélago, sin que sobre ellas se hayan tenido muchos datos, ya que el C. G. americano dejó de dar

partes regulares para no informar a Tokio, que aseguraba había quedado incomunicado con la zona de batalla; no obstante, el parte del Cuartel general Imperial daba cuenta el día 13 de un ataque enemigo rechazado sobre la isla de Maloleap.

Sin esperar a la total ocupación del archipiélago, conseguidas bases para aviones e hidroaviones, el Almirante Nimitz se lanzó a explotar el éxito de su operación hacia el Oeste. El día 12 bombardea Wake, y el 17, una fuerte Escuadra, apoyada por un gran número de aviones (bombarderos con bases en tierra y cazas lanzados desde portaaviones), ataca la base naval principal japonesa de la isla Truk, en las Carolinas, donde consigue hundir dos cruceros, tres destructores y trece transportes, y derribar 120 aviones de la defensa, sin más pérdidas que dos cruceros hundidos, dos portaaviones averiados y 54 aviones perdidos; siendo éste el primer caso en que coinciden las cifras de pérdidas de ambos beligerantes. Este mismo día fué bombardeada la isla de Bonape (Carolinas), y el día 24, los bombarderos americanos atacaron las islas Saipan y Tinian, de las Marianas, y el 26, según noticias japonesas, la guarnición de la isla de Guam se defiende de formaciones navales americanas que la atacan, sin que se hayan recibido hasta el momento de escribir esta crónica noticias que aclaren lo sucedido. Las acciones sobre las islas Marshall continuaron, habiéndose ocupado a últimos de mes el grupo Lniwetck, el más occidental.

Al mismo tiempo, en el Pacífico norte, el día 4, la isla japonesa de Paramushiro, de las Kuriles, era atacada por formaciones navales enemigas de superficie.

El bombardeo por sorpresa de Truk tenía el indudable objeto, confesado, de alcanzar el grueso de la Flota nipona, que se suponía concentrado allí; pero la sorpresa fracasó en este aspecto: la Flota no estaba en su base, según manifestó Knox, suponiéndose que se ha refugiado en las Filipinas o en las islas de la metrópoli. Este hecho quita al ataque toda la importancia que la prensa americana le ha querido dar, calificándole nada menos que como la respuesta a Pearl Harbour.

A pesar de todo, la situación parece haber cambiado fundamentalmente en el Pacífico, y la falta de reacción indica una superioridad aeronaval tan grande, que es indudable que algo ha fallado en la estrategia nipona. El Gobierno japonés no ha tratado de ocultarlo; aun más, le ha dado un relieve que no podía esperarse, pues el enemigo está todavía a muchas millas del Japón. El Jefe de Estado, Mayor Mariscal Suhiyama, y el de la Marina, Almirante Magano, han sido destituidos públicamente, y de sus puestos se han hecho cargo el General Tojo y el Ministro de Marina, Almirante Shimada. Al mismo tiempo se ha reformado el Gabinete, abandonando sus carteras los Ministros de Hacienda, Agricultura, Comercio, Comunicaciones y Transportes, pasando a ocuparlas técnicos de reconocida competencia. Tojo ha declarado, en manifestos por radio al país, que la situación es grave, y el Gobierno ha decidido reunirse en el Palacio Imperial, como en las épocas críticas del Imperio. Estas reformas ministeriales, unidas a las que hacía poco habían tenido lugar, ha concentrado el poder en las manos del General Tojo, que ha aceptado de este modo totalmente la responsabilidad del momento. El hecho extraño de esta publicidad, cuando hasta la fecha los informes de Tokio habían sido tan escuetos, ha despertado gran interés en todo el mundo, y un cronista australiano ha aconsejado públicamente a los mandos americanos desconfiar del repliegue japonés, por si fuera una celada tendida a la Escuadra norteamericana para atraerla hacia el oeste, a una zona lejana de sus bases, en que pudiera ser destruida.

La reacción en el público americano ha sido extremada, y ante las manifestaciones de la prensa y de los mandos militares, que han llegado hasta el extremo de afirmar que ya es posible establecer una cabeza de puente en China por medio de una operación anfibia, el Secre-

tario de Marina, Knox, se ha visto obligado a reprimir el exagerado optimismo, recordando que la Flota nipona aun no ha sido batida.

PACIFICO SUDOESTE

En esta región ha influido extraordinariamente la conquista de las Marshall, llegando a crear una situación delicada para las fuerzas japonesas. La ocupación de las islas de Rooke, entre Nueva Guinea y Nueva Bretaña, y de las Green, entre esta isla y el archipiélago de las Salomón, ha dejado aislados en cierto modo a los defensores de Bougainville, Choisseul e Isabel, que parece, según noticias americanas, alcanzan la cifra de unos 20.000 hombres, cuyas comunicaciones marítimas con sus bases de retaguardia quedan muy comprometidas. El ataque y la casi total destrucción de un convoy japonés a la altura de la isla Nassau, que se dirigía a reforzar la base de Rabaul, ha venido a debilitar la reacción de la defensa. Por primera vez en la guerra, esta importante base de Nueva Bretaña ha sido atacada por fuerzas navales.

El General MacArthur se ha limitado casi exclusivamente a continuar su fuerte ofensiva aérea sobre Rabaul y Kavieng, dando por terminada virtualmente la campaña de las Salomón. Únicamente en Nueva Bretaña han continuado las operaciones en tierra, consiguiendo, según noticias de Washington, unir las dos cabezas de desembarco de cabo Markus y cabo Gloucester, con lo que una gran parte del occidente de la isla está en poder de los soldados yanquis.

En Nueva Guinea, el avance por la costa ha continuado también, llegando al contacto con las fuerzas niponas de la base de Madang, sobre el río Mot, al este de Bogadjim. Las fuerzas del valle del Ramu parece que han conseguido unirse a las que avanzaban por la costa.

BIRMANIA

Como contestación a la ofensiva de lord Mountbatten, las fuerzas japonesas del Ejército de Birmania y del Ejército nacionalista indio — noticias de un correspondiente japonés cifran sus efectivos en 50.000 hombres — iniciaron un ataque el día 4 en dirección norte-sur, a espaldas de las fuerzas inglesas que habían ocupado Buthiadung y Maungdaw, a las que llegaron a cortar sus comunicaciones terrestres al conquistar Taun-Bazar. No está muy claro; pero parece que estas fuerzas, que formaban la 7.^a División angloindia, han conservado sus comunicaciones marítimas.

Desde este momento, la lucha ha sido dura en el frente de Arakan, y las noticias confusas, como es corriente en estos alejados teatros de guerra. Mientras los japoneses afirman que están a punto de ser aniquiladas las fuerzas cercadas, el parte de Nueva Delhi de lord Mountbatten, que ha dado mayor número de noticias, afirma que la situación ha mejorado. Según éste, los japoneses tienen grandes dificultades de abastecimientos y están a punto de ser cogidos entre dos fuegos; pero, a pesar de todo, confiesa que sus progresos para abrirse paso a través de la cadena del Mayu no han conseguido éxito pleno, pues el desfiladero de Nogakyedauk aun está en poder de los nipones, a pesar de haber sus fuerzas conquistado posiciones a unos tres kilómetros de él.

En el resto del frente de Birmania, las operaciones han conservado su carácter de acciones de patrullas, aunque las fuerzas chinas del General Stilwell, que combaten el valle de Hukawng, han conquistado la localidad de Tai-phaga. En el sector del río Kaladan parece que han sido localizadas fuerzas inglesas procedentes del Africa Occidental.

La guerra aérea.

COMENTARIOS DE ACTUALIDAD

Sigue ocupando, en primer lugar, la atención del espectador la acción de bombardeo intensivo aliado de Alemania. Un mes ha pasado (de mediados de enero a los de febrero) de nuestra crónica anterior, y la esperanza de que en breve tiempo se resolviera la duda de si el arrasamiento absoluto de grandes ciudades, al fin y a la postre, era o no conveniente, queda aún sin resolver.

Han cedido algo las quejas alemanas, como si el mal hubiera ya saturado la impresionabilidad de los que lo sufren, y es más bien del otro lado de donde surgen las voces, agrupando el motivo a los nombres de Roma, Castelgandolfo y Abadía de Monte Cassino, y preguntan si no es hora de cesar en el furor. En sesión de la Cámara de los Lores del 9 de febrero, el Obispo de Chichester habla de 74.000 muertos y tres millones de hombres sin casa en Berlín, protestando de lo absoluto del "derecho de la fuerza", esa "alfombra Tedder", que es como se llama al ideal riego regular sin solución de continuidad con que las bombas se dejan caer a saturación de efecto, cortándose los círculos de destrucción total. El Gobierno contesta que esto puede acelerar la llegada de la Victoria, y está dispuesto a no cejar hasta que el "corazón de Alemania (Berlín) deje de latir".

En el revuelo de orden moral de hasta dónde se deben llevar los bombardeos en que discuten Humanidad y Utilidad, y en que para justificarse unos y otros contendientes se achacan mutuamente la prioridad, no resistimos a citar las "Reflexiones militares" de Marcenado. Respecto a represalias, dice: "En lo injusto huye de imitar al enemigo, que la sinrazón no se formó para el ejemplo", o, según Solís, con ello "quedaría la imitación con circunstancias de reincidencia y, en cambio de tomar venganza, presentarías a los contrarios disculpa".

En efecto: las cantidades de bombas que en competencia dejan caer la R. A. F. y los americanos, a fin de año llegaban, con 14.000 toneladas, casi a la cifra caída en Inglaterra en todo el año 1940, y va *in crescendo* hasta soltar 2.500 toneladas en el día 15 de febrero.

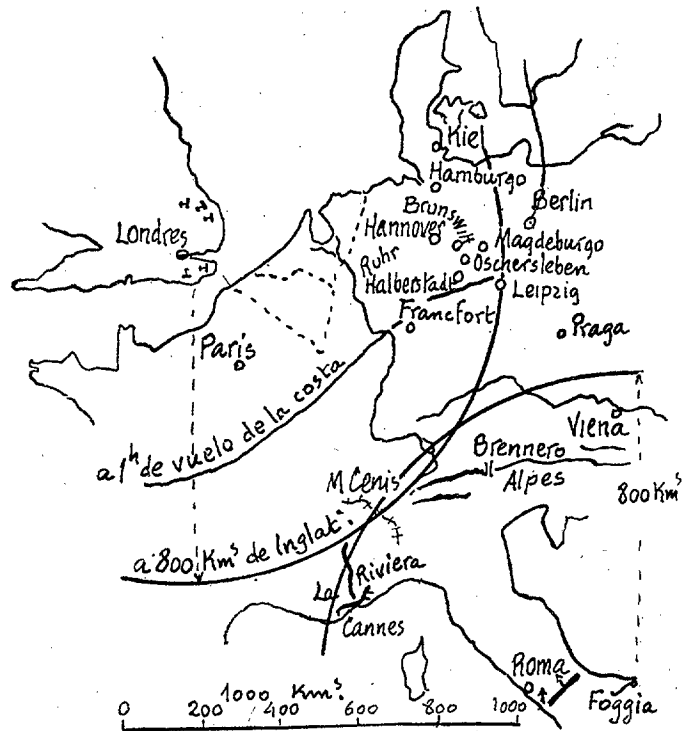
El ritmo con que se bombardea es cada vez mayor, con objeto de dar menor tiempo a actuar la defensa. De la hora de los bombardeos de noviembre se pasa a los 23' de los últimos, durante los que caen 110 toneladas por minuto.

La defensa, por su parte, se hace cada vez más activa, sobre todo cuando, más que grandes ciudades, se trata de defender vitales industrias de guerra, como en el ataque de 700 aviones del 11 de enero, "la mayor, más sangrienta y encarnizada batalla aérea de toda la guerra", como la califican los ingleses, en la que 600 bombarderos aliados atacaron las fábricas de aviones Focke Wulf, de Oschersleben; de Junkers, en Halberstadt, y Messerschmit, en Bruswik, en que los ingleses confiesan no haber regresado 60 bombarderos y 6 cazas; tan reducidos éstos en número, porque el sistema de acompañamiento apenas pudo intervenir, resultando, dicen, ineficaz. Según los alemanes, fueron 124 y 12 los enemigos derribados, y ahí mostraron los atacantes todo su empeño hasta perder más del centenar de aviones según los ingleses, por tratarse de objetivos precisos y cuya destrucción puede tener una gran trascendencia militar, y que dada la inmensa fuerza de la caza alemana, que los propios aliados confiesan ser superior a la suya, parece que no siempre empeñan de lleno, como en la ocasión que comentamos, reservándola para mejor ocasión, que bien pudiera ser la del grande y definitivo desembarco, confiados en que la moral del país ha de resistir sin quebranto ese mar-

tillaje continuo y verdaderamente eficaz por sus destructores efectos materiales.

Téngase en cuenta que el orden oblicuo, ser más fuerte en el lugar y momento decisivo, secreto de la victoria, sólo se puede emplear, sobre todo por el que esté en inferioridad de medios, cuando se cuente con un más que altísimo, superior, espíritu de sacrificio en quienes tengan de resistir en lo que sea secundario. ¿Y dónde está la profunda y escondida fuente de esa virtud?

En lo que pudiéramos llamar táctica del bombardeo, su protección y defensa, se han producido algunas novedades. El atacante ha sustituido la protección de la



caza, que, sobrecargada de gasolina para aumentar el radio de acción, veía muy reducidas sus cualidades combatives por el relevo continuo de bimotores de combate de gran radio de acción, como los Mustang.

Las muy cerradas formaciones, que proporcionaban una mutua protección, y dentro del alcance de las armas, la concentración, en cualquier dirección, del fuego de un centenar! de cañones y ametralladoras, mitad de las que dispone el grupo de 16 grandes bombarderos, se las ha encontrado muy vulnerables a la bomba cohete planeadora con que las atacan los alemanes desde alturas fuera de alcance eficaz de la defensa y empiezan a abrir las, con riesgo de la mejor defensa.

Como arma nueva, el testimonio de algún aviador de los que tomaron parte en el combate del golfo de Vizcaya de fin de año, asegura el empleo de bombas planeadoras remolcadas por Dorniers 217, y que buscan para estallar el contacto con el bombardero enemigo. ¿Será verdad?

Las pérdidas que cuesta mantener esos bombardeos vienen a detallarse, desde los desacuerdos tan absolutos como el de los partes que citamos del 11 de enero, a otros

casi concordantes como el de 2 de diciembre, en que acusaban los atacantes 41 pérdida frente a 53 del parte alemán, y, sobre todo, en las revistas profesionales y oficiales inglesas, que traen datos más fidedignos.

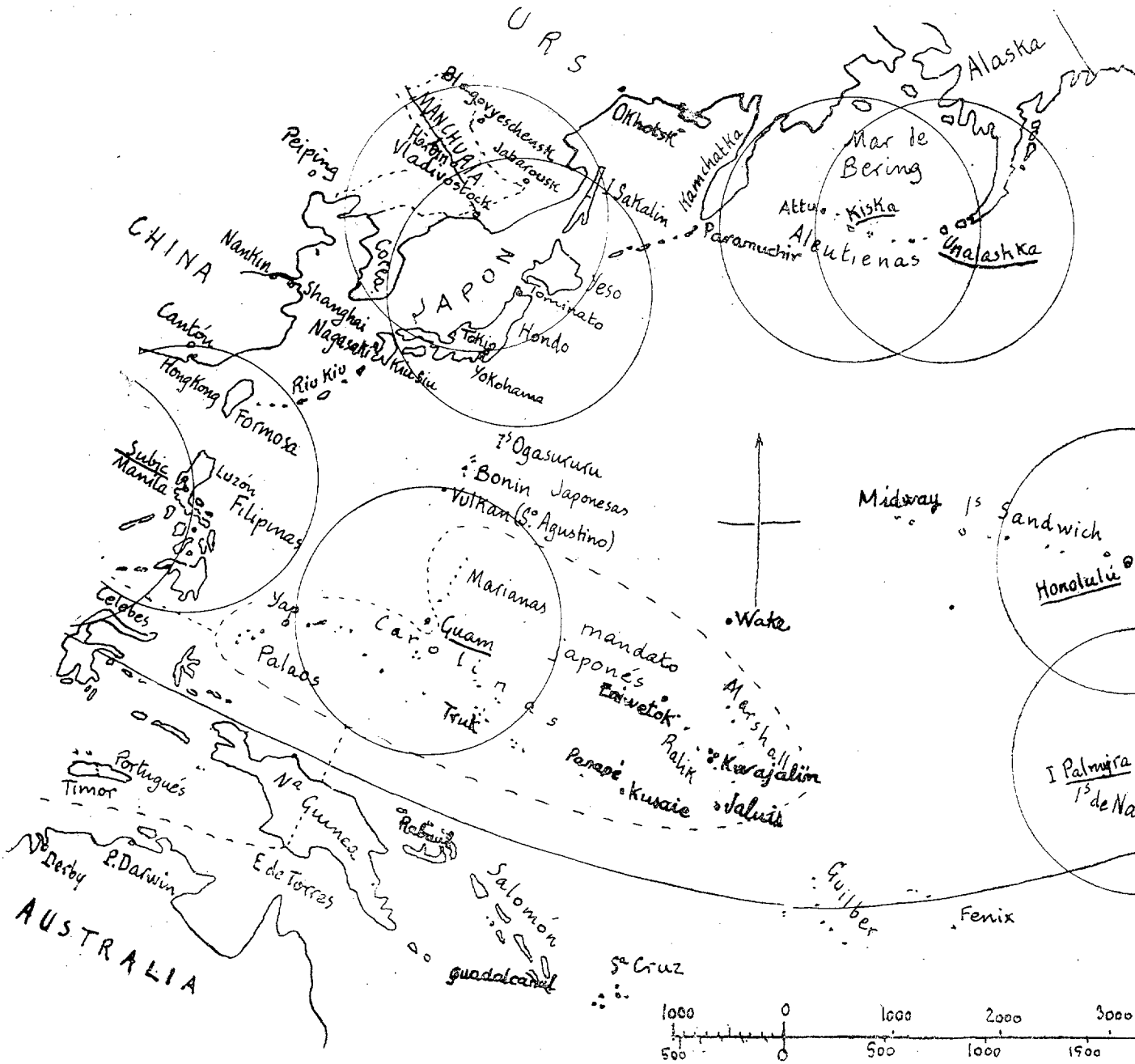
De tres semanas (2-22 enero), acusa Flight, perdidos sobre el Continente 32 aviones alemanes frente a 369 aliados, de los que 301 son bombarderos, con tripulaciones que *The Aeroplane*, en datos 12 diciembre a 15 enero, representan 1,5 hombres por avión en los alemanes, casi todos cazas, frente a 6,9 en los aliados; explicable por ser, en su mayoría, grandes bombarderos.

La lista de honor, relación de aviadores ingleses caídos, publicada entre el 29 de noviembre a 19 de enero, da 3.925 nombres, media diaria de 77, bastante superior a 42, que viene a corresponder a los cincuenta y dos meses de guerra.

Eso mide la enormidad del esfuerzo que representa mantener una ofensiva aérea de esa importancia y el tesón que requiere, tanto en el Mando como en los ejecutantes.

Consecuencia de tales bombardeos son los de represalia sobre Londres, y aunque, a pesar de quererles quitar importancia, llegan a afirmar los ingleses que el día 18 de febrero es el mayor de los sufridos desde 1940, ello es que dista muchísimo de las posibilidades alemanas, tal vez porque la experiencia de 1940-41 convenció a Hitler de la importancia del factor moral, que, pasada la primera sorpresa, pronto se recuperó; enseñanza que parecen olvidar ahora los ingleses, aunque el "parecen" lo decimos con toda intención, tanto porque los bombardeos de Berlín se ven alternados con otros de mayor importancia militar, como las fábricas antes citadas de aviación; los nudos de comunicaciones, como Magdeburgo, y centros industriales, como Francfort; el recetísimo de la noche 19-20 de febrero, con 2.300 toneladas sobre Leipzig; como por los continuos del Brennero, Mont Cenis y Cornisa de la Costa Azul, por Cannes, tratando de aislar el teatro de guerra italiano; cuanto porque Montgomery, el héroe de las campañas victoriosas de Africa e Italia, nombrado General de las tropas inglesas de invasión, sienta como novedad y secreto de

lia sobre Londres, y aunque, a pesar de quererles quitar importancia, llegan a afirmar los ingleses que el día 18 de febrero es el mayor de los sufridos desde 1940, ello es que dista muchísimo de las posibilidades alemanas, tal vez porque la experiencia de 1940-41 convenció a Hitler de la importancia del factor moral, que, pasada la primera sorpresa, pronto se recuperó; enseñanza que parecen olvidar ahora los ingleses, aunque el "parecen" lo decimos con toda intención, tanto porque los bombardeos de Berlín se ven alternados con otros de mayor importancia militar, como las fábricas antes citadas de aviación; los nudos de comunicaciones, como Magdeburgo, y centros industriales, como Francfort; el recetísimo de la noche 19-20 de febrero, con 2.300 toneladas sobre Leipzig; como por los continuos del Brennero, Mont Cenis y Cornisa de la Costa Azul, por Cannes, tratando de aislar el teatro de guerra italiano; cuanto porque Montgomery, el héroe de las campañas victoriosas de Africa e Italia, nombrado General de las tropas inglesas de invasión, sienta como novedad y secreto de

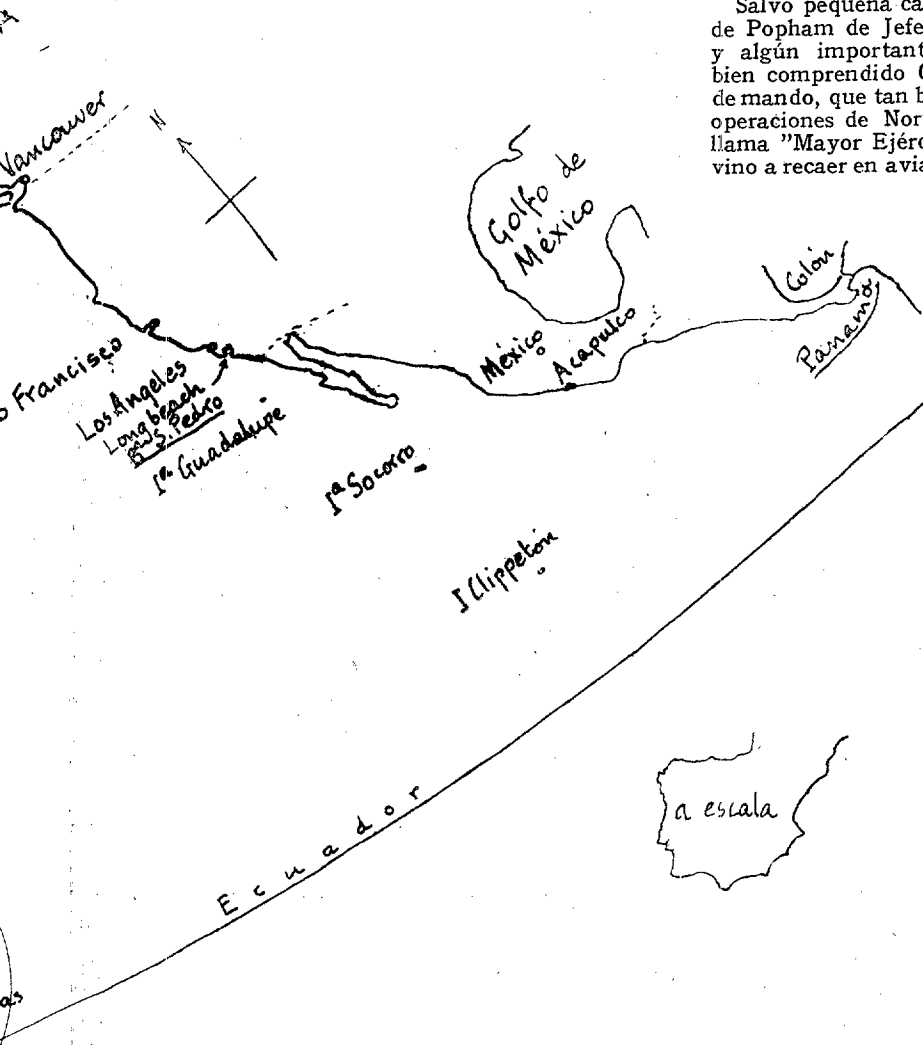


sus éxitos la necesidad de lograr un previo dominio aéreo y dice: "Nunca iniciamos un combate terrestre hasta haber ganado la batalla del aire. Este es el *primer gran principio* de la guerra", sin que lo primordial de esa batalla diga si se refiere a importancia, como muchos esperan, del intenso bombardeo de Alemania, o sólo, como parece, en el tiempo. En otro lugar añade: "Tenéis que ganar la batalla aérea antes de luchar en tierra o en mar"; bien que los aviadores ingleses comenten: "Hasta ahora, Montgomery ha tenido la suerte de que los aviadores germánicos le hicieran frente; pero no se ha resuelto aún cómo hacer luchar a un enemigo aéreo que no quiere." Douhet, preconizador de la destrucción del enemigo aéreo, como Napoleón, no veía más que una cosa: "las masas enemigas a destruir"; la esperaba del hecho de que el bombardeo había de provocar la intercepción, y con ella la batalla; pero ¿cómo lograrlo con un enemigo que, reservándose en fuerza, como el concepto marino de "Flota en potencia" (*Fleet in being*), no se presta a hacer el juego? La destrucción de los avio-

nes en tierra, donde tan vulnerables son, sólo puede producirse por sorpresa, y ésta sólo es posible cuando, estando los aeródromos en primera línea, no hay tiempo de poner en acción la red de acecho y demás elementos de la Antiaeronáutica, y el centro de Alemania está a una hora de vuelo de la periferia ocupada. Sólo una acción como la que se apuntaba con el ensayo de desembarco en Dieppe, y en menor escala la defensa de ciertos objetivos vitales, como las fábricas del 11 de enero, tiene virtualidad, por su trascendencia, para obligar a empeñar de lleno la Aviación, y aun en esos casos, dosificada. Únicamente en el verdadero y único momento decisivo, en que todas las fuerzas son pocas, está plenamente justificado el empleo que los aliados tratan tal vez de provocar, aun sin decirlo, de la total aviación alemana. Por cierto que es muy significativo y objeto de mucho comentario el nombramiento del Almirante Aéreo Tedder para el cargo de segundo Comandante en Jefe del Ejército combinado de Aire, Mar y Tierra (por orden de su posible empeño) de Invasión. Es decir, segundo, posible sustituto y, desde luego, cooperador y consejero en sus planes de Eisenhower.

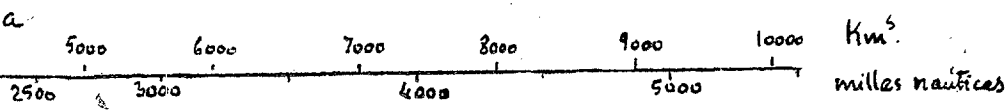
Salvo pequeña campaña en el Irak, y el nombramiento de Popham de Jefe en Singapur por parte de los ingleses, y algún importante mando combinado, aparte del no bien comprendido Goering, de parte alemana, la unidad de mando, que tan brillantes resultados dió en las anfíbias operaciones de Noruega, en las proporciones del que se llama "Mayor Ejército que jamás vió el mundo", nunca vino a recaer en aviadores, arma joven que carecía de so- lera para altos mandos, tanto, que a los Generales de Tierra y Mar se los educaba para mandar también la Aviación de cooperación, aunque ésta tuviera sus mandos propios e independientes para su acción independiente. Sin embargo, la experiencia, que, bien lo confiesa Montgomery, hace imposible una acción terrestre o marítima pura, rara vez combinada entre ellas, es general y obligada con el aire, ha hecho que el Mando aéreo aprenda lo que, visto desde su supremo escalón, es la acción de tierra y mar, y se adapta a comprenderla tal vez más fácilmente que el terrestre o marino, alcance en toda su trascendencia las posibilidades de Aviación, y la responsabilidad de las más graves determinaciones tiene que ser basada en pleno conocimiento e indivisible.

En Italia tampoco empeñan los alemanes la aviación en la medida de que son capaces, pues han tenido tiempo sobradísimo de arreglar campos para movilizar grandes masas de aviones que no aparecen. Verdad es que tampoco lo hacen con los elementos terrestres, bastando el apoyo del tan favorable, por intrincado y monta-



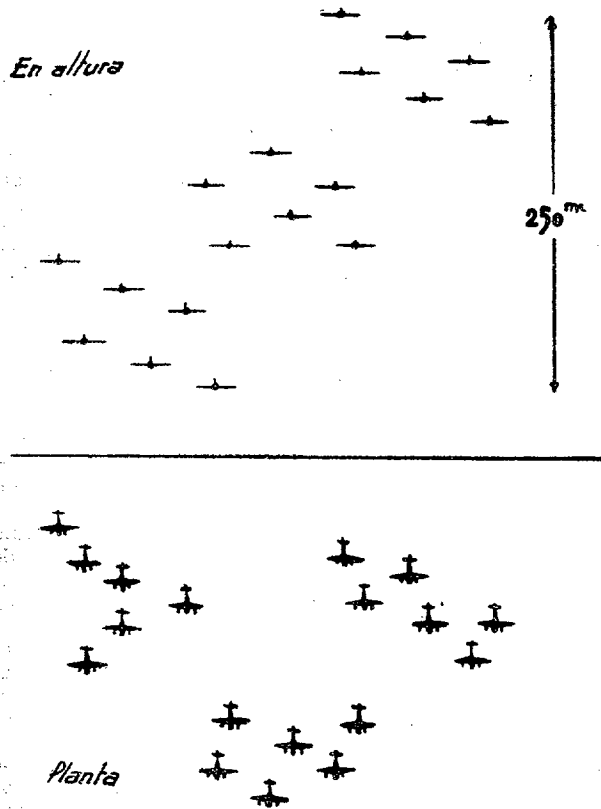
el radio de los círculos es de 1200 Km?

subrayadas las bases americanas



ño terreno para mantener una defensiva elástica que, al paso que va, haría casi eterna la guerra.

Aquí el mal tiempo ha tenido una trascendencia de que carece en las llanuras del norte de Europa. La carretera Roma-Pescara sube dos veces a 1.300 y 1.100 metros, bajando a 400 entre esas cotas; las cumbres alcanzan 2.795 metros en Monte Amaro de la Majella. Detrás del Monte Cassino, tan disputado, el Monte Cairo tiene 1.669. Los valles son estrechos; sus fondos, de arcilla, arrancada de las montañas que los forman. En tiempo lluvioso apenas se debe poder despegar, y aun pudiendo, ¿cómo meterse entre nubes que envuelven las montañas, contra



Formación de bombarderos americanos, según "Target Germany", de Simon y Schuster. Guardando alturas diferentes se evitan encontronazos dentro de las nubes.

las que es expuestísimo estrellarse? Pero aun en ratos claros es difícil la observación: el vuelo bajo, dominado por el fuego de Baterías emplazadas en las cumbres, hace difícil el vuelo en formación. Sólo las llanuras pontinas que rodean las cabezas de puente de Anzio y Nettuno ofrecen favorables condiciones al máximo rendimiento de la aviación.

Se dice que el desembarco constituyó sorpresa táctica, porque la aviación, ayudada incluso desde inmediatos portaaviones con sus bombardeos, neutralizó la acción de la alemana.

Aunque parece estar en muy fuerte superioridad la aliada, los indicios de serenidad con que Kesselring recibió la maniobra envolvente hace un poco prematuro juzgar esa intervención. Con tiempo, sin prisa, después de acumular elementos suficientemente potentes para asegurar el éxito, tal vez presenciemos una fuerte reacción artillera y aérea contra los desembarcados.

Es el Pacífico teatro de una continuada serie de conquistas yanquis de las islas micronecas. Primero, la de Roy, donde los nipones tenían un buen aeródromo, sigue a la Kwajelin, donde la guarnición de 2.000 japoneses opuso una muy seria resistencia: principales islas del pequeño archipiélago que rodea el atolón del segundo nombre; luego, otras de menor cuantía del mismo archipiélago; estos días (19 de febrero), la conquista de Eniwetok, la más noroeste del mismo archipiélago Marshall, parece completar el envolvimento iniciado al poner pie en Nueva Bretaña por las Salomón y Gilbert, bien que a inmensa distancia de la estratégica posición de Truk, en otro atolón del centro ya de las Carolinas.

Ultimamente ha sido esta fuerte base aeronaval japonesa objeto de un fuerte ataque por la aviación, formada en parte por bombardeos terrestres de gran radio de acción y apoyada en caza, que hubo que llevar en portaaviones. No hay detalles por ahora de que la Escuadra tomara parte en el ataque ni de si se ha producido o no desembarco. Sólo, sí, que tal acción, llevada muy adentro del despliegue japonés, tendía a provocar una gran batalla naval, que la Escuadra parece eludir, bien porque no le convenga aventurarla en estos momentos y situación militar, o porque la superioridad americana o aliada sea muy desproporcionada. Ello es que se alaba en estos momentos la sorpresa conseguida, y muy posible, dada la inmensidad de las distancias que la facilitan, como digna respuesta de la de la Bahía de las Perlas. No parecen, sin embargo, las islas perdidas por los japoneses, ni aun el mismo Truk, objetivos comprometedores para la seguridad del Imperio, como no lo es tampoco la isla de Paramuchir, la más septentrional de las Kuriles, vecina inmediata de la península rusa de Kamchatka, atacada fuertemente el 4 de febrero, pues desde Attu, en las Aleutianas, distan de Tokio, la primera, 3.350 kilómetros, y Paramuchir, 2.100 y 1.900 de la parte poblada e industrial del Japón.

A pesar de la sobrada autonomía de los grandes bombarderos, la necesidad de llevar una caza que habría que aproximar en portaaviones hace aún muy aleatorio el peligro.

Para poder juzgar de distancias en esa inmensidad, donde se pierden Escuadras y aviones, damos un mapa de la zona norte del Pacífico, en proyección cilíndrica, tangente al eje Formosa-Panamá, y que dentro de sus límites tiene una escala uniforme que no pueden dar ningún mapa general corriente.

En las operaciones de desembarco han debido de tenerse en cuenta las enseñanzas del propio Pacífico en las conquistas anteriores y las del Dodecaneso. Por cierto que si la política de guerra de MacArthur le lleva a osar avances en punta demasiado profundos, como la de los ingleses al ocupar Cos, Leros y Samos, puede producirse una reacción japonesa del tipo de los alemanes, que aunque no llegara al éxito obtenido por éstos, dejaría las islas ocupadas en situación estratégica que pudiera traer molestas servidumbres para sostenerlas. Más prudente el Japón, paró a tiempo el carro en su camino hacia Australia, o al menos a Nueva Caledonia, a cortar sus comunicaciones.

Pero son tan recientes e incompletas las noticias llegadas, que realmente es prematuro todo comentario sobre la participación aérea en estas operaciones.

Por cierto que dentro del desconcierto sobre los resultados de las numerosas batallas, más que navales, casi únicamente aeronavales de los últimos meses, por estos días se ha confirmado la pérdida del portaaviones americano "Liscombe Bay", hundido a los veinte minutos de recibir un torpedo el 24 de noviembre a inmediaciones del atolón Makin de las Gilbert.

En cambio, en Norteamérica se ha celebrado la reconstrucción del crucero *Marblehead*, que muy malherido en 4 de febrero de 1942 por el ataque de 54 aviones en el

estrecho de Macasar, pudo ir a la costa sur de Java, salir de allí remolcado hasta Ceylán y luego al Cabo, para seguir, al fin, a un arsenal atlántico de los Estados Unidos donde reparar sus graves averías, recorriendo en total 13.500 millas, igual a 24.000 kilómetros, mucho más de media vuelta al mundo. Proeza de resistencia y gran suerte de no ser habido en su peligroso periplo por los mares de Oriente. Es muy grande el mar.

* * *

Otras novedades en material aéreo:

Noticias concretas del motor de 2.220 HP Napier Sabre que hace del Hawker Typhoon el más rápido caza inglés, con 650, que tal vez sean sólo 624 kilómetros hora.

Los progresos que el Messerschmitt ha obtenido en su modelo 410, para competir con el último Focke-Wulf las primicias de la caza alemana.

El empleo, con detalles que no acabamos de imaginar, de un Leight-Wellington, especializado en caza de sub-

Estereograma de una formación americana de bombardeo vista desde un atacante que por la cola se coloca detrás del guía a doble distancia que la profundidad de la formación. Para observarlo véase el número de julio de 1942 de nuestra Revista.

marinos, que, ayudado de potente reflector, ha interceptado de noche, en el Estrecho, el paso de una partida de submarinos alemanes camino del Mediterráneo.

Del avión de reacción Whittle, réplica inglesa la Campini que llegó a volar hace dos años en Italia, nos han llegado noticias completas; pero lo largo de este artículo nos obliga a dejarlo para otro número.—General Aymat.

La guerra naval en febrero.—Nota.

Una gran actividad naval ha venido desarrollándose a lo largo de este mes, como continuación de la acción comenzada a finales de enero por la Flota norteamericana en aguas del Pacífico central.

El 30 de enero se recibieron las primeras noticias, de fuente nipona, sobre los grandes combates que desde el día anterior se venían librando en las islas Marshall, territorio de soberanía japonesa desde 1918. Posteriormente fué confirmada esta noticia de manera oficial por parte norteamericana, agregándose que las fuerzas de Infantería de Marina desembarcadas habían establecido cabezas de puente en Kwajalein y otros puntos. En desembarcos sucesivos fueron ocupándose, no sin vencer una gran resistencia nipona, otros grupos de islas situadas al sur del extenso archipiélago.

En esta operación anfibia — como acostumbra a llamarlas el Mando aliado — tomó parte un gran número de Unidades de la Flota yanqui, que dominaron en todo momento la situación gracias al efecto de sorpresa causado y a los escasos contingentes marítimos y aéreos nipones que indudablemente existían en tan excentricos parajes.

Continuando su hostigamiento de las posiciones avanzadas del dispositivo nipón, el día 14 fue llevada a cabo una gran demostración naval contra las islas Wotje, del grupo de las Marshall, y Taroa (archipiélago Malcelab), por numerosos cruceros y destructores, seguida de un furioso ataque aéreo.

A los pocos días tuvo lugar el ataque contra la base naval de Truk, en las Carolinas, considerada como la mejor con que cuenta el Japón en el Pacífico central. En ella tomaron parte importante los portaaviones de la Flota, desarrollándose, según comunicaba posteriormente un corresponsal americano que se hallaba a bordo del buque insignia, "la mayor operación realizada por portaaviones en la historia de la Marina. Desde la madrugada hasta el crepúsculo — añade el citado corresponsal — se ejecutaban salidas cada media hora por los aviones de la Marina contra la base japonesa".

Fueron destruidos, según informes norteamericanos, 19 buques, de guerra y mercantes, que se hallaban anclados en dicho puerto, así como numerosos aviones nipones.

Este ataque ha sido presentado a la opinión yanqui como un desquite por el de los japoneses contra Pearl Harbour, aunque sus consecuencias sean notablemente inferiores a las de aquel audaz hecho de armas.

Como no es de suponer que la estrategia norteamericana consista en ir reconquistando lentamente los millares de islas que constituyen el frente defensivo nipón por medio de sucesivos desembarcos, habrá que atribuir a la actividad naval de que vienen dando muestras en los últimos días, uno de estos dos objetivos: cortar las comunicaciones en la metrópoli con los territorios del sur, conquistados por el Japón y tan necesarios a su economía de guerra para el suministro de las primeras materias indispensables para su industria bélica, privándole de las bases navales y aéreas en que apoyarse, o bien — sin perjuicio del primero y a nuestro juicio principal objetivo — ir acercando las bases propias a la metrópoli japonesa, para poder atacarla desde el aire y el mar, provocando, ante el peligro que esta aproximación supone, el ansiado encuentro con el grueso de la Flota nipona, del que no sabemos con qué fundamento esperan salir victoriosos los americanos.

En el escenario atlántico, además de los ataques de costumbre al tráfico aliado, ha de resaltarse la reanudación, que parece anunciarse, del peligro submarino, una vez rebasadas las dificultades que obligaron al Reich alemán a retirar de la mar a la mayor parte de su flota de sumergibles. Según ha declarado recientemente un destacado jefe de la Armada alemana, "el aumento de la actividad submarina demuestra que se ha logrado superar el adelanto técnico de la defensa aliada. El Arma submarina resurge más potente que nunca. En el futuro se comprobará esto".

En los últimos días del mes han tenido lugar otros ataques navales en el Pacífico, uno contra las islas Marianas, llevado a cabo por la aviación naval, despegando de portaaviones, en el curso del cual fueron bombardeadas intensamente Saipan y Tinian, y otro, del que al cerrar estas notas se carece de detalles, que, según noticias de Tokio, se está realizando por las unidades navales norteamericanas contra la isla de Guam.—Coronel Armijo.